

Los Perfectos



Los
perfectos

SCOTT MCGREGOR

*«Y sobre todas estas cosas vestíos
de amor, que es el vínculo perfecto»
(Colosenses 3:14).*

Dibujo de la portada: Hugo Westphal.

ISBN # *_*****_**_*

Copyright 1999 by Aurora Production, Ltd.
All Rights Reserved. Printed in Thailand.

SUMARIO

Introducción.....	1
I. Malcolm	5
II. La reunión	15
III. El mensaje.....	25
IV. El traidor	37
V. La acusación.....	45
VI. Los juegos florales	59
VII. Antón	71
VIII. El juicio	81
IX. El legado papal	91
X. Lucha a muerte.....	101
XI. Agitación en Tolosa.....	109
XII. Traición	121
XIII. Hamish y Dougal	129
XIV. La decisión	141
XV. Capturados	149
XVI. El plan.....	159
XVII. La fuga	169
XVIII. La fortaleza de Martín	179
XIX. La hora más tenebrosa.....	189
Epílogo	205
Notas	209

INTRODUCCIÓN

El presente relato se sitúa a comienzos del siglo XIII, en la importante urbe de Tolosa, al sur de Francia. Pese a que la región goza de considerable prosperidad gobernada por el conde Raimundo, se encuentra plagada de disputas religiosas, dado que allí ha tomado arraigo una religión de reciente cuño: la de los cátaros, a los que también se conoce como albigenses¹.

Estos no conforman un movimiento monolítico, sino más bien un acervo de grupos pequeños que, si bien se adhieren a diversas doctrinas, tienen en común el amor a Dios y a Su Hijo Jesucristo y el desdén con que miran la opulencia de la Iglesia, que se arroga el papel de mediadora entre el hombre y su Creador.

Aunque la Iglesia Católica ostenta el poder temporal, el amor, el espíritu y la sinceridad de los cátaros han cautivado el corazón y el alma del pueblo.



Echemos un vistazo a los protagonistas de este relato. Uno de los más destacados es Guillaume, sobrino del Conde de Tolosa. Es un joven proveniente de una familia acaudalada e instruido en las tradiciones de los caballeros medievales. Es alto, rubio y bien parecido, pero está acostumbrado a la vida cómoda y algunos

¹ Véase nota I: Los cátaros

lo consideran de carácter licencioso. Habiendo gozado de numerosos placeres, ansía algo más profundo.

También conoceremos a Esmeralda, extranjera hija de gitanos y despreciada por las gentes de aquellas regiones. Su rasgo físico más impactante es la belleza de sus ojos oscuros. Siendo de tez morena, contrasta mucho con los habitantes de la tierra que recorre y despierta el deseo de muchos hombres en cuanto ponen los ojos en ella. Dado el carácter nómada de sus padres, no conoce otra cosa que la vida errante. Al comienzo del relato, su familia se encuentra sola y está acampada a corta distancia del sur de Tolosa, a orillas del Garona.

En una pequeña posada de Tolosa encontramos a Marcel, hijo mayor de un viudo. Su madre falleció cuando él tenía seis o siete años; no lo recuerda con exactitud. Marcel tiene ahora veintidós años. Es alto y buen mozo, y los años de trabajo manual le han dado una constitución fuerte. Siempre tiene una sonrisa a flor de labios y una mirada vivaz, similar a la de Guillaume, aunque con ciertas características propias.

Lisette —tres años menor que él y su única hermana— es una muchacha bonita y algo frágil, tan menuda y delicada como él robusto y fornido. Su padre, ya entrado en años, se casó tarde y no conserva las energías de otros tiempos, por lo que sus hijos atienden la posada. Marcel realiza algunos trabajos como peón para incrementar sus escasos ingresos.

De allí nos trasladaremos a un camino al norte de Tolosa, donde hallamos cabalgando a Malcolm, aventurero escocés que había prestado servicios en la guardia real de Felipe Augusto, rey de Francia. A falta de confianza en sus compatriotas, el monarca se había rodeado de una guardia real formada en su totalidad por escoceses.

Posteriormente, en señal de buena voluntad para con la nobleza, el rey había despedido a su guardia escocesa y encomendado su seguridad a un cuerpo

INTRODUCCIÓN

francés de elite. Así, el joven escocés —que no llevaba mucho al servicio del rey— abandonó la gran ciudad de París para emprender camino al sur en busca de aventuras y de alguien que necesitara de sus servicios.

Habiendo gozado de un buen pasar al servicio del rey, al presente le quedan escasos recursos monetarios. Repudia que lo tilden de mercenario y no está dispuesto a rebajarse prestando servicios a algún caudillo como matón o espada a sueldo. Se propone más bien obtener una posición respetable a las órdenes del conde Raimundo, que gobierna Tolosa.

Además, tiene curiosidad por averiguar qué hay de cierto en lo que ha oído decir en las coplas que cantan los trovadores en torno a las fogatas y lo que se oye en los cuchicheos de los corredores palaciegos: los numerosos relatos acerca de los cátaros. Ha oído hablar mucho de ellos pero no está seguro de su condición moral. ¿Se trata de satanistas que practican las artes de la brujería y cometen los actos abominables atribuidos a los paganos marginados de la cristianidad? ¿O son por el contrario personas compasivas y bondadosas, los puros a los que hace referencia su nombre?



Dentro de poco las vidas de estas cinco personas se verán entrelazadas de formas que jamás habrían podido imaginar.

LOS PERFECTOS

I. MALCOLM

Malcolm MacAlpin es un soldado que ha combatido en muchas lides. A la edad de veintiocho años ha visto más de lo que habría querido. Nació y se crió en Escocia. Su padre, Kenneth MacAlpin, era jefe de un pequeño clan en la escarpada costa occidental de aquel reino de las islas británicas. Malcolm amaba el lugar donde había crecido, pero los acreedores de su padre le habían obligado a vender su tierra. El anciano —descendiente directo del primer Kenneth MacAlpin¹, que había unido a los escoceses y los pictos de Alban (como se llamaba el primer reino de lo que hoy se conoce como Escocia)— había muerto sumido en la tristeza y lo habían enterrado en un solitario risco sobre la costa del Mar de Irlanda, que tanto amaba. Hacia el oriente montaban guardia silenciosamente las desoladas colinas rocosas que marcaban el límite entre las tierras altas y las bajas.

Los hermanos MacAlpin —Malcolm era el menor de cinco— eran muy unidos. Pero las presiones económicas los obligaron a separarse, no sin antes prometerse mutuamente que volverían a reunirse cuando cada uno hubiera amasado su fortuna. Sus hermanos mayores habían optado por las ciudades y pueblos

¹ Véase nota II: Kenneth MacAlpin I

más importantes de Escocia: Edimburgo, Dundee y Glasgow. Sin embargo, el joven Malcolm, cautivado por las perspectivas de hallar fama y fortuna en el continente, había partido a Francia.

Se hallaba recordando todo aquello mientras su caballo trotaba por el camino de tierra cuyo trazado corría paralelo al Garona, que seguía su curso hasta desembocar al oeste, en el Golfo de Vizcaya. (Malcolm no habría de toparse con el campamento gitano antes de llegar a la ciudad, pues este estaba situado más hacia el sur.) A lo largo de su recorrido, veía ricas tierras de cultivo y bosques que albergaban abundante caza. Aquella era una región idílica de extraordinaria belleza.

Había cabalgado todo el día, cuando dobló un recodo desde el que apenas alcanzaba a divisar en lontananza la silueta de las edificaciones de la gran ciudad. A medida que se acercaba, los contornos fueron tomando forma y logró identificar el castillo desde el que el conde Raimundo reconocido en toda Francia como un hombre noble e ilustrado, gobernaba la región. Al instante reconoció las agujas de las torres de la imponente catedral, que se clavaban como dagas en el añil del cielo. Allí el obispo —que no gozaba de la confianza ni de la simpatía de muchos y era francamente odiado por otros— ejercía su dominio sobre el alma de los hombres, sin distinción de noble o campesino.

El prelado se llamaba Odón y era del linaje de la aristocracia normanda que regía sobre gran parte de los ducados del norte de Francia. La gente del sur lo consideraba un intruso enviado para favorecer los intereses de los grandes terratenientes a expensas del pueblo.

Dado el mutuo desprecio que sentían el uno por el otro, la relación entre el obispo Odón y el conde Raimundo era espinosa, por decir lo menos.

El caballo de Malcolm prosiguió a paso seguro. En

poco tiempo llegó a las casuchas de los pobres que se extendían por los alrededores de Tolosa. Al trasponer la puerta de la ciudad, miró con cierto recelo el enorme rastrillo alzado. Por un momento se imaginó que, al pasar por debajo, aquel infernal armatoste le caería encima ensartándolo en sus aguzadas puntas.

La ciudad estaba bien fortificada. Sus grises muros eran altos y ofrecían pocas esperanzas de ser franqueados. A distancias regulares se habían intercalado en ellos enormes torres, de tal modo que, con un mortífero fuego cruzado, los arqueros que vigilaban desde ellas podían repeler cualquier ataque.

Mucho antes de que los romanos la hubieran convertido en bastión, ya se había erigido allí una ciudad. Malcolm pensó por un momento en cómo habían desplazado las legiones romanas a los celtas galos que habían habitado aquella región durante cientos de años; en cómo las hordas de visigodos provenientes del norte habían puesto en fuga a las legiones romanas, haciéndolas regresar a su lugar de origen; y en cómo, a su vez, los visigodos habían sido vencidos por los francos. Ahora, en aquella ciudad cosmopolita residían los descendientes de todos ellos.

—¡Amigo! —exclamó Malcolm dirigiéndose a un hombre de aspecto desgarrado que se doblaba bajo el peso de un fardo de heno—. ¿Dónde puedo encontrar una posada?

Sin pronunciar palabra, el hombre señaló débilmente con el dedo hacia un dédalo de angostas callejuelas que partían del mercado principal.

Malcolm prosiguió su marcha. Sabía que su condición de extranjero en una ciudad que no conocía entrañaba serios riesgos. Se imaginó que bribones y vagabundos lo observaban desde las sombras para determinar si se trataba de alguien a quien mereciera la pena robar. La espada que pendía de su cintura y los demás pertrechos de combate que colgaban de los lados de la montura —un escudo, un hacha de doble

filo y una maza— probablemente habrían disuadido a cualquiera.

No obstante, sabía que un hombre desesperado es capaz de correr grandes riesgos, pues ya le habían dado una áspera bienvenida al entrar en una ciudad incautamente. Luego de prodigarle una soberana golpiza, le habían robado y lo habían dado por muerto. De no haber sido por la compasión de unas personas de bien, no estaría cabalgando en Tolosa.

Habiendo aprendido de a aquella experiencia, Malcolm procedía con mayor cautela, mirando detenidamente cada escondite o penumbra desde donde uno o varios hombres pudieran atacarlo de repente.

La calle se fue volviendo más estrecha, hasta que los altos edificios de un lado y otro impidieron que la luz del sol diera directamente contra los adoquines. El fresco aire del crepúsculo tornó visible el aliento del caballo. A Malcolm se le erizó el vello de la nuca. Su sexto sentido lo alertaba de la inminencia de peligro.

Con afectado descuido, dejó caer la mano sobre la empuñadura de su espada de hoja ancha. Sus años de experiencia en combate le habían enseñado a desenvainarla en un instante.

La calle se había tornado demasiado estrecha para que pudiera darse la vuelta con facilidad y regresar; no tenía otra opción que proseguir, avanzando a paso lento pero seguro. Dado que no estaba familiarizado con la ciudad, no quería espolear al caballo y correr el riesgo de que resbalara o tropezara.

Cuando llegó a un punto en que la callejuela hacía una ligera curva hacia la izquierda, sus oídos captaron el sonido de un objeto metálico que raspaba contra una piedra. Quienes lo acechaban desde las sombras se acercaban. Siguió adelante sin detenerse.

Los ruidos del mercado prácticamente habían desaparecido para dar lugar al sonido de golpes de cacerolas y platos proveniente de las casas. También

oía el murmullo de voces que hablaban en la lengua de Oc, característica del sur de Francia.

Las sombras se hacían aún más largas a medida que se ponía el sol. La escasa luz difusa que hasta hacía un momento había iluminado la calle se había desvanecido.

De golpe, al final de una nueva curva que describía la calle, Malcolm se topó con un patio. Un haz de luz salía de una ventana abierta. En una chimenea situada en el medio de aquella posada ardía un fuego.

—¿Quién vive? —exclamó una voz.

—Un forastero —respondió Malcolm alzando el tono.

—¿Y qué puedo hacer por él? —inquirió la voz.

—Busco hospedaje —contestó Malcolm sin distinguir con precisión de dónde provenía aquella voz.

—Sed bienvenido entonces, forastero —oyó decir Malcolm, esta vez sin el tono de aprensión que había advertido en un principio.

Un joven alto salió de detrás de la puerta de la posada.

—Bienvenido a nuestra humilde morada —dijo Marcel con un volumen que a Malcolm le pareció un tanto exagerado.

—Gracias —respondió Malcolm con marcado acento de la lengua de Oïl, es decir, del idioma propio del norte de Francia (la lengua de Oc y la de Oïl guardaban semejanzas suficientes como para que los interlocutores se entendiesen mutuamente, si bien no a la perfección).

El agudo oído de Malcolm oyó el ruido de varios pares de pies que emprendían la retirada en el estrecho callejón por donde él había venido.

Marcel se le acercó con la mano extendida para tomar la brida del caballo.

—Os preguntaréis por qué levanté tanto la voz. Os lo diré. Este lugar es peligroso. Hay quienes acechan a los forasteros, aun a los que están armados hasta los

dientes como vos. Me atrevo a afirmar que lo que los impidió atacaros antes fue esa espada parcialmente desenvainada y las otras armas que penden de vuestra montura.

—Percibí su presencia —dijo Malcolm—. Pero pensé que esta región era conocida por la integridad y honestidad de sus habitantes.

—Lo es —repuso Marcel—. Sin embargo, hay quienes han venido del norte, y de día se encuentran al servicio del obispo Odón y de noche ejercen su oficio de ladrones y asesinos. Un forastero es a la verdad un blanco tentador. Pero ya se han ido. Pasad y sed bienvenido. Llevaré vuestra montura al establo.

—Os lo agradezco —dijo Malcolm mientras desmontaba aliviado, pues las últimas ocho horas cabalgando le habían dejado doloridas las coyunturas—. Lo que necesito es una buena comida y una buena noche de descanso. Velad bien por mis armas. Son mi sustento, pues soy soldado. Una vez que hayáis dado agua y comida al caballo, ¿tendríais a bien llevarme las armas a mi aposento?

—Con gusto, *monsieur* —asintió Marcel.

Aliviado de la mayor parte de la carga, el animal caminaba más ligero mientras Marcel lo conducía hacia los establos situados detrás de la posada.

Malcolm entró en el recinto vivamente iluminado por el ardor de la fogata, cuyas llamas se alzaban lamiendo el aire y proyectando sombras a su alrededor. Cerca de la puerta había varias mesas, pero el mesón estaba desierto. Se detuvo varios minutos junto al fuego para calentarse. Luego se dirigió a una mesa de un rincón, se desperezó y se dejó caer en la silla.

Para entonces, Lisette había entrado desde la cocina portando una jarra y una copa. Malcolm no notó su presencia hasta que llegó junto a la mesa. Alzando la vista desprevenidamente, quedó sorprendido al ver tal beldad ante sus ojos.

Los rizos dorados de Lisette le caían en cascada

sobre los hombros y la espalda. El atractivo de su rostro y la delicadeza de sus rasgos se veían realzados por el notorio rubor que le había causado la mirada del escocés. La sencillez de su vestido marrón, claramente desgastado, contrastaba marcadamente con la hermosa figura que cubría.

—¿Vino, *monsieur*? —preguntó mirando hacia el suelo.

—Sí —respondió Malcolm mientras buscaba, sin éxito, palabras que añadir.

—Os traeré sopa y un poco de pan.

Sí —volvió a decir Malcolm reducido una vez más a la misma respuesta monosilábica.

Lisette dio media vuelta con agilidad y raudamente emprendió el regreso a la cocina.

De repente Malcolm percibió que había otra presencia en el recinto y se volvió para encontrarse con el joven que le había dado la bienvenida afuera y que observaba la escena con una ligera sonrisa y expresión de desconcierto.

—Llevé vuestra montura y vuestras armas a vuestro aposento —dijo Marcel.

Incómodo de que lo hubieran visto mirando a la muchacha y sin saber si se trataba de la esposa o la hermana de aquel hombre, o si simplemente sería la fregona de la posada, Malcolm balbuceó unas palabras de agradecimiento y clavó la mirada en la copa de vino. Marcel pasó junto al fuego y entró en la cocina.

Enseguida retornó Lisette, esta vez portando una bandeja con un tazón y un trozo de pan.

Malcolm —que nunca se sentía del todo cómodo en presencia de una mujer— no levantaba la vista de la copa.

Lisette depositó la comida delante de él y se dio la vuelta para retirarse. Malcolm se puso de pie.

—¡Un momento!

Lisette quedó paralizada y luego se dio la vuelta lentamente para mirarlo de frente, temerosa de sus

posibles intenciones.

—¡Gra ... gra... gracias! —dijo Malcolm tartamudeando—. Gracias. Solo quería decir... gracias.

Apenas un esbozo de sonrisa se dibujó en el rostro de Lisette mientras giraba y salía con prisa hacia la cocina. Al entrar, su hermano —que había observado el encuentro desde una ventana de la cocina que daba al comedor— soltó una carcajada.

—¡Vaya! ¡Qué embarazoso!

—¡Basta! —dijo ella con evidente fastidio.

—Por lo visto te has conquistado a un soldado apuesto, al menos en comparación con los otros. La mayoría no son más que rufianes que vienen del norte a aprovecharse de la gente de aquí.

Lisette sabía bien a qué se refería Marcel. Los nor-teños no eran amables y corteses como los sureños. Se trataba de gente más ruda, belicosa y dada al mal genio. Pero aquel joven de acento extraño se veía diferente. Lisette se dejó caer en una silla de un rincón de la cocina.

—¿A qué habrá venido? —se preguntó en voz alta—. ¿Será que viene a prestar servicios al malvado obispo?

—Shhh —intercaló Marcel—. No hables así de él. Nunca sabes dónde pueden estar sus espías.

—¡Bah! ¿Vamos a tener que vivir temiendo siempre a ese hombre?

—Es que es poderoso —respondió Marcel—. Y es la voz de la Iglesia que procura regir nuestras vidas. Pero ven, tratemos de terminar temprano esta noche. La reunión es a las nueve.

Lisette se levantó y presurosamente se ocupó en el resto de sus quehaceres. Mientras, Marcel volvió al comedor.

—¿Se os ofrece alguna otra cosa esta noche, *mon-sieur*? —preguntó Marcel.

—No, gracias —respondió Malcolm con un suspi-ro—. Solo necesito un buen descanso.

—Muy bien —dijo Marcel—. Vuestro aposento está al final de las escaleras. Al llegar arriba, torced a la derecha y lo encontraréis al final del pasillo. Es el mejor que tenemos. Creo que encontraréis todo lo que os hará falta. Mi hermana y yo nos ausentaremos, pero si necesitáis algo, mi padre estará aquí.

¡Hermana! —pensó Malcolm haciendo caso omiso de todo lo que había dicho Marcel después de pronunciar aquella palabra. *¡De modo que se trata de su hermana!*

—Gracias —murmuró Malcolm—. No necesitaré nada.

—Pues bien —dijo Marcel—; que descanséis. Os veremos en la mañana.

—Gracias —volvió a decir Malcolm entre dientes.

Se despidieron asintiendo con la cabeza, y Marcel desapareció de vuelta en la cocina.

Malcolm apuró el caldo de cordero y verduras y limpió el plato con el pan. Una vez que hubo terminado de comer, tomó la jarra de vino y la copa y se dirigió a las escaleras.

Encontró su aposento y le echó un vistazo. Una sola vela iluminaba aquella habitación, que aunque no tenía más que un jergón de paja en un rincón, no era desagradable.

Se desciñó el cinto del que pendía la vaina de su espada y colocó el arma en el suelo junto a la cama. Estaría a su mano derecha en caso de necesitarla en medio de la noche. Se trataba de un viejo hábito, pues un hombre de su profesión debía estar preparado en todo momento para empuñar su espada y hacer uso de ella, aun al despertar de un sueño profundo. En muchos casos, su vida dependía de la capacidad de reaccionar con agilidad.

Malcolm se quitó el resto del pesado atavío con el que estaba acostumbrado a vivir: la cota de malla que usaba debajo del sobreveste y los pantalones bombachos. Una vez que se hubo desvestido y no tenía

LOS PERFECTOS

puesta más que una especie de túnica que le servía de ropa interior, se echó en la cama y no tardó en quedar profundamente dormido. Aquella noche sus sueños estuvieron poblados de hermosas jóvenes, todas ellas de un notable parecido con Lisette.

II. LA REUNIÓN

Dos figuras, apenas visibles en las sombras, se desplazaron sigilosamente por un lado del callejón hasta detenerse en el cruce con la calle principal, que atravesaba la ciudad de norte a sur. Al oír los pasos de unos soldados que marchaban por la adoquinada calle, retrocedieron unos metros para ocultarse en la penumbra del callejón.

El sonido rítmico de las pisadas iba aumentando en volumen a medida que los soldados se aproximaban. Por unos momentos se los pudo ver desde el callejón, pero enseguida pasaron y se perdieron de vista calle abajo.

—Son casi las nueve —dijo Marcel—. Hora del cambio de guardia.

Aquellos soldados provenían del cuartel adyacente al castillo del conde Raimundo y se dirigían a relevar a sus camaradas, que montaban guardia en la muralla durante el día.

Los dos salieron a la calle principal y se dirigieron hacia el norte. Al cabo de un rato llegaron a la entrada de una pequeña tahona. Marcel tocó a la puerta tres veces, esperó un poco y tocó dos veces más. Se abrió una mirilla y notó que lo observaban a través de ella. Enseguida, se cerró y se oyó ruido de cerraduras y pa-

sadores, hasta que la puerta se abrió de par en par.

—¡Bienvenido, hermano Marcel! ¡Bienvenida, hermana Lisette! —dijo una voz con tono amistoso.

—¡Buenas noches, hermano Fernand! —respondieron ambos casi al unísono.

—¡Venid! Los demás ya llegaron —dijo Fernand pasando junto a los enormes hornos para dirigirse a la trastienda. En aquel aposento habría unas quince personas más sentadas conversando.

—Ya estamos todos —anunció Fernand.

Desde un rincón, un hombre se levantó y ocupó su puesto en un extremo de la mesa a la que estaban sentados los demás.

—¡Bienvenidos, hermanos! Que la paz de Dios sea con vosotros y Él bendiga nuestra congregación de esta noche colmando nuestros corazones de amor. En el nombre de Su amado Hijo, quien vino, dio la vida y resucitó. Amén.

—Amén —corearon todos.

—Hermanos —continuó el que presidía—, el Señor nos ha bendecido y guardado.

—¡Así es! —respondieron a coro.

Marcel observaba detenidamente el rostro amable y avejentado del que hablaba. La luz de las velas que estaban en el centro de la mesa brillaba en sus ojos. Marcel conocía bien la historia de aquel hombre. Antón —así se llamaba— había sido sastre durante muchos años. Se había convertido en uno de los mercaderes más prósperos de Tolosa, pues sus confecciones eran de la preferencia de los aristócratas. Hasta el propio conde le había encargado la hechura de su indumentaria en más de una ocasión.

Trabajando con ahínco, había logrado amasar una pequeña fortuna. Sin embargo, al cabo de años, la insatisfacción se había apoderado de él. Se propuso entonces dedicar el resto de sus días a la búsqueda de la verdad. Era un hombre instruido. Sabía leer y escribir, de modo que emprendió la búsqueda estu-

diando la obra de S. Agustín y otros doctores de la Iglesia. Pero encontraba que sus escritos lo desconcertaban, así que prosiguió la búsqueda recurriendo a otras fuentes.

Llegó incluso a leer traducciones de algunos escritos de los moros, que habían llegado a Francia desde Córdoba, Granada y otros reinos ibéricos aún bajo dominio de los descendientes de los invasores musulmanes de siglos atrás. Estos conocían las obras de la Grecia antigua gracias a sus vinculaciones con el Imperio Bizantino, que aún dominaba la península helénica y Asia Menor, y habían traducido muchas de ellas al árabe. A su vez, los escritos de los moros habían sido trasladados al latín por personas sedientas de mayores conocimientos que los que les ofrecía la Iglesia Católica.

Aunque le habían resultado interesantes, aquellas obras dejaron a Antón aún más confundido. La lectura de la Biblia no se encontraba a disposición de hombres comunes como él. Algunos potentados de la Iglesia promovían la idea de que la lectura de las Sagradas Escrituras debía ser de exclusivo dominio de quienes se habían ordenado sacerdotes. Aunque Antón había leído algunos pasajes de la Biblia, había encaminado su búsqueda de la verdad en otras direcciones.

Sin embargo, en Lyon había conocido a Pedro Valdo¹, ex comerciante como él, que había renunciado a todas sus posesiones para convertirse en predicador itinerante laico. Waldo le había hablado de la sencillez de Cristo, argumentando que Jesús no había vivido en la opulencia, como los que afirmaban ser Sus herederos, sino que fue un simple carpintero que convivía con la gente del pueblo predicando entre ella la libertad y la verdad.

Un día, mientras Antón escuchaba a Valdo, ciertas palabras le calaron hondo. Era un pasaje que citaba de la Biblia: *«A todos los que le recibieron les dio po-*

¹ Véase nota III: Pedro Valdo y los valdenses

testad de ser hechos hijos de Dios». Aquellas palabras se convertirían en el meollo de su existencia. Por un tiempo Antón se dedicó a la predicación. Sin embargo, añoraba volver a Tolosa, y a la vez no coincidía con Valdo en todo lo que este hacía y predicaba, de modo que regresó a su pueblo natal.

Fue entonces cuando comenzó a vincularse con varios de los perfectos, los puros, los cuales dirigían las sectas de los cátaros. Estos habían abjurado del mundo y adoptado una vida ascética. Antón había aprendido mucho de ellos, pues a la verdad se trataba de hombres rectos y honrados, y su forma de vida contrastaba marcadamente con la de los paladines de la ortodoxia eclesiástica, que vivían en la opulencia y abusaban de sus cargos religiosos con fines políticos.

En sus conversaciones con los perfectos, Antón encontraba dificultad para aceptar algunas de sus doctrinas. También observó que con frecuencia no coincidían entre ellos, si bien sus desacuerdos no daban lugar a encendidos altercados. Más bien eran aceptados como meras diferencias de interpretación.

Antón había rechazado algunas de las creencias de los perfectos, pues pensaba que no era necesario abstenerse de comer carne, así como tampoco tener que renunciar a la relación conyugal con su esposa. Sin embargo, acogió muchas de sus otras enseñanzas, entre ellas vivir con sencillez, rechazar los bienes materiales y consagrarse a una vida religiosa.

En vista de ello y pese a no haber pasado por el *consolamentum*¹ —el rito de iniciación por el que debían pasar los cátaros que deseaban integrar las filas de los perfectos— su grupo lo consideraba uno de tales.

Dado que el papa anterior había excomulgado a la totalidad de los cátaros y prohibido su movimiento, estos se reunían en secreto. Se reconfortaban unos a otros en la fe y en su mutua compañía.

¹ Véase nota IV: El *consolamentum*

Mientras Marcel recordaba todo aquello, se perdió gran parte de la homilía de Antón. Sus pensamientos aterrizaron repentinamente cuando oyó a los demás decir «amén» y «así sea».

A continuación, todos se pusieron de pie y se abrazaron.

—Ve en paz, Marcel —dijo Antón.

—Gracias, hermano Antón —repuso Marcel—. Es alentador que nos dirija alguien como tú.

—Busca ánimo en Dios, muchacho, no en mí —dijo Antón—. Es Él quien ciertamente nos conduce. No somos más que siervos Suyos que a tientas procuramos hacer Su voluntad.

—Amén —respondió Marcel, sabiendo que Antón detestaba la adulación. Aunque lo admiraba mucho, no quiso proseguir con el tema.

Antón se volvió hacia Lisette.

—Y que la bendición de Dios sea también contigo, hija. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió ella—. Dios se ha portado bien con nosotros y nos ha guardado.

—Así es —asintió Antón—. Mas debo advertirte que no durará para siempre, pues he oído rumores de que el ocupante del trono de Pedro ansía ocasionarnos mayores males que los que nos ha causado al presente. Debemos prepararnos ahora para estar firmes en el día malo.

Una expresión de temor se dibujó repentinamente en el rostro de la muchacha.

—Mas no te inquietes, hija —declaró Antón—. Estoy convencido que el Altísimo velará por nosotros tal como ha hecho tantas otras veces.

—Amén —replicó Lisette con un dejo de vacilación.

Antón se dio cuenta que su tentativa de tranquilizarla no había sido tan eficaz como había querido, pero no deseando seguir con el tema, la besó en ambas mejillas y se despidió de ella, no sin antes desearle la

bendición de Dios.

Fernand el panadero acompañó a los demás hasta la puerta.

—Vete sin hacer ruido —dijo—. Y ocúltate en las sombras hasta que te hayas alejado de aquí. No queremos que los espías del obispo nos detecten esta noche.

—Sí, hermano —dijo Marcel mientras salía por la puerta. Lisette lo seguía pegada a su lado mientras los dos se alejaban sigilosamente. En poco tiempo llegaron al callejón del que habían emergido más temprano, y se perdieron en la noche.



El humo del incienso tornaba el ambiente casi irrespirable en el pequeño gabinete del obispo Odón. Se encontraba sentado ante el escritorio, pluma en mano y encorvado sobre los papeles. La luz de los candeleros colgados de la pared se reflejaba en su calva. Los pocos cabellos blancos que le quedaban alrededor de las orejas se los había cortado bien cortos. No cesaba de escribir mientras los dos hombres que tenía delante aguardaban en silencio. Uno de ellos era corpulento y de aspecto muy tosco. Una cicatriz de la misma longitud que su nariz aguileña le recorría la mejilla hasta desaparecer bajo su descuidada barba. El sobreveste que llevaba ostentaba el escudo de armas del obispo e indicaba que era el sargento a cargo del reducido destacamento de tropas del mitrado.

El otro hombre llevaba vestiduras sacerdotales.

—Debemos hacer los preparativos —comenzó a decir el obispo—, pues el legado papal llegará en una semana para presentar al conde Raimundo la orden del Pontífice de acabar con los herejes de una vez por todas.

Los otros hombres permanecían en silencio.

—Se nos presenta una ocasión inmejorable de librar al país de la lacra de esta herejía y traerlo de vuelta a los brazos de la Santa Madre Iglesia. El legado

papal se encuentra en camino. Llévadle este documento. Constituye mi promesa de asistirlo en todo lo que pueda y poner a su disposición todos mis recursos para ayudarlo a convencer al conde Raimundo de que ha errado al tolerar esta herejía. Si su argumento resulta eficaz, utilizaré todos los medios que estén a mi alcance para erradicar efectivamente a esos infieles, pues cometen una grave infamia al insubordinarse contra la autoridad de la Iglesia tanto en asuntos de orden temporal como espiritual.

El prelado alzó repentinamente la mirada. El hombre corpulento de la cicatriz se estremeció. Aunque llevaba muchos años al servicio del mitrado, nunca había llegado a habituarse a la frialdad que emanaba de su mirada.

La dificultad con que se levantó Odón revelaba su pronunciada obesidad. Era el hijo menor de un aristócrata del norte. Tal como se acostumbraba en aquellos tiempos, a fin de garantizar la herencia a su hermano mayor, lo habían destinado al sacerdocio. A la edad de quince años había entrado en el monasterio de Reims, donde había recibido la tonsura en señal de que su destino era ser clérigo.

No obstante, ser de sangre azul le reportaba ciertos beneficios. Poco después de hacer sus votos, Odón fue asignado al palacio real. Allí había llamado la atención del rey, el cual tenía autoridad para designar obispos en todo el reino de Francia.

Siete años antes, tras varios nombramientos en tierras del norte, Odón había sido investido obispo de Tolosa. No tardó en descubrir el desprecio que se sentía allí por los norteños. Ahora veía en la situación que se había presentado una oportunidad de vengarse de quienes no lo habían tratado con la dignidad y el respeto de los que se consideraba merecedor.



El conde Raimundo se hallaba en medio de un pequeño grupo de consejeros, entre ellos su cuñado

Gastón, sus sobrinos Guillaume y André Trencavel y su canciller Roberto de Aviñón, que aunque no era de la nobleza, era un hombre de mérito y capacidad.

El abuelo del conde Raimundo —que había llevado el mismo nombre— había sido uno de los caudillos de la primera cruzada. Se había ganado el respeto de muchos de sus correligionarios —y el odio de unos cuantos— por haber hecho gala de motivaciones puras y sinceras para ir a combatir, y no haber permitido que se materializaran las ambiciones políticas de algunos. Había procurado que la cruzada se ciñera a su expresa y noble misión de liberar Tierra Santa y devolver su administración al Imperio Bizantino, bajo cuyo dominio había estado. Solo había logrado su cometido de forma parcial, puesto que se habían establecido varios reinos cruzados en los territorios en teoría liberados. Sin embargo, no claudicó de sus principios al rehusar la corona del recientemente fundado reino de Jerusalén.

Pese a que aquello había sucedido hacía muchos años, la rivalidad aún perduraba entre los condes de Tolosa y algunas casas nobiliarias del norte cuyas ambiciones habían sido frustradas por el abuelo de Raimundo.

Ahora, Inocencio III¹, que había ascendido al papado unos años atrás, se proponía emprender una nueva cruzada a fin de recuperar Tierra Santa para la cristiandad. Cuando el ejército cruzado, manipulado por los intereses comerciales de los venecianos y las intrigas palaciegas de Bizancio, atacó y saqueó Constantinopla en vez de cumplir con la misión de conquistar Tierra Santa, el Pontífice concentró su atención en otros asuntos más cercanos y urgentes. Al parecer, su empeño estaba dirigido a restituir en el mediodía de Francia y el norte de Italia la potestad de la Iglesia, acabando para ello con la herejía de los cátaros.

¹ Véase nota V: Inocencio III

Unas horas antes, Raimundo había tenido noticia del envío desde Roma de Pedro de Castelnau en calidad de legado papal.

Los cinco hombres hablaban en voz baja, pues no deseaban que sus palabras traspasaran los muros del aposento en que se encontraban.

—Dentro de poco nos veremos en una situación muy difícil —dijo el conde—. Castelnau me va a pedir que elimine las sectas de los cátaros en mi territorio. Lo malo es que se han ganado el respeto y la admiración de la mayor parte del pueblo. ¡Si hasta los llaman *les bons hommes*, los buenos! De acabar con ellos me ganaría la enemistad mis súbditos. Además, menguaría la prosperidad de nuestra región, pues los adherentes a esa confesión son de las personas más laboriosas de la localidad. Por otro lado, si me negara a eliminarlos, me acarrearía el antagonismo del Papa y su consiguiente censura.

—En efecto, se trata de una situación harto compleja, hermano —dijo Gastón.

—Así es —acotó Roberto—. Pero debe de haber alguna forma de resolverla. Es un problema peliagudo.

Los dos más jóvenes permanecieron en silencio, pues se dieron cuenta de que no tenían mucho que aportar a la conversación y de que evidentemente aquel dilema no se resolvería con facilidad.

Guillaume disimuló un bostezo con su mano enguantada.

—Veo que estas cosas te resultan tediosas —le dijo Raimundo.

—En modo alguno, tío —repuso Guillaume—. Es que he tenido un día un poco agotador. Advierto las complejidades del asunto, pero no creo que tenga consejos que ofreceros.

El conde le sonrió afectuosamente, pues aunque era un joven osado y dado al desenfreno propio de su edad, a la vez era generoso y de buen corazón, casi en demasía. Era como un segundo hijo para el conde,

además de un amigo del alma y mentor paternal para su propio hijo —también llamado Raimundo—, que aún era muy joven para participar en conversaciones sobre asuntos de estado.

—Muchacho, así es como se llega a ser sabio: aprendiendo de otros. Algún día tendrás que sentarte a mi lado, como ha hecho tu padre, y servirnos de consejero a mí y a mi hijo. Es tarde, la situación apremia y no nos quedan más que unos días para dar con una solución. Aunque por otra parte, quizás nos haría bien a todos dejarlo en remojo hasta mañana y ver si, habiendo descansado, se despeja nuestra percepción del asunto. Tendremos que volver a reunirnos para tratar de desenmarañar este embrollo. Si nos dejaran en paz, ¡esta sería una región próspera y feliz! Siempre hay alguien empeñado en causarnos dificultades, y el obispo malvado, como lo llama la gente del pueblo, no es la excepción. Me pregunto qué hará en este caso. Sin duda alguna procurará caldear los ánimos contra mí.

—¡Ese loco! —exclamó Guillaume—. ¡Ojalá nos libráramos de él de una vez por todas!

—Ojalá —asintió Raimundo—, pero razón tiene el refrán cuando dice que más vale malo conocido que bueno por conocer. Al menos llevamos siete años con él. Gracias a eso, sabemos cómo piensa y actúa. Con todo, Roberto, encárgate de que nuestros espías nos mantengan al tanto de todos sus movimientos, así como seguramente los suyos le cuentan todo acerca de nosotros. En fin, caballeros, buenas noches. Que Dios os conceda un buen descanso. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Vuestra Excelencia.

III. EL MENSAJE

El sol había salido apenas un rato antes de que Malcolm se levantara y estuviera listo para comenzar la jornada. Dada su crianza, siempre había gozado de la vida rural, y había llegado a la conclusión de que una forma de aplacar sus ansias y soportar la vida urbana era cabalgar por la campiña, lejos del bullicio y la mugre.

Dejando en su aposento la mayor parte de su armadura y sus armas —a excepción de la espada, su compañera inseparable—, Malcolm bajó las escaleras y se dirigió a la chimenea, que ya estaba encendida. En el momento en que se detuvo a calentarse las manos, entró Marcel por la puerta principal.

—Faltará un rato para que esté listo el desayuno, *monsieur* —dijo Marcel.

—En ese caso, volveré más tarde —dijo Malcolm—. Quiero cabalgar un poco para sacarme de la cabeza el aire de la ciudad.

Marcel soltó una carcajada de aprobación, pues a él también le parecía sofocante la vida en la urbe.

—Entonces, ¿os hospedaréis con nosotros al regresar?

—Me gustaría, pero tendré que ver qué me tiene deparado la ciudad.

—Hmmm —asintió Marcel. A Malcolm le dio la impresión de que Marcel se había quedado cavilando sobre su último comentario—. A vuestro caballo ya se le dio agua y comida esta mañana —añadió Marcel.

—Excelente; os lo agradezco —dijo Malcolm—. Iré a buscarlo al establo y os veré más tarde.

Por un momento acarició la idea de pedir a Marcel que le diera saludos a su hermana, pero no lo consideró oportuno.

—Muy bien, *monsieur* —repuso Marcel.

Malcolm encontró su caballo en el establo. Lo montó y salió al trote por la calle principal hasta trasponer las puertas de la ciudad, y se dirigió hacia el sur.

No fue el único jinete que cabalgó aquella mañana. Otros tres partieron de madrugada, en cuanto se abrieron las puertas de la ciudad.

Al mando de ellos iba el sargento que había estado con el obispo Odón la noche anterior. El morral que pendía de su cintura contenía una carta sellada dirigida a Pedro de Castelnaud, el legado papal. Los tres habían recorrido varios kilómetros cuando se detuvieron junto al río para abreviar sus caballos antes de emprender camino hacia el este por la vía que llevaba a Marsella, que era la que debían seguir el legado y su comitiva para llegar a Tolosa.

El lugar donde se detuvieron para dar de beber a sus caballos distaba unos trescientos metros de donde estaban acampados los gitanos.

Bernardo el sargento miraba despreocupadamente en dirección al campamento cuando creyó distinguir la cabeza de una mujer que asomaba en la superficie del agua. Entrecerró los ojos para observar más detenidamente. Por lo visto, quien quiera que fuese, no se había percatado de su presencia.

Mientras desmontaba, ordenó a sus compañeros que hicieran lo propio. Silenciosamente avanzaron por la orilla hasta un sauce cuyas ramas pendían por encima del agua, donde divisaron una pila de ropa. A

juzgar por aquellas prendas, dedujo que, en efecto, se trataba de una mujer; es más, nadaba desnuda.

Un fugaz intercambio de miradas entre los tres puso de manifiesto en un instante sus innobles intenciones, al tiempo que se ocultaban tras el follaje. Desde su escondite clavaron los ojos en la figura que estaba a cierta distancia. La mujer comenzó a nadar en dirección a ellos sin sospechar que aquellos truhanes aguardaban observándola con fruición. A los tres les pareció una eternidad, pero paulatinamente fue acercándose a la orilla.

Al mermar la profundidad del agua, Esmeralda sintió que el suave fango del lecho del río le acariciaba los pies. Dejó de nadar y comenzó a caminar por el agua en dirección a sus ropas. Los tres hombres se regodeaban desde su estratégico escondrijo. Mientras la muchacha iba saliendo despreocupadamente del agua, el sol reflejaba destellos en su tez morena. Con una lentitud casi exasperante, su cuerpo iba quedando al descubierto. Por fin, la totalidad de su desnudez quedó a la vista. Poco a poco se dirigió a donde estaban sus prendas. Al agacharse para levantar su vestido, uno de los compañeros de Bernardo no pudo resistir más y soltó una exclamación largamente contenida.

Con susto, Esmeralda se dio media vuelta de repente, pero antes de poder reaccionar, los tres la tenían rodeada. Pudorosamente trató de ocultar su desnudez tapándose con el vestido.

—Vamos, preciosa —dijo Bernardo—. No te pongas tímida con nosotros. Muéstranos lo que deseamos ver.

—¡Puercos! —dijo ella entre dientes—. ¡Bestias! ¡Animales!

—¡Vaya! ¡Es valiente! —exclamó Bernardo. Sus compañeros se mofaban con risitas nerviosas.

—Vamos, no me digas que no vas a hacernos pasar un buen rato. ¡Si no eres más que una ramera gitana!

—¡Antes morir que entregarme a uno de vosotros!
—les espetó Esmeralda.

—¡Vamos, no hables así!

—¡Os digo que prefiero morir!

—¡Pues puede que se cumplan tus deseos!

—¡Si os acercáis, gritaré hasta desgañitarme!

—¿Y de qué te servirá? —dijo Bernardo—. ¿Ven-
drá a socorrerte tu padre? ¿O tal vez tu hermano? ¿Y
entonces qué? ¿Tendremos que matarlos también a
ellos?

—¡Idos y dejadme en paz! —gritó Esmeralda tra-
tando de retroceder hasta el agua.

Habiendo previsto que retrocediera, uno de los
hombres de Bernardo se había interpuesto entre ella
y el río, cortándole así la retirada.

Bernardo se acercó a la joven y echó mano del ves-
tido. Los dos forcejearon, él tratando de arrebatarle
y ella aferrándose frenéticamente a sus ropas. Al cabo
de unos momentos, el vestido se rasgó en dos, dejando
en manos de Esmeralda el trozo más pequeño.

—¡Ahora sí! —exclamó Bernardo con aire triunfal—.
Sujetadla, que vamos a mostrarle lo que es bueno.

—¡Dejad a la dama en paz! ordenó con tono severo
una voz que provenía de lo alto de una loma a una
veintena de metros de donde se encontraban.

Bernardo dio media vuelta y se encontró miran-
do fijamente al escocés, que aún tenía envainada la
espada pero lo miraba con brazos cruzados y aire de
desdén.

—Marchaos de aquí —repuso Bernardo—. Esto
no es asunto vuestro. No es más que una mujerzuela
gitana.

—Lo que ella sea me tiene sin cuidado —dijo Mal-
colm—; lo que me preocupa es que evidentemente no
está complacida con vuestras intenciones.

—Oídme, esto no tiene nada que ver con vos —dijo
Bernardo—. Os digo que os vayáis antes que os arre-
pintáis de haberos entrometido.

—Seréis vos el que se arrepienta de que yo haya intervenido —dijo Malcolm a aquel hombre por quien sentía ya sumo desprecio—. Esa cicatriz que tenéis en el rostro... aun desde aquí se ve roja.

Bernardo detestaba a quienes se burlaban de él cuando la ira volvía su cicatriz de color bermellón.

—Oídmeme bien: si queréis defender a esta zorra pagana tendréis que combatir contra tres espadas.

—No me dejáis otra opción —dijo Malcolm—. Soy hombre de honor. Si la dama me acepta como paladín, me verá obligado a hacerlo.

Esmeralda se quedó boquiabierta. Ser blanco de villanos como Bernardo no tenía nada de raro para ella, pero que un extraño ajeno a su pueblo se mostrara dispuesto a defenderla de tres bárbaros era totalmente inusitado.

—¿Me aceptáis por paladín, señora? —preguntó Malcolm.

—*Monsieur*, aunque no os conozco —respondió Esmeralda—, me honra sobremanera que os dignéis a salir en defensa de alguien como yo.

—Pues bien —dijo Malcolm—, así sea. En nombre de esta bella dama, a quien habéis afrentado tan desvergonzadamente, ¡os desafío, bellaco de poca hombría! ¡A las armas, *monsieur*, que tengo una lección de modales que impartiros!

—¡Mentecato insolente! —bufoneó Bernardo—. ¡Sois un necio! ¡Esta mañana seréis hombre muerto! ¡Sujetad a la mujerzuela! —ordenó a sus hombres—. Creo que dos son suficientes para darle su merecido a este forastero. Lástima que no vivirá para sacarle provecho al escarmiento.

Uno de sus compañeros tomó a Esmeralda de los brazos mientras los otros dos desenvainaban y comenzaban a subir la loma donde se hallaba Malcolm.

Este desenfundó su espada lentamente, le dijo a su acero:

—¡Hoy les enseñaremos a esos dos rufianes una

lección que jamás olvidarán!

—¡Conque los dos os vais a medir conmigo! Pues, tratándose de matones a sueldo como sois, me parece que nuestras fuerzas están bastante equilibradas —les dijo Malcolm en tono desafiante.

Los dos hombres rodearon a Malcolm de tal modo que estaban uno a cada lado de él. El compañero de Bernardo atacó primero blandiendo su espada con furia en dirección al escocés. Este desvió el primer golpe y con habilidad esquivó al sujeto, que impulsado por su propio ímpetu, siguió de largo hasta embestir a su sargento.

—¡Estúpido! —murmuró Bernardo al desventurado individuo, que procuraba desembarazarse de él.

Acto seguido, fue Bernardo el que la emprendió contra el escocés. Se produjo una rápida sucesión de golpes de espadas en la que cada uno atacaba y rechazaba alternadamente los embates del otro. Aunque Bernardo tenía muchos años de experiencia como soldado, al poco tiempo se hizo patente que no poseía la destreza de su bien adiestrado oponente.

El otro guardia había vuelto a secundar a su sargento, de tal suerte que los embates de ambos obligaron a Malcolm a retroceder cuesta abajo por la loma. Este se dio cuenta que era imperioso neutralizar a uno de los dos. Ante una nueva carga del segundo soldado, se hizo ágilmente a un lado y le infligió una dura estocada en una pierna. El sujeto soltó un alarido y cayó al suelo sangrando profusamente.

—¡Dejad a la mujer y auxiliadme! —ordenó Bernardo al otro guardia. Este arrojó a Esmeralda al suelo y se lanzó cuesta arriba para atacar a Malcolm, que una vez más se tambaleaba ante la ofensiva de sus contrincantes. Haciendo gala de toda la pericia que había adquirido en combate, eludió al hombre que acababa de sumarse a la disputa y le hizo una zancadilla que lo mandó rodando cuesta abajo.

En ese momento, Bernardo aprovechó la oportuni-

dad para arremeter furiosamente contra Malcolm, que detuvo el golpe pero no pudo evitar que lo empujara al suelo. Al caer perdió la espada y esta quedó fuera de su alcance. Desarmado e indefenso, miró al rufián, que se disponía con evidente placer a asestarle el golpe de gracia. Justo en el momento en que la espada iba a caer sobre él, Bernardo recibió un porrazo en el casco y se desmoronó en el suelo inconsciente junto a Malcolm. Nunca supo de dónde provino el impacto.

El escocés levantó la vista y descubrió a un hombre algo más joven que él que sonreía de oreja a oreja y portaba una maza pequeña pero contundente.

—No me pareció oportuno que os mataran los soldados del obispo... ¿o sí? —preguntó retóricamente Guillaume.

—Os estoy agradecido en gran manera —dijo Malcolm a su desconocido benefactor.

—¡Vaya desparramo! Uno, dos ... tres contra uno. El habitual juego sucio del obispo —dijo Guillaume.

—¿Son soldados del obispo? —preguntó Malcolm.

—Así es. El escudo de armas de sus ropas los identifica.

Malcolm se dio la vuelta para ver qué había pasado con la muchacha. Su mirada la encontró ocultándose detrás del sauce, donde se había cubierto con lo que quedaba de su vestido y demás prendas.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Malcolm.

—Sí, *monsieur*... —dijo Esmeralda saliendo con lentitud de su escondite.

Guillaume se volvió para verla y al momento quedó estupefacto con la belleza de la morena. Aunque normalmente era un hombre muy locuaz, en aquel momento no hallaba palabras que decir.

—Encontré a estos tres bribones tratando de forzar a esta jovencita —dijo Malcolm volviéndose hacia Guillaume.

—No soy una jovencita —dijo Esmeralda—. Tengo

dieciocho años.

—Os ruego me disculpéis —respondió Malcolm no sin un dejo de sarcasmo—. Siendo tan noble caballero —continuó en el mismo tono—, no podía permitir que esos tres brutos llevaran a cabo sus intenciones.

Malcolm hizo un reconocimiento de la escena. El soldado herido en la pierna se había desmayado a causa del dolor y la hemorragia. El segundo, que al parecer se había golpeado la cabeza contra una piedra al caer, yacía en el suelo cual montón de escombros al pie de la loma. Bernardo estaba tendido desparrado a pocos metros de donde se encontraban él y Guillaume.

—Permitidme expresar una vez más mi gratitud por vuestra oportuna intervención —dijo Malcolm a Guillaume, que seguía mirando a Esmeralda como hipnotizado por un hechizo.

Guillaume salió repentinamente de su trance para responder balbuciente:

—Era lo menos que podía hacer. No soy de los que se quedan indiferentes al ver a alguien asaltado por una gentuza así. Mujer, ¿cómo os llamáis?

—Me llamo Esmeralda. Soy hija de Ricardo, el gitano español que está acampado allá abajo.

—Ah, ¡gitanos! Dicen que no sois más que unos vagabundos, ladrones, asesinos, adivinos y hechiceros.

—Somos gente sencilla. Nos ganamos la vida como caldereros —replicó Esmeralda defendiendo a su familia—. No somos asesinos, mentirosos ni embaucadores, como piensa vuestra gente.

—Hmmm, no sé qué pensar de eso —dijo Guillaume—, pero una muchacha tan hermosa como vos haría bien en cuidarse de truhanes como estos. Os aconsejo que os deis prisa en contar a vuestro padre lo que ha sucedido aquí. Debéis iros, pues cuando estos hombres despierten, sin duda buscarán vuestro mal.

—Pero uno de ellos está herido. Debo atenderlo —dijo Esmeralda—. No puedo dejar que muera aquí desangrado.

—¿Por qué no? ¡Ese hombre intentó violaros! —replicó Guillaume—. ¿Por qué habíais de atenderlo?

—Porque está herido —dijo Esmeralda—. No puedo dejarlo aquí para que muera.

—¡Vaya lógica la de esta mujer! —exclamó Guillaume con asombro—. No la entiendo, pero de caer herido alguna vez, desearía que me atendiera alguien tan tierno y misericordioso como vos, señora.

—Os mofáis de mí, *monsieur* —dijo Esmeralda.

—Tal vez un poco —respondió Guillaume—. Sin embargo, muchas veces ayudó una broma donde la seriedad oponía resistencia. Veamos si podemos vendarle la herida. Cuando sus compañeros despierten podrán cuidar de él.

La herida era bastante profunda y la hemorragia había sido abundante.

—Necesitaré unas hierbas —dijo Esmeralda—. Voy por ellas.

Esmeralda se dirigió hacia la caravana. Entre tanto, rascándose la cabeza Guillaume miró a los tres hombres y acotó:

—Me pregunto qué habrá traído a los hombres del obispo a lugar tan alejado de la ciudad.

Al notar el morral que llevaba Bernardo atado a la cintura, añadió:

—¡Ajá! El secreto puede estar en ese morral.

Agachándose, desató la cuerda que lo mantenía cerrado y sacó una carta sellada.

—¡Vaya! ¡Un mensaje para el legado papal! —dijo Guillaume—. Me pregunto qué le pediría Odón y qué revestía tanta importancia que tuvo que enviar a sus hombres a entregárselo antes de llegar en vez de esperar a su arribo a Tolosa.

—Luego de cerciorarse de que ninguno de los tres hombres había recuperado el conocimiento, Guillaume

rompió el sello de lacre y abrió la carta.

«*Al excelentísimo señor don Pedro de Castelnau, de parte de Odón, obispo de Tolosa.*» Guillaume recorrió con la vista la escritura en latín, idioma oficial utilizado en aquella época para toda comunicación, tanto religiosa como secular.

—Se trata de un mensaje de Odón, en el que ofrece plenamente sus servicios y su cooperación al legado a fin de persuadir a Raimundo, conde de Tolosa, para emprender una persecución a gran escala contra los cátaros de la región de Languedoc. Que Odón colaboraría e incluso presionaría con vistas a ello ya lo sabíamos, pues lo ansía desde hace mucho. Pero, ¿qué es esto? Dice que tiene a alguien, un confidente muy cercano al conde, que lo mantiene al tanto de las intenciones de éste, y en consecuencia podría proporcionar información que podría resultar vital para que sus argumentos fueran más convincentes. ¡Por todos los santos! ¡Un traidor! ¡Un traidor cercano a mi tío! ¡Un conspirador! —exclamó Guillaume, mientras se ruborizaba—. Dice que el espía podrá seguir proporcionando información valiosa y que ya ha confeccionado una lista de los dirigentes de los cátaros y de hombres del castillo y de entre la corte del conde que son adeptos secretos del movimiento. No solo eso; pronto estará en condiciones de entregarle la lista a él —es decir, a Odón mismo— y este, a su vez, se la remitirá al legado en calidad de representante del Santo Padre.

—¡Dios mío! ¡Qué canallada! —exclamó Guillaume.

Malcolm permaneció en silencio durante toda la explicación de la carta, pues concluyó que entrañaba mucho más de lo que lograba comprender en aquel momento.

En ese instante llegó de regreso Esmeralda junto a su padre y se dispuso a preparar una cataplasma de hierbas para aplicarla a la herida del soldado. Este

gimió cuando se la apretaron contra la cortadura y comenzaron a vendársela.

Aunque había roto el sello de la carta, Guillaume la volvió a poner en el morral de Bernardo.

Esmeralda y su padre terminaron de vendar la herida del guardia y se levantaron para irse.

—Nobles caballeros, una vez más, os expreso mi gratitud por rescatarme.

—Fue un placer —repuso Malcolm.

Guillaume volvió a mirar fijamente a la hermosa gitana.

—Señora —dijo—, lamento no haber llegado antes para combatir en defensa de vuestro honor.

Esmeralda se ruborizó. Su padre, tomándola de la mano, la instaba a partir.

—¡Vámonos! —insistió—. Debemos irnos de aquí y buscar otro sitio donde acampar. Si nos demoramos, ten la seguridad de que esos soldados procurarán vengarse de nosotros.

Guillaume caviló rápidamente y dijo:

—Mi padre tiene tierras a unas tres leguas al norte de la ciudad. Allí encontraréis refugio. Decidle al mayordomo de la propiedad que Guillaume pidió que os diera un sitio donde acampar. Llevaos este pequeño crucifijo en prenda. Sabrá que es mío. No le agradará, pero accederá al saber que lo he ordenado yo. ¡Idos ya!

—Vamos —dijo el padre de Esmeralda—, tenemos que irnos.

—Dios os guarde hasta que nos volvamos a encontrar —dijo Guillaume.

—Hasta entonces, *monsieur* —respondió Esmeralda.

Malcolm asintió inclinando levemente la cabeza mientras Esmeralda y su padre partían hacia el campamento.

—¡Vaya! —dijo Guillaume—. ¡Hoy hemos descubierto un enredo de los buenos! Alguien como vos

podría serme de gran utilidad, pues he visto la destreza con que empuñáis la espada. De no haber sido tres los que os combatían, creo que podríais haber dominado la situación sin mi ayuda. A la verdad, habría intervenido antes, pero no podía permitirme el lujo de que esos hombres supieran quién os había ayudado; si el obispo se hubiera enterado, las consecuencias habrían sido lamentables. Percibo por vuestro acento que sois de Escocia. Mucho me temo, escocés, que tendréis que cargar con la entera responsabilidad de este asunto.

—No tengo reparo alguno en hacerlo —repuso Malcolm.

—Eso lo decís ahora, pero creo que llegaréis a lamentaros de este día —dijo Guillaume con un tono de severidad desacostumbrado en él—. Acompañadme de regreso a la ciudad; tengo noticias que llevarle a mi tío. En el camino me hablaréis de vos y me contaréis qué ha traído a un forastero de tan lejos a nuestra hermosa tierra.

—Con sumo gusto. Pero decidme, ¿quién sois?

—Me llamo Guillaume. Soy hijo de Gastón, cuñado del conde Raimundo de Tolosa.

Ambos montaron y emprendieron camino a la ciudad. Lo que había comenzado para los dos aquella mañana como una placentera cabalgada había dado un giro inusitado. Los dos mozos regresaban portando noticias que no solo habrían de cambiar la vida de los nobles de Tolosa, sino la de todos los buenos ciudadanos del Languedoc.

IV. EL TRAIADOR

Los dos jinetes conversaban mientras cabalgaban juntos de regreso a la ciudad. Malcolm explicó a Guillaume cómo había llegado a Francia y se había incorporado a la guardia personal del rey, en la que había servido casi tres años antes que lo dieran de baja. Se había trasladado al sur para averiguar si lo que había oído decir de aquella región era cierto.

Guillaume, a su vez, lo puso al tanto de las intrigas políticas que habían tenido lugar durante muchos años entre el obispo Odón y el conde Raimundo. También le contó que, después que sus intentos de emprender una cruzada victoriosa a Tierra Santa se frustraran, el nuevo Papa se había embarcado en la misión de traer el sur de Francia y el norte de Italia de vuelta al redil de la Santa Madre Iglesia.

Promediaba la mañana cuando ambos entraron a la ciudad. Guillaume se proponía ver a su tío enseguida para informarle de su reciente encuentro con Bernardo, el esbirro del obispo. Pero Malcolm, preocupado por las pertenencias que había dejado en la posada, insistió en que primero le encargaran al posadero que se las cuidara bien hasta su regreso.

A su arribo, Marcel no estaba, pero la bella Lisette se disponía a salir por la puerta cuando Malcolm entró

presuroso. La muchacha quedó desconcertada por el tono de urgencia de las palabras de Malcolm, pero prometió guardar sus cosas a salvo.

Luego, como movido por alguna extraña inspiración, Malcolm se quitó la espada y se la dio a Lisette para que la guardara con las otras armas. Se sentía bastante raro, pues en los muchos años que llevaba portando armas, su espada jamás se había apartado de su lado. No entendía aquel extraño impulso. Era como si algo se hubiera apoderado de él en ese instante.

Armado únicamente de su puñal, Malcolm montó su caballo y se unió a Guillaume. Los dos se dirigieron por la calle principal hacia el castillo. Tras dejar sus caballos en manos de los sirvientes que salieron presurosos a recibirlos, subieron por la escalinata principal y entraron en el amplio salón del castillo.

Allí, Guillaume encontró a Roberto de Aviñón y le preguntó por su tío. Roberto le explicó que se habían reunido aquella mañana pues su tío sentía apremio por tratar el asunto abordado en la reunión de la noche anterior, y que les había extrañado que él no estuviera presente. El conde había sido requerido para atender otros asuntos pero volvería enseguida.

Guillaume iba y venía impaciente de arriba a abajo. Estaba ansioso por contar a su tío que uno de sus confidentes lo traicionaba pasando información al obispo. Roberto observaba a Guillaume con suspicacia. Se preguntaba cuál sería la causa de la agitación del joven, pero no lo inquirió.

Mientras, por respeto a quienes ostentaban cargos de mayor jerarquía, Malcolm se mantuvo a unos metros de distancia. Era lo que se esperaba de él, que era un forastero y prácticamente un plebeyo en aquel país, aunque en su propia tierra fuera, en efecto, de sangre azul.

Enseguida, el conde entró por una pequeña puerta en la otra punta del salón. Guillaume sabía que

aquella puerta daba a una escalera que conducía a los aposentos privados del conde en un nivel más elevado del castillo.

—Sobrino Guillaume —dijo el conde—, ¡te echamos de menos esta mañana!

—Mis disculpas, tío —respondió respetuosamente Guillaume—. Es que os traigo noticias un tanto urgentes.

—A ver. ¿De qué se trata?

Guillaume hizo una pausa y luego continuó.

—Me parece conveniente que os lo cuente en privado.

El conde estaba sorprendido. ¿Qué tendría que decirle Guillaume que no pudiera hacerlo delante de Roberto, su leal consejero y canciller?

—Excusadnos un momento, Roberto —dijo el conde con mirada condescendiente—. Parece que mi sobrino quiere decirme algo que le resulta un tanto difícil de explicar.

Roberto se inclinó en señal de reverencia y abandonó el salón por la puerta principal para aguardar en el patio.

—¿Y quién es este hombre? —preguntó el conde.

Guillaume dirigió la mirada hacia donde estaba Malcolm y luego volvió a mirar a su tío.

—Este hombre es mi testigo, pues él vio lo mismo que yo.

—¿Y qué fue lo que ambos visteis? —inquirió el conde.

Guillaume pasó a relatarle lo que había acontecido al toparse con Malcolm debatiéndose con los guardias de Odón. Le contó que había intervenido en favor del escocés y luego habían hallado la carta del obispo dirigida a Pedro de Castelnau, el legado papal.

—¡Dios mío! —exclamó el conde poniéndose la mano en la boca mientras cavilaba sobre lo que acababa de oír—. Esto es de lo más perturbador.

—¡Esto es traición, tío! —dijo Guillaume con ve-

hemencia.

—Sin duda que lo es —dijo Raimundo—. Sin duda que lo es. Tenemos dos retos por delante. Primero, averiguar quién es el informante; segundo, sacarle ventaja a esta información que ha llegado a nuestros oídos.

—¿Quién creéis que podría ser? —preguntó Guillaume.

Podría ser cualquiera —dijo el conde con tono de reflexión—. Esto nos complicará aún más la vida. No sabemos en quien confiar, pues podría ser cualquiera de los que me rodean, desde los sirvientes hasta el canciller. ¡Vaya situación en el que estamos metidos! —añadió dejándose caer en su silla—. ¡Qué complicado! Pero como que hay un Dios en los cielos, voy a averiguar quién es este hombre... o mujer. Debo dar con un plan para desenmascarar a esa persona. Tengo que meditar mucho en esto. Guillaume, vos sois la única persona de la que me puedo fiar, pues aunque quiero entrañablemente a vuestro padre, esta información pone en entredicho la lealtad de todos.

—¡No sospecharéis de mi padre! —dijo Guillaume horrorizado.

—Guillaume, esta es una triste lección que debéis aprender en el arte de gobernar. Todos son sospechosos, aun aquellos con quienes guardáis la más estrecha de las relaciones y quienes están más cerca de vuestro corazón. Este es el yugo que debe sobrellevar quien ejerce la autoridad. Siempre habrá quien codicie esa posición y el poder. Gobernar es una labor solitaria. Sí que confío en vuestro padre, Guillaume, ¡creedme! Le tengo mucho afecto y confío en él, pero ahora no sé si esa confianza está bien fundada.



Mientras acontecía todo aquello en el amplio salón del castillo, Esmeralda y su familia levantaban el campamento y se disponían a partir hacia su nuevo destino.

Entre tanto que Ricardo enganchaba los caballos a su carreta, Esmeralda se dirigió a él turbada.

—Padre, ese soldado... ¡podría morir!

—¡Así es, hija mía!

¡No puedo dejar que muera, padre! Cuando Antón nos instruyó en las Sagradas Escrituras, nos enseñó que hay que amar a los enemigos y devolver bien por mal.

Con ternura, Ricardo miró a su hija a los ojos.

—¿Qué me pides, que haga, hija?

—¡Cuidarlo!

—Pero sería peligroso llevármolo.

—Lo sé padre, pero pronto habrá que cambiarle la cataplasma. Su herida es profunda. Padre, si lo llevamos en la parte posterior de la carreta, podría curar de sus heridas.

Pero hija —insistió Ricardo—, bien sabes que podrías volver a poner en peligro la vida de todos nosotros.

Ricardo volvió a mirar a su hija a los ojos y luego suspiró profundamente.

—Tienes mucha razón. Está bien, se lo diré a tu madre.

Una vez que el padre de Esmeralda terminó de enganchar los caballos a la carreta, se subió y dando un silbido, pegó un chasquido con las riendas. Los caballos tuvieron que emplear toda su fuerza para echar a rodar la pesada carreta, y las ollas, sartenes y demás utensilios que colgaban a sus lados misma desencadenaron un gran estruendo. Ricardo condujo la carreta por la ribera hasta donde yacían los tres soldados. Al llegar allí, Esmeralda y sus padres bajaron hasta la orilla. Entre los tres lograron arrastrar al corpulento soldado, alzarlo y acostarlo en la parte de atrás del carruaje.

—¡Vámonos! —dijo Ricardo mientras Esmeralda echaba una última mirada a los otros dos hombres, que aún no volvían en sí. La carreta reemprendió la

marcha hacia Tolosa.

Más o menos a una milla de la ciudad, Ricardo se desvió del camino principal. Sabía que él y su familia no serían bien recibidos por la gente de la gran urbe, de modo la eludió. Encontró el camino principal del lado norte de la ciudad y se dirigió hacia donde Guillaume le había indicado.



Era cerca del atardecer cuando Bernardo finalmente recobró el conocimiento. Dándose la vuelta, acusó recibo del intenso dolor que todavía le hacía retumbar la cabeza. Se quitó el casco con cuidado y examinó la abolladura que le había propinado la maza de su incógnito atacante. Hizo una mueca de dolor al tocarse el chichón. Levantando la mirada, vio al segundo soldado que seguía tendido donde había caído. Con una patada y unos cuantos gritos e insultos, finalmente consiguió que su compañero se reanimara.

Él también había tenido suerte de que su casco lo hubiera protegido de peores daños que los que lo habían dejado inconsciente. Bernardo buscó al tercer guardia, pero no lo encontró. Subiendo hasta la cima de la loma, descubrió que los gitanos habían levantado el campamento. La puesta del sol le hizo caer en la cuenta que la mayor parte del día había pasado desde el encuentro que lo había dejado en tan lamentable estado.

Mientras se rascaba la cabeza, se sentó pensando qué hacer. En ese momento notó que la cuerda de su morral estaba suelta. Rápidamente, lo abrió y descubrió con alivio que la carta todavía estaba allí. Pero al sacarla, se le reflejó el horror en el rostro: el sello estaba roto.

Bernardo comprendió en ese momento lo que tenía que hacer. No podía entregar una carta al legado papal con el sello roto. Tendría que volver y vérselas con el obispo. Pero sabía que no se atrevería a contar la verdad de lo sucedido. Lo que le contara tendría que

hacer parecer que él había sido la víctima.

—¡Vamos! —le gritó a su compañero—. Tenemos que volver a la ciudad. Ayúdame a buscar los caballos.

Les tomó casi media hora encontrarlos, pues se habían ido hasta un pastizal lejano. Por pura casualidad, Bernardo vislumbró a uno de ellos asomando la cabeza por encima de una pequeña elevación en la distancia.

Luego de prender a los tres caballos, se dirigieron a la ciudad. En el camino, debatieron lo que le dirían al obispo.



Odón estaba que echaba pestes.

—¡Idiota! —bramó furiosamente dirigiéndose a Bernardo. ¿Os dejasteis emboscar por un bandido? No puedo creerlo. ¿Y por qué iba a abrir la carta un bandido? Si lo que buscaba era dinero, ¿por qué iba a abrir la carta? ¡Hay más detrás de todo esto que simples bandidos! Seguro que es obra del conde. De pronto todos los años que cultivé a ese informante se han esfumado. Tengo que pensar. ¡Largaos de aquí! —volvió a gritar al sargento.

En el momento en que Bernardo se dio la vuelta para salir, Odón lo volvió a interrogar.

—¿Reconoceríais a ese hombre que os acosó primero?

—Sí, Ilustrísima —respondió Bernardo—, pues se mofó descaradamente de mí. Sin duda que lo recordaría.

—¿Y pensasteis que estaba solo —dijo Odón—, pero luego sus secuaces os atacaron por la espalda?

—Así es, Ilustrísima.

—¿Y os parece que los asaltantes que los secundaron eran los gitanos que estaban acampados cerca de allí?

—En efecto, Ilustrísima —repitió Bernardo cabizbajo.

—¿Y pensáis que han matado al tercer soldado y se han fugado llevándose su cadáver? ¡Sin duda para usarlo en alguno de sus ritos de magia negra! —dijo el obispo suspirando. Sumido en la desesperación, se ocultó el rostro en las manos.

Luego, como si le hubiera sobrevenido una oleada repentina de inspiración maléfica, la expresión de su rostro cambió por una mueca de perversidad.

—¡Sí! ¡Sí! —vociferó—. Podemos sacar provecho a esta situación. ¡Eso haremos, precisamente! ¿No resulta obvio que esta agresión debe de haber sido perpetrada por esos rebeldes cátaros, que odian a la Iglesia y todo lo que ella representa? ¿No es evidente que han sido ellos, en nefasta alianza con esos gitanos infieles, quienes han atacado y asesinado a los más piadosos de entre los siervos de la Santa Madre Iglesia? Nos valdremos de estos argumentos para insistir en su eliminación. ¡Exigiremos un juicio!

—Exigiremos al conde Raimundo que capture a esos malhechores. Y entonces, si en efecto esto es obra suya, caerá en sus propias redes, pues le tenderé una trampa y se hará patente que él sabe todo lo que escribí en esa carta. En ese momento, con justicia, proclamaré ante todos su culpabilidad como cómplice de los conspiradores. ¡Ja, ja!

—¡Dios mío, esto tal vez podría ser lo mejor que me podía haber ocurrido! —seguía elucubrando el obispo—. ¡Y justo cuando está a punto de llegar el legado! Si no acabamos totalmente con el conde Raimundo, lo tendremos rogándonos de rodillas como un fantoche. ¡Entonces purificaremos esta tierra a nuestro antojo!

V. LA ACUSACIÓN

La mañana siguiente, el obispo Odón y su comitiva atravesaron la plaza mayor de la ciudad desde el palacio episcopal, contiguo a la catedral, hasta el castillo del conde Raimundo. Subió las escalinatas luciendo las mejores galas de su cargo. Arrastraba detrás de sí una capa complejamente bordada con hilos de oro. El cayado de obispo finamente tallado golpeteaba rítmicamente en los escalones. La mitra lo hacía parecer más alto que sus asistentes. A pesar de su corpulencia, Odón tenía un aspecto impresionante.

Iba flanqueado por dos sacerdotes y lo seguían varios diáconos y guardaespaldas, entre ellos, Bernardo y el otro soldado que había sobrevivido la contienda con Malcolm el día anterior.

Un heraldo anunció su llegada cuando ingresaron en el salón principal.

—Odón, obispo de Tolosa, solicita audiencia con Vuestra Señoría Raimundo Conde de Tolosa.

Habiendo cumplido con el protocolo, Odón se acercó al trono donde estaba sentado Raimundo, flanqueado por su cuñado Gastón y por Roberto de Aviñón.

—Sed bienvenido, Ilustrísima —dijo Raimundo a medida que el obispo se acercaba.

Odón se inclinó acartonadamente y de inmediato,

miró de frente al conde y comenzó su diatriba.

—¡Vengo por un asunto de suma urgencia! El día de ayer, ladrones y vagabundos asaltaron a tres de mis sirvientes a quienes había enviado en una misión. Les hurtaron ciertos dineros que llevaban encima. Peor aún, uno de mis hombres cayó mortalmente herido y no hemos encontrado su cuerpo. En vista de ello, acudo a Vuestra Señoría solicitar que se haga justicia y a requerir que apreséis a esos hombres a fin de que les caiga todo el rigor de la ley. Conde Raimundo, mis hombres se hallaban dentro de vuestro territorio, de modo que os hago responsable.

El conde respondió en tono medido.

—A la verdad es un asunto serio, Vuestra Ilustrísima. ¿Dónde están los acusadores y los testigos de este hecho para que pueda interrogarlos a fin de obtener justicia para vos y para la Santa Madre Iglesia?

Con un chasquido de los dedos, Odón hizo pasar al frente a Bernardo y el otro soldado, que tenían la cabeza inclinada.

—Estos son los dos que sobrevivieron. Su compañero desapareció luego del ataque. Tememos que lo hayan matado y se hayan llevado el cuerpo.

—Os ruego, Vuestra Ilustrísima, que me permitáis escuchar el recuento de los hechos de boca de vuestros hombres.

Bernardo, algo tembloroso, comenzó a hablar.

—Vuestra Señoría, cuando nos detuvimos junto al río a poca distancia de la ciudad cumplíamos un mandado. Allí, donde el camino tuerce hacia el poniente, nos sorprendió un bandolero. Mientras atraía nuestra atención, nos atacaron por la espalda.

—¿Y quién creéis que eran esos hombres? —preguntó Raimundo con expresión severa.

—El primero que nos atacó tenía el porte de un soldado y hablaba el dialecto del norte con marcado acento. Era un hombre joven, de menos de treinta años, de un aspecto que en opinión de algunos podría

considerarse apuesto. Se mofó de mí y me profirió toda suerte de viles insultos. Creo que estaba en complicidad con unos gitanos que acampaban cerca.

—Estamos convencidos —interrumpió el obispo— de que todos ellos conspiraban con algunos de las sectas albigenses que proliferan en vuestros dominios y calumnian a la Santa Madre Iglesia y enseñan doctrinas heterodoxas. Ya os he advertido que es menester erradicar a esas personas.

—Lo sé, Vuestra Ilustrísima —dijo el conde—. Estoy al tanto de vuestra inquietud por esas cuestiones. Decidme, soldado, ¿no habéis hecho nada que provocara ese ataque?

—Pues no, Vuestra Señoría. Nos ocupábamos pacíficamente en los asuntos del obispo.

—Ya veo —dijo Raimundo—. Creo que Vuestra Ilustrísima dijo algo de ciertos dineros.

—Ah... ah, sí —dijo Bernardo—. Llevábamos con nosotros una porción de los diezmos para entregárselos al legado papal, y nos los robaron. Eran unas trescientas monedas de oro.

—¡Trescientas monedas de oro! —exclamó el conde.

—Así es —repitió Bernardo—. Portábamos trescientas monedas de oro.

El obispo y Bernardo intercambiaron miradas furtivas, pues habían urdido aquella patraña la noche anterior para dar mayor peso a la acusación.

El conde volvió a dirigirse a Bernardo.

—El acento de aquel bandido, ¿diriais que podría haber sido escocés?

Bernardo miró desconcertado al obispo.

—Sí, Vuestra Señoría, pudo haber sido el acento de un escocés, pues he oído los acentos de los bárbaros que vienen de las tierras del norte de Bretaña. Bien pudo haber sido un escocés.

—En ese caso —dijo el conde volviéndose al obispo—, ¡me parece que ya lo tenemos!

Al haber sido sorprendido desprevenido, Odón abrió unos ojos como platos.

—Ayer aprehendimos a un escocés pues nos pareció sospechoso —continuó el conde—. Pero no tenía encima dineros, al menos no en la cantidad que habéis citado. Al presente lo he confinado al calabozo.

—¿Qué? —preguntó el obispo.

—Así es. Y estoy seguro de que una vez interrogado, saldrá a la luz la verdad y recuperaréis vuestro oro.

El obispo observó al conde con recelo y luego una vez más a Bernardo, que se mostraba perturbado. Se daba cuenta que la falsedad de su testimonio podría quedar al descubierto si se permitía al escocés contar su versión. En tal caso, no solo correría peligro a manos del conde, sino también del obispo. Dar falso testimonio en el tribunal ante el conde era un grave delito que se podía castigar con la misma severidad que el imputado por el acusador al acusado.

Bernardo quedó estupefacto.

—Venid —dijo Raimundo—. Retirémonos al calabozo para que podáis hacer una identificación cierta del hombre. Habiendo cumplido con ello, el asunto se juzgará públicamente.

El obispo —parcialmente recuperado de la noticia de que el asaltante ya había sido capturado— volvió a su discurso preparado.

—Coincido con Vuestra Señoría. Exijo un juicio público y que ese hombre sea puesto en manos de los interrogadores a fin de determinar el alcance de esta conspiración cántara y la medida de complicidad de los infieles gitanos.

—Ya veremos —dijo el conde—. Vayamos al calabozo.



Las comitivas del conde y el obispo salieron del amplio salón y cruzaron el patio hasta una torre adyacente. Entrando por una puerta en la base, descendieron en fila india por una escalera en espiral. Unos treinta

pies más abajo, varias celdas bordeaban el perímetro interior de la torre.

Al llegar a la última, el conde pidió al carcelero que la abriera. Alzando una antorcha, el guardián destrabó la cerradura, abrió de par en par y entrando, iluminó la oscuridad de aquel húmedo y hediondo recinto. Allí estaba Malcolm sentado. Tenía las manos engrilladas y encadenadas a los muros y el rostro enmugrecido. Parecía que le hubieran dado una golpiza.

—¿Es este el hombre? —preguntó el conde a Bernardo.

—¡Entrad y observadlo! —demandó Odón.

Al inclinarse cautelosamente hacia delante, la mirada de Bernardo se trabó con la de Malcolm.

—Sí, este es el canalla que me atacó.

Malcolm permanecía en silencio.

Bernardo se lanzó hacia él como para propinarle una patada, pero el conde extendió rápidamente el brazo y lo detuvo golpeándolo en el pecho.

—Este hombre es mi prisionero —dijo el conde— y por lo tanto está bajo mi protección hasta que comparezca ante mí en juicio.

Bernardo ensayó una disculpa poco convincente y, trastabillando, se retiró unos pasos hacia atrás. Al ver la mirada censuradora de Odón, salió por la puerta humillado.

—Guardad bien a este hombre, carcelero —dijo Raimundo—. Pasado mañana será juzgado.

—¿Tan pronto? —objetó Odón—. ¡No nos dará tiempo de preparar debidamente nuestro alegato!

—¿Qué alegato hay que preparar? —replicó Raimundo—. Atacó a vuestro hombre y robó vuestros bienes; vuestro hombre lo ha identificado. Seguramente ello será confirmado en el juicio. Una vez sentenciado, habrá de pagar por sus delitos.

Los acontecimientos se precipitaban con demasiada rapidez. Raimundo había pillado al obispo desprevenido, pero este se recuperó rápidamente

cuidándose de no dar a entender que lo habían cogido por sorpresa.

—Tiene razón Vuestra Señoría. Es una sabia decisión —respondió Odón con algo más de compostura—. Me parece bien. Que lo juzguen pasado mañana.

—Muy bien —dijo Raimundo—. Salgamos.

Los miembros de las dos comitivas fueron saliendo uno por uno. En último lugar lo hizo el carcelero llevándose la antorcha. Se cerró la puerta y Malcolm volvió a quedar sumido en la profunda oscuridad del calabozo.

El ruido de los pasos de la comitiva subiendo las escaleras se fue apagando hasta desvanecerse por completo. Al poco rato Malcolm oyó un sonido aliviador: el crujido de una pesada roca que se movía. Se abrió una puerta secreta, y entró Guillaume con una antorcha en la mano.

—Habéis representado bien vuestro papel, escocés —dijo Guillaume—. Lo observé todo por la mirilla. Pensé que el bruto de Bernardo iba a propinaros un tremendo puntapié. ¡Gracias a Dios que mi tío lo detuvo!

—Quien debe dar gracias es ese ogro —dijo Malcolm—, pues aun con las manos engrilladas, podría haberlo dejado muy maltrecho.

—¡Qué valeroso! —dijo Guillaume soltando una carcajada—. Los escoceses sois ciertamente batalladores. Os libraré de esos grillos y os sacaré al aire libre.

Sin saberlo, el obispo había sido objeto de una complicada estratagema. El conde había urdido un plan para hacerlo caer en su propia trampa. A tal fin, había recabado la ayuda del joven escocés, a quien había exigido juramento de máxima confidencialidad: todo lo que viera y oyera en los días subsiguientes no habría de divulgarlo a nadie.

Malcolm había accedido de buena gana y esperaba ansioso poder asistir al conde y a su nuevo amigo

Guillaume, y a la vez llevar ante la justicia a Bernardo y los otros soldados. Habían previsto que el obispo presentara una denuncia oficial ante el conde. El ardid estaba en marcha.

Guillaume quitó los grillos a Malcolm y, alzando la antorcha, lo condujo por una escalera secreta hasta un complicado laberinto de pasadizos ocultos entre los muros del castillo. Finalmente llegaron a los aposentos privados del conde y su familia.

—Creo conveniente —dijo Guillaume— sacaros del castillo por un tiempo. Ya que habéis tenido que sufrir la poca hospitalidad del obispo y sus secuaces, ¡voy a daros a probar un poco de auténtica hospitalidad occitánica! A mi primo Raimundo —que es hijo del conde— y a mí nos honraría contar con vuestra compañía esta noche en un encuentro de trovadores¹ procedentes de todo el mediodía francés. Asistirán muchos nobles y sus hijos, pues es algo muy apreciado entre la nobleza del sur. Consiste en una competencia poética, unos juegos florales. Yo mismo tomaré parte. He compuesto una alborada de tema amoroso.

—Tendréis que disfrazaros —prosiguió Guillaume—, pues tened por cierto que el obispo enviará a sus espías. Pero ahora, amigo Malcolm, os propongo que vayamos a ver cómo están nuestros amigos gitanos. debo admitir que quedé cautivado por la belleza de esa joven.

Malcolm miró a Guillaume preguntándose cuáles serían sus intenciones.

—Perdonadme, *monsieur* —dijo Malcolm—. Ya me batí en una ocasión por el honor de esa doncella. Espero no tener que volver a hacerlo.

Guillaume miró a Malcolm e irrumpió a carcajadas.

—¡Vaya que sois noble! No, descuidad. No albergo intenciones malas para con ella. Lo que pasa es que es toda una beldad y creo que estoy prendado de ella.

¹ Véase nota VI: Los trovadores

Pero es impensable casar con ella porque pertenezco a la nobleza. No se aceptaría. Aun así, ¿verdad que tiene unos ojos bellísimos? —preguntó Guillaume.

Malcolm recordó la morena belleza de la muchacha, con sus ojos castaños que brillaban con el sol, y comprendió perfectamente lo que decía Guillaume.

—*Monsieur*, tengo algo que pedir. Dejé mi armadura a cargo de los posaderos en el hostel donde me hospedé. Ahora que sé que tengo enemigos declarados en estas partes, me siento en gran desventaja sin mi espada. Os ruego que me permitáis ir en su busca.

—No —dijo Guillaume—. Es demasiado peligroso. No puedo correr el riesgo de alguien os vea en la ciudad. ¿Qué os parece si en vez de eso envío un mensajero a la posada que pida a quienes la atienden que os lleven la espada a nuestro lugar de destino?

—Muy bien —dijo Malcolm accediendo a la atinada decisión de su amigo.

—Salgamos de aquí. Envolveos esta capa y cubriros con la capucha —dijo Guillaume mientras descolgaba la prenda de un gancho en el muro—. Ocultaos bien hasta que nos hayamos alejado de la ciudad, pues el obispo tiene ojos y oídos en todas partes.

—Pero ¿no irá alguien a la celda a verificar si todavía estoy allí?

—No. Mi tío el conde ha dado órdenes estrictas de no daros de comer en dos días, de modo que ni siquiera os llevarán la comida. El carcelero ni se molestará en abrir la puerta. Confíad en mi tío. Sabe lo que hace.

Guillaume y Malcolm abandonaron el castillo por un postigo lateral. Allí los aguardaban sus caballos. Malcolm montó su fiel corcel y Guillaume el otro. Juntos se dirigieron a la puerta norte de la ciudad, que a esas horas estaba casi desierta.

Salieron de la población esperando haber pasado inadvertidos y emprendieron camino al norte, hacia la finca del padre de Guillaume.



Era pasado el mediodía cuando llegaron a la cabaña donde vivían el guardabosques y el mayordomo de las tierras de Gastón. Guillaume desmontó y se dirigió a la puerta. Malcolm observaba a cierta distancia mientras Guillaume era recibido por un hombre robusto de cabello largo y canoso, que vestía ropas pardas. Conversaron por un momento y luego el hombre señaló el camino en dirección a una zona de densos bosques.

Guillaume volvió a montar su caballo y volviéndose a Malcolm, le dijo:

—El mayordomo de mi padre me dice que los gitanos están a unas leguas de aquí, internados en el bosque fuera de la vista. Pero me ha dado una noticia un tanto alarmante: tienen consigo a un soldado herido. Me preocupa. Mejor vamos en su busca.

No tardaron en llegar al campamento gitano. Aunque estaba bien camuflado, sabían lo que buscaban y lo encontraron enseguida. Mientras se acercaban a la enorme carreta, Ricardo salió a recibirlos.

—Bienvenidos, nobles caballeros —dijo Ricardo.

—Bienvenido seáis vos —dijo Guillaume. Luego, mirando por encima de los hombros de Ricardo, vio a Esmeralda y a su madre—. Sed también vosotras bienvenidas —añadió Guillaume.

—Sed bienvenidos, caballeros —respondieron ambas.

—Estoy en deuda con vos, *monsieur* —dijo Ricardo volviéndose a Malcolm—. Si no hubieseis intervenido en defensa de mi hija, la habrían matado.

Y dirigiéndose a Guillaume, añadió:

—Os doy también gracias a vos, *monsieur*, por auxiliar a vuestro compañero cuando parecía que era el fin. Mi hija me relató todo lo que pasó. Los gitanos no estamos acostumbrados a que la gente nos dispense un trato tan amable como el que nos habéis dispensado vosotros. Mi esposa prepara el almuerzo. ¿Os gustaría comer con nosotros?

—Más que gustoso —dijo Guillaume—. Estoy seguro que mi buen amigo, Malcolm, disfrutaría mucho de una buena comida, pues se ha visto obligado a renunciar a su desayuno esta mañana.

Guillaume dirigió una sonrisa a Malcolm y este se la devolvió acusando recibo de la broma inocente de la que lo había hecho objeto, pues aquella mañana, en efecto, había tenido que quedarse en ayunas a fin de prepararse para su actuación en el calabozo.

Así, los dos comieron con avidez el plato de venado que les pusieron delante.

—Veo que habéis cazado un buen venado —comentó Guillaume a Ricardo—. Me imagino que habrá sido de los de mi padre.

Ricardo bajó la vista.

—No, *monsieur*. Traía este venado conmigo desde antes de venir aquí. Hasta donde sé, no era de nadie.

—No temáis —dijo Guillaume—. Serviros de cuanto halléis aquí para cazar, pues es posible que tengáis que quedaros por una temporada hasta que se aclare este asunto con el obispo y sus secuaces.

—¿El obispo y sus secuaces? —dijo Ricardo con expresión atónita.

—Así es —dijo Guillaume—. Esos soldados que os hostigaron, o más bien que intentaron hostigar a vuestra bella hija, están al servicio de nuestro querido Odón, obispo de Tolosa —añadió en tono socarrón.

—¡Dios mío! ¡El malvado obispo! —musitó Ricardo.

—Veo que su reputación ha llegado a vuestros oídos —acotó Guillaume.

—Sí, todos hemos oído hablar de él.

Guillaume miró a Ricardo con expresión de severidad.

—Me ha afligido saber que habéis traído con vosotros al soldado herido —dijo Guillaume provocando una mirada de aprensión de Ricardo en dirección a

Esmeralda.

Así es, *monsieur*. Estaba gravemente herido, y temíamos que muriera desangrado si no lo atendíamos.

—¿Y por qué vais de tener tal grado de compasión por este abusador? —preguntó Guillaume pasmado.

—Porque eso es lo que nos pide Nuestro Señor.

—¿Vuestro Señor?

—Sí, *monsieur*, el Dios de los cristianos. Un hombre llamado Antón pasó muchos días en nuestro campamento enseñándonos las Sagradas Escrituras. Nos dijo que debemos amar a nuestros enemigos y hacer el bien a quienes nos aborrezcan y vituperen. Al ver a ese hombre en semejante estado, comprendimos que Dios quería que cuidáramos de él y curáramos sus heridas, de ser posible, hasta que estuviera completamente reestablecido.

—Sospecho que este Antón de quien habláis es Antón el sastre y predicador, pues en Tolosa y los alrededores se lo tiene por cátaro. ¿Y dónde está el soldado herido? —preguntó Guillaume.

—Está allá en la tienda. Tiene fiebre y delira. Ha perdido mucha sangre, pero le vendamos y limpiamos las heridas, y creemos que se recuperará. Depende mucho de su voluntad de vivir.

Guillaume y Malcolm siguieron a Ricardo y Esmeralda hasta la tienda y echaron un vistazo dentro. Vieron al hombre tendido en un catre con la frente sudorosa. Los labios se le movían pero sin emitir sonido.

—Las personas como vosotros me desconciertan —dijo Guillaume en voz baja—. Esperemos que este hombre sobreviva, pues de lo contrario la cosa se os pondrá harto difícil.

Malcolm se volvió hacia Ricardo y le preguntó:

—En el norte hablan mucho de los cátaros. ¿Vosotros sois cátaros?

—Si por cátaro entendéis que seguimos las en-

señanzas del maestro Antón, en ese caso lo somos. Todos los demás nos trataron como a proscritos y nos tildaron de vagabundos, rufianes, villanos y ramerías. Antón, en cambio, se acercó a nosotros sin pedir nada a cambio. Nos trató con dignidad y honor. Su bondad y pureza nos ganaron el corazón. En efecto, si seguir las enseñanzas del maestro Antón nos convierte en cátaros, nos enorgullecemos que nos consideren como tales. Pero no conocemos a ningún otro, pues Antón nos visita solo. Me parece que teme que los demás cátaros no nos acepten.

En ese instante se oyó el ladrido de un perro en la distancia. Enseguida el sonido se hizo más audible. Guillaume se ocultó detrás de un árbol cerca del camino y asomó cautelosamente la cabeza para ver qué sucedía.

Dos personas —no, tres— venían por el camino siguiendo a un perro. A la primera la identificó como el mayordomo de su padre. Los otros dos —un hombre y una mujer— le eran desconocidos. Guillaume indicó a Malcolm que se ocultara, y este se agazapó entre la maleza. Pronto, el mastín emprendió carrera en dirección a Guillaume, quien todavía procuraba ocultarse detrás de árbol.

—Detente, animal —le dijo Guillaume afablemente.

El enorme perro se detuvo de golpe y se sentó a sus pies moviendo la cola y con la lengua colgando. Con sus ojos castaños adoraba a su amo.

—¡Mi viejo amigo! —dijo Guillaume dirigiéndose al can. Aquel viejo mastín había sido su compañero de juegos en su niñez. Más de una decena de años después todavía vivía en el predio de su padre.

Han llegado dos personas, *monsieur* —dijo el mayordomo— alegando que vuestro siervo les pidió que trajeran una espada.

Marcel y Lisette se acercaron a Guillaume.

—Esta mañana se presentó un recadero, *monsieur*,

y nos pidió que trajéramos la espada de nuestro huésped a casa del mayordomo de la finca de Monsieur Gastón. Iba a venir solo, pero mi hermana insistió en acompañarme. ¿Dónde está el escocés, para que podamos entregársela?

—¡Malcolm, podéis salir ya! —dijo Guillaume.

Malcolm salió de la maleza y se acercó a donde estaban los que acababan de llegar.

—Os agradezco sobremanera que os hayáis tomado la molestia —dijo el escocés—. Me sentía bastante desnudo sin ella.

—No hay de qué, *monsieur* —respondió Marcel—. Pero, ¿por qué se la dejasteis a mi hermana?

—A la verdad, no lo sé. Al parecer, me sobrevino una extraña premonición de que debía dejarla con vosotros ayer tarde. Lamento la inconveniencia de que hayáis tenido que venir desde tan lejos para entregármela.

—Alguien nos trajo la mayor parte de camino, de modo que no tuvimos que caminar mucho —dijo Marcel amablemente.

—No habéis suscitado la atención de nadie, ¿verdad? —preguntó Guillaume.

—No lo creo, *monsieur* —respondió Marcel—. Pero ¿por qué íbamos a hacerlo?

—Vaya —dijo Guillaume—. Esto necesitará más de una explicación. Acercaos a la fogata.

—¿Habéis comido? —preguntó Ricardo.

—La verdad es que no —dijo tímidamente Marcel.

—Permitidme que os prepare un poco de venado y pan —les ofreció Ricardo.

—Os lo agradecemos.

—Estos gitanos son cátaros —acotó Guillaume.

Marcel y Lisette intercambiaron miradas.

—Son seguidores de un sastre llamado Antón, que es bien conocido en estas partes.

—Marcel y Lisette se miraron con expresión de

asombro. Pensaban que la única congregación de Antón era el pequeño grupo que se reunía en la tahona.

—Y este tal Antón, ¿qué os enseña? —preguntó Marcel a Ricardo.

—Nos enseña que lo más importante de todo es el amor. Que el mandamiento de amar a Dios y al prójimo —lo que él llama la Ley Celestial— tiene preeminencia sobre toda ley terrenal. Esa gran ley ha sido siempre el foco central de sus enseñanzas.

Marcel y Lisette reconocieron enseguida la verdad contenida en las palabras del gitano, pues ese era el sello distintivo de la predicación de Antón: la Gran Ley, la Ley Celestial, la Ley del Amor.

—Es un gusto conocerte, hermano —dijo Marcel dando un abrazo a Ricardo—. Nosotros también somos seguidores de Antón, aunque nos ha tomado por sorpresa enterarnos de que lo siguen otros además de quienes componen nuestra pequeña congregación.

VI. LOS JUEGOS FLORALES

A continuación se suscitó una animada conversación alrededor del fuego en el campamento gitano. Ricardo se fue y Esmeralda vino a sentarse en su lugar. Luego de relatar a Marcel y Lisette los detalles de lo acontecido el día anterior, la curiosidad de Malcolm hacia las creencias de aquellos tres albigenses lo llevó a inquirir más a fondo. Marcel y Lisette estaban fascinados de saber que Antón había predicado a otros en secreto. Esmeralda, por su parte, se alegró de saber que había otros que abrigaban las mismas creencias y tenían el mismo maestro, más aún, que ahora la aceptaban como correligionaria. Guillaume conocía la mayoría de las creencias y prácticas de los cátaros, por lo que adoptó una postura imparcial de observador.

—¿Es cierto —preguntó Malcolm— que no coméis carne ni huevos ni tomáis leche, y que os abstenéis del matrimonio?

—No. No lo es —respondió Marcel—. Puede que algunos crean en eso, pero nosotros no. Creemos, más bien, en la libertad que nos proporciona el amor de Dios, es decir, libertad para disfrutar de lo que Él nos da. Nuestro Dios es benévolo y nos otorga libertad para gozar de todo lo bueno que nos ofrece.

—Pero he oído decir que algunos predicáis que es lícito quitaros la vida en caso de veros acorralados.

—Son patrañas. Amamos la vida. Son cosas que dicen de nosotros para difamarnos, para tratar de demostrar que constituimos un peligro no solo para los demás, sino incluso para nosotros mismos. Los únicos adherentes a nuestras creencias que han sufrido muertes violentas o no naturales son quienes han sido torturados, encarcelados y eliminados por nuestros enemigos, que como habréis de saber, son muchos.

—Somos gente pacífica y afable —continuó Marcel—. Solo queremos que los demás disfruten de la paz y el amor del que gozamos nosotros. Somos muy activos predicando y enseñando, divulgamos nuestras creencias con entusiasmo, pero no hacemos daño a nadie. Algunos procuran hacernos mal porque liberamos a las gentes de la tiranía espiritual en la que viven y de los temores y leyes del hombre y de la Iglesia que los oprimen.

—Ah, pero algunos de vosotros tenéis creencias extrañas —interrumpió Guillaume—. A la verdad, ¡a veces me pregunto en qué Dios creéis! Hay algunos entre vosotros que creen que existen dos dioses: uno malo y otro bueno, y que es necesario trascender el mal para llegar al bien.

—Hay creencias muy diversas —dijo Lisette—, pues no todos los que no se conforman a la iglesia de Roma piensan igual ni estamos todos unidos. Es verdad que hay muchos predicadores y diversidad de creencias entre ellos, pero lo que nos enseñó Antón es que Jesucristo es el Hijo del Dios del amor, enviado por Él para enseñarnos a amar. Nos explicó que era un Hombre humilde que vivió con sencillez, y que como les pasó algunos de nuestros hermanos, lo mataron quienes lo envidiaban. Su predicación del amor socavaba la dominación de ellos. Enseñaba a la gente a ser libre y no estar sometida a esclavitud. Eso es lo

que divulgamos: que todos pueden ser libres. Libres para disfrutar de la vida y para amar.

—Pero algunos de vosotros rehuís el afecto físico alegando que deben refrenaros de las cosas de este mundo para perfeccionaros, para alcanzar el estado de perfección trascendental —replicó Guillaume.

—Una vez más, cierto es que algunos enseñan eso —intervino Marcel—. Pero nosotros no somos partidarios de ello. Creemos que la perfección solo se alcanzará en el más allá, cuando hayamos pasado de este mundo al otro. El amor y la manifestación del amor son el camino a la perfección. No está en lo que uno se niega a sí mismo, sino en lo que hace por el prójimo. Toma forma en el desvelo y consideración que se tiene por los demás, como ha demostrado esta familia gitana al tomar a su cuidado a ese hombre que la despreció y procuró hacerle daño. Así y todo, lo recogieron para sanar sus heridas. Nosotros creemos que actos de bondad de esa naturaleza son los que conducen a la perfección.

—Si eso es lo que creéis —dijo Malcolm—, me alegro de conocerlos, pues a la verdad se trata de creencias honorables. Pero, ¿por qué se dice que el obispo y otros de la Santa Madre Iglesia os detestan?

—Es como te dijimos —respondió Marcel—. Nuestra forma de vida pone en evidencia sus negligencia. Desenmascaramos su hipocresía. Por eso nos aborrecen.

—Este Antón —dijo Malcolm—, ¿cómo podría conocerlo? A la verdad me gustaría escucharlo.

—Tendría que preguntarle si está bien que te lleve a la próxima reunión —respondió Marcel.

—Te ruego que lo hagas, pues me gustaría saber más.

—Amigo mío —dijo Guillaume— según parece, disfrutas sobremanera de la conversación y lamento tener que interrumpirla, pero se hace tarde. Esta noche serás mi invitado en los juegos florales, de modo

que conviene que partamos ya. Además ... ¡tengo que facilitarte un disfraz!

—Monsieur Marcel, Mademoiselle Lisette —continuó Guillaume dirigiéndose a los posaderos—, os agradezco que hayáis venido a entregar a mi compañero su espada. Os pido disculpas por la inconveniencia y lamento mucho no poder quedarnos a disfrutar de vuestra agradable compañía. Malcolm y yo debemos partir.

Luego Guillaume se volvió hacia Esmeralda y al verla, una vez más sucumbió ante la imponente belleza de sus ojos.

—Mademoiselle Esmeralda —dijo cortésmente—, decid a vuestro noble padre que con gusto podéis quedaros aquí. Os agradezco la hospitalidad y la comida. Me preocupa el soldado que yace en la tienda. Os acompañaré en vuestras oraciones por su pronto reestablecimiento. Vamos, Malcolm. Debemos irnos.

Con desgana, Malcolm asintió y se levantó. Volviéndose hacia Marcel y Lisette, dijo:

—Os agradezco que hayáis tenido la deferencia de hablarme de todo lo que me habéis hablado hoy. Vine en busca de un misterio y a la verdad he hallado algo muy profundo. Sois verdaderamente nobles y únicos. Os agradezco también que hayáis venido de tan lejos para traerme mi espada. Ruego a Dios que me permita retornaros el favor algún día.

—Bienvenido, escocés —respondió Marcel—. Sois hombre de integridad y honor.

Ambos se dieron la mano y luego Malcolm se volvió hacia Lisette. Una vez más, exhibió su escasa desenvoltura en presencia de una mujer. Tartamudeando, articuló una repetición inconexa de todo lo que acababa de decir a Marcel. Lisette se ruborizó un poco. Al cruzarse sus miradas, hubo una larga pausa, tan larga que se volvió casi incómoda para los demás.

—Ah —bromeó Guillaume dándole una palmada en la espalda a Malcolm—, me parece que este gallardo

escocés ha quedado prendado por vuestra belleza, madame.

El rostro de Lisette se tornó de color carmesí. Malcolm dirigió a Guillaume una mirada de fastidio, pero al ver la afabilidad de su sonrisa, la irritación del escocés para con su amigo se disipó, pese a haberlo este puesto en una situación embarazosa.

—Debemos irnos —dijo Malcolm un tanto abruptamente mientras se dirigía hacia su caballo.

Guillaume se volvió hacia Esmeralda y sus miradas volvieron a encontrarse. Por un momento se vio transportado hacia una dimensión silenciosa e intemporal. En ese instante, Esmeralda esbozó una hermosa sonrisa que desarmó a Guillaume por completo. Sin embargo, se recuperó devolviéndole la sonrisa e inclinándose caballerosamente ante la joven. Sin añadir más, se dio la vuelta y se dirigió hacia donde lo aguardaba Malcolm.

—Os mofáis de mí por haber caído bajo el hechizo del amor, pero al parecer mi corazón no ha sido el único que ha caído en esta fogata —comentó Malcolm a modo de chanza.

Guillaume sonrió sin responder mientras montaba.

—¡Vamos, escocés! Tenemos prisa. Primero nos detendremos en casa de mi padre, que está a un cuarto de hora a caballo desde aquí. Allí, creo que puedo disfrazaros de algo singular.

Malcolm miró a Guillaume con desconcierto, pero optó por no aveiguar más. También montó, y los dos tomaron el camino que salía del bosque. Luego volvieron en dirección a la casa campestre del padre de Guillaume.



Pasaremos por alto el resto de lo sucedido aquella tarde, pues es intrascendente a efectos del relato. Una vez más, nos encontramos en el salón del castillo de Tolosa. La actividad era febril, pues allí iban a tener

lugar los juegos florales. Los sirvientes iban y venían afanosamente sirviendo las mesas del banquete, que estaban dispuestas en círculo a lo largo de las paredes del salón. Aquella noche muchos grandes caballeros, señores e hijos de señores se habían congregado en Tolosa.

El jurado del torneo habría de ser nada menos que la bella esposa del conde Raimundo. Esta era hermana del rey Pedro de Aragón, cuyo reino bordeaba el condado de Tolosa por el sur y el oeste. Juana, la primera esposa de Raimundo, había sido hermana de Ricardo Corazón de León, que fue un reconocido trovador. Ricardo había muerto varios años antes a consecuencia de heridas sufridas en el sitio al castillo de un señor feudal de sus tierras en Francia que se había amotinado.

El conde también había sido trovador en sus años mozos, pero ahora se hallaba demasiado atareado con asuntos de estado como para componer canciones. Sin embargo, aquella noche también asistiría para observar y escuchar, pues una buena canción aliviaba de forma casi mágica los afanes que lo aquejaban de continuo.

Poco antes de comenzar la velada, llegaron Guillaume y el joven Raimundo. Venían acompañados de un extraño vestido con chilaba. Su tez oscura y el tocado blanco típico de los moros del sur de España le daban una apariencia particularmente exótica.

—Te presento a Sharif Abú ben Ramán —explicó Guillaume a su desconcertado tío—. Es un médico moro de Granada que ha venido a la Occitania a ejercer su oficio y transmitir sus conocimientos. Los galenos de Córdoba y Granada han adquirido renombre en todo el mundo por su habilidad para sanar. Lo invité esta noche a ver y escuchar las canciones, la belleza y la cultura de nuestra cristiana ciudad. Tal vez nuestra influencia lo lleve a hacerse un concepto benigno de nuestra religión.

El conde se puso pálido al examinar los rasgos del sarraceno¹ y denotar que le eran familiares. La pintura oscura con que se había pintado Malcolm la cara no servía de mucho para ocultar su identidad a los ojos de Raimundo. Este meneó la cabeza consternado, para luego inclinarla cortésmente hacia el hombre, y se dejó caer pesadamente en su silla.

Extendiéndose para alcanzar su copa de vino, Guillaume le dijo al oído al joven Raimundo:

—Evidentemente tu padre no ha quedado complacido con nuestra parodia.

El joven Raimundo dirigió una mirada de pícaro complicidad. Siempre disfrutaba de las bromas de su primo. Lo único que sabía en esta ocasión era que Guillaume había disfrazado a un amigo. Pero no tenía la menor idea de quién era exactamente Malcolm.

—¡Sin duda que no, primo, sin duda que no! Veamos si nuestro artificio surte efecto en los demás.

—Acercaos, noble doctor —dijo Guillaume a Sharif Abú ben Ramón— sentémonos aquí arriba, a la derecha de mi ilustre tío. Siento mucho que quienes profesan vuestra religión se abstengan del alcohol, pues aunque oiréis buena música, no podréis degustar con nosotros este buen vino que se produce en ingentes cantidades en nuestra bella tierra.

El sarraceno asintió sentándose en silencio. Malcolm se sentía un poco incómodo con aquel atuendo que no le era familiar, pero había accedido a colaborar con la estratagema y no tenía ya escapatoria. Por nada se habría perdido la invitación a los juegos florales y a sentarse en un lugar de honor. Las canciones de los trovadores eran famosas en la toda la cristiandad, y se disponía a escuchar algunas de las mejores.

Se habían clasificado en varias categorías. El primer cantor entonó una variación de *La canción de Rolando*, sobre aquel noble caballero franco que, varios siglos atrás, había cruzado los Pirineos junto a

¹ Véase nota VII: Los sarracenos

Carlomagno con objeto de liberar aquellas tierras de los conquistadores sarracenos. Al cabo de una campaña sin resultados decisivos, Rolando estuvo a cargo de la retaguardia en la marcha de regreso del ejército franco. La suya era una noble misión condenada al fracaso, pues su compañía era reducida y el enemigo poderoso. En poco tiempo, la heroica hueste fue derrotada y todos sus componentes murieron en batalla. No obstante, sus proezas se convirtieron en la esencia de una leyenda y en tema popular de canciones.

Varios de los presentes miraban fijamente a Malcolm durante la canción. Le tomó un rato a este caer en la cuenta de que debía sentirse un tanto ofendido por ella, pues no era precisamente halagüeña para con los musulmanes. Volviéndose hacia Guillaume, se inclinó y le dijo bromeando al oído:

—Debería atravesaros ahora mismo con mi cimitarra, pues esta canción me afrenta.

—Noble andalusí —le respondió Guillaume en voz baja—, no os toméis vuestro papel tan en serio. Podéis simular sentirnos ofendido, pero pronto la canción habrá concluido. No temáis.

Para alivio de Malcolm, la canción terminó con la aclamación del público. El siguiente número también hacía referencia a actos de heroísmo, esta vez en las luchas entre los diversos reinos en que había esado dividida Francia siglos atrás.

El tercer trovador cantó sobre un amor no correspondido. El suyo era un relato de un joven caballero que se había enamorado de una princesa sin que ella lo supiera. La canción concluía trágicamente con la partida del joven a las cruzadas y su muerte en tierras lejanas sin que la doncella se enterase jamás de su amor.

A continuación le tocó el turno a Guillaume. Acompañado por un músico al laúd, cantó una canción que hablaba de dos enamorados. Era una canción alegre, pues al final la pareja se unía y vivía en dicha eterna.

Se cantaron muchas otras canciones aquella noche y también corrió el vino. Malcolm disfrutó de la velada a pesar de verse obligado a la abstinencia. Al cabo de mucho canto y jarana, la velada tocó a su fin. La condesa debía otorgar el premio al ganador: una copa suntuosamente adornada. Tras un intenso debate con su esposo y admitir públicamente que le resultaba difícil escoger al ganador habiendo estado su propio sobrino entre los participantes, concedió el premio al joven caballero que había cantado la triste canción de amor no correspondido. Al acercarse e inclinarse ante la condesa, el joven recibió una ovación de los presentes. Se levantó, y la anfitriona le entregó la copa. Alzándola, se volvió mirando a la audiencia, que una vez más daba vítores y aplaudía.

—Vamos —dijo Guillaume a Malcolm—. Debemos partir pronto. Tendremos que encontrar un lugar agradable donde pasar la noche a salvo y alejados de la vista de sirvientes entrometidos. Me parece que haríamos bien en quedarnos en vuestra posada en vez de aquí en el castillo, donde sabemos ya que alguien pone al obispo al tanto de cada movimiento de mi tío.

En el momento que partían, un formidable caballero visiblemente ebrio increpó a Malcolm.

—¡Pagano mahometano! —gruñó—. ¿Cómo te atreves a aparecer aquí entre cristianos? ¡Alquimista! ¡Tienes pacto con el Diablo! ¡Debería acabar contigo ahora mismo ensartándote con mi espada

Malcolm miró nerviosamente a Guillaume y este se dirigió al hombre.

—Este sarraceno está aquí por invitación mía. Es un hombre noble, íntegro y honesto, y no consentiré que lo insultéis en casa de mi tío. Si queréis traspasarlo con vuestra espada, tendréis que hacer lo propio conmigo primero. Y en ese caso, me parece que os acarrearéis la enemistad de mi tío.

El rostro del caballero se tornó de todos los colores al tiempo que pronunciaba una disculpa poco

entusiasta, luego de lo cual, se dio la vuelta y salió por la puerta.

—Algunos de mis compatriotas son sumamente intolerantes —dijo Guillaume—, pero creo que era más el vino el que hablaba que él. Es sabido en nuestra región que para adquirir una instrucción óptima es menester ir a Córdoba y estudiar en la universidad. Sin embargo, aunque hay algunos aquí que no se oponen a aprender de los moros, los pone un tanto nerviosos tenerlos en su propia tierra.

—Ese hombre —prosiguió Guillaume—, Alberto de Aurillac, es peligroso en extremo. Además de ser grosero y tener mal genio, es uno de los guerreros más diestros de la región. Supongo que no llevó las cosas a más para no suscitar la indignación de mi tío. Mejor será que nos vayamos antes que nos topemos con algún otro.

Despidiéndose del joven Raimundo, Guillaume y Malcolm salieron subrepticamente del gran salón por una puerta lateral y descendieron por unas cortas escaleras hasta un aposento anexo, donde el escocés se quitó el disfraz, se lavó la cara y las manos de la pintura y se cubrió con una capa.

De allí, abandonaron el castillo y se dirigieron a la ciudad por la calle principal. Guillaume evidentemente sabía por donde iba, pero para Malcolm todo era nuevo y desconocido. Pasaron ante la tahona donde, sin saberlo ellos, se habían reunido los discípulos de Antón dos días antes. Luego Guillaume torció a la derecha por un callejón. Avanzando en la oscuridad, finalmente llegaron a la posada y tocaron a la puerta. Una voz que les era familiar preguntó desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Malcolm y Guillaume —respondió éste último.

El cerrojo resonó con fuerza al descorrerlo Marcel, y la puerta se abrió. Los dos entraron en la posada mientras éste cerraba la puerta tras ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Marcel.

—Antes de deciroslo debo exigiros juramento de lealtad y confianza —dijo Guillaume.

—Es contrario a mis creencias hacer juramentos —replicó Marcel—, pero os doy mi palabra de que no divulgaré a nadie nada que me digáis esta noche.

Guillaume miró a Marcel profundamente a los ojos y vaciló por un momento. Luego continuó.

—Nuestro amigo Malcolm debería estar alojado en el calabozo de mi tío, pero busco un sitio más hospitalario donde pasar la noche Me dijo que teníais una posada cómoda aquí.

—Por cierto que espero sea más agradable que el calabozo de vuestro tío —comentó Marcel sonriendo—, aunque es probable que esta noche la mazmorra del castillo albergue a más personas que nuestra humilde morada. Vuestro aposento aún se encuentra desocupado, *monsieur*. En realidad podéis servir de toda la posada, pues no tengo más huéspedes. Os ruego que me expliquéis por qué deberíais estar alojado en el calabozo del conde.

—¿No os contó Esmeralda cómo nos conocimos? —preguntó Guillaume.

—Sí —respondió Marcel—. Me dijo que de no haber sido por Malcolm, los soldados del obispo la habrían ultrajado e incluso posiblemente matado. Y que a su vez, si no hubierais intervenido, Malcolm podría haber muerto a manos de esos rufianes.

—Así es —intervino Malcolm—. De no haber sido por la oportuna intervención de mi amigo el noble Guillaume habría pasado a mejor vida, o a dondefuera que me tocara ir.

—Como dije —interrumpió Guillaume—, era lo menos que podía hacer habiéndoos visto enfrentar a esos tres bestias por vuestra cuenta.

Volviéndose a Marcel, Guillaume continuó.

—Por eso se hospeda Malcolm ahora en los mejores aposentos de mi tío, o por lo menos debería estarlo. Es que la versión del obispo difiere mucho de la que os

contamos nosotros. Sus soldados acusan a Malcolm y a algunos cómplices suyos de atacarlos en el camino y robarles una cuantiosa cantidad de dinero, además de haberse fugado con el cadáver de uno de ellos.

—Es más —añadió— los soldados del obispo alegan que se trata de una conspiración en la que están metidos Malcolm, los gitanos y los cátaros.

—Pero sin duda que vuestro tío no se creerá eso, —intervino Marcel—. Pues vos mismo fuisteis testigo de las intenciones perversas de los soldados.

—Lleváis razón en eso —respondió Guillaume—. Mi tío no se lo cree. Pero esto entraña muchas cuestiones de índole política. Pues en este mismo momento una delegación papal se encuentra en viaje a nuestra amada ciudad con el propósito de exponer ante mi tío la necesidad de eliminaros a vosotros y a todos los demás cátaros. Nuestro querido prelado, el obispo Odón, lo apoya a los fines de dicho cometido y para ello procura esgrimir el ataque como excusa para convencer al conde de que os oprima. No obstante, éste cuenta con un plan con el que espera desenmascarar al obispo y sus embustes y poner al legado papal en una situación embarazosa y comprometedora. Eso le impediría presionar a mi tío para que concrete los designios del Papa. Es todo muy intrincado, pero mucho depende de que mantengamos a nuestro amable escocés fuera de vista, al menos hasta el día del juicio.

—¿El día del juicio? —preguntó Marcel.

—Así es. Mi tío ha determinado que el juicio se lleve a cabo pasado mañana.

—En ese caso, acomodaos aquí. Mi hermana ya se ha retirado a descansar y yo me disponía a hacer lo propio, pero ¿hay algo que pueda hacer por vosotros antes?

—Estaremos bien, amigo —dijo Guillaume—. Basta con que nos indiquéis donde están nuestros aposentos. Me temo que necesitaremos una buena noche de descanso, pues es posible que en los próximos días no haya mucha ocasión de darnos tal lujo.

VII. ANTÓN

En la madrugada, Guillaume salió de la posada y retornó al castillo. Él y Malcolm habían convenido en que el escocés se quedase en la posada todo el día a fin de evitar que lo vieran. Guillaume regresaría a la noche y juntos se dirigirían al castillo, donde Malcolm reanudaría su estancia en el calabozo y estaría listo para presentarse a juicio a la mañana siguiente.

Malcolm durmió hasta tarde. A media mañana Marcel se acercó para preguntarle si deseaba comer algo. El escocés se despertó repentinamente cuando el joven llamó a la puerta y asomó la cabeza. Por acto reflejo, tomó su espada. Marcel miró aprensivamente la filosa hoja que apuntaba en dirección a él. A diferencia de las espadas ornamentadas y con engarces de piedras preciosas que usaba la nobleza, aquella era de gran sencillez. Pero al verla en la reunión en el bosque el día anterior, Marcel había notado que llevaba el sello de la ciudad de Toledo. A raíz de ello, sabía que provenía de las fundiciones de los mejores armeros del mundo y estaba hecha de acero español, la aleación más fuerte que se conocía hasta el momento. En manos de un guerrero diestro, era un arma formidable.

Al ver que era Marcel el que entraba en la habitación, Malcolm se distendió y volvió a poner la espada en el suelo. Después de las cortesías de rigor, Malcolm acep-

tó el ofrecimiento de comida y al cabo de un momento Marcel retornó con las vituallas y una jarra de agua. El escocés abrió ligeramente las celosías de su ventana para dejar entrar la luz. Su aposento daba al callejón de atrás, donde una construcción contigua obstruía la vista que tal vez hubo en otros tiempos.

Habiendo terminado de comer, Malcolm se echó en la cama cavilando sobre todo lo que le había acontecido. Repasó la versión que había ensayado con el conde y Guillaume la mañana anterior.

Sin embargo, en poco tiempo el tedio de su confinamiento se apoderó de él y la inquietud lo impulsaba a salir, pero por mucho que lo lamentaba, sabía que tendría que quedarse donde estaba. Ya le había preguntado a Marcel si su hermana se encontraría ese día en la posada. Lisette había salido a atender un asunto familiar del cual Marcel no había dado mayores detalles, de modo que el escocés optó por obviar el tema.

El tiempo transcurría lentamente. Malcolm se levantó y se puso a caminar por la habitación. Durante un rato practicó esgrima con un contendiente imaginario. Inspeccionó sus otras armas y su armadura, y pulió su hacha de combate para quitarle algunas manchas de óxido. Al examinar el borde de aquel instrumento, notó que estaba ligeramente embotado, aunque todavía lo bastante afilado para cumplir el temible propósito para el que había sido concebido. Revisó también la maza, el escudo y las diversas piezas de su armadura. Después de haber dedicado todo el tiempo que podía a aquella inspección, se volvió a echar en la cama a contar las horas.

Al acercarse el atardecer, Malcolm ya no aguantaba un momento más el encierro. Abrió la puerta y, saliendo al pasillo, se asomó por la baranda del balcón que daba al recinto principal de la posada. Este estaba vacío salvo por Marcel y un hombre de largo cabello canoso y barba blanca. El escocés advirtió que estaban enfrascados en una conversación muy intensa.

De pronto, el hombre miró hacia arriba y vio a Malcolm. Marcel se disculpó y se acercó a él.

—*Monsieur*—susurró—, monsieur Guillaume me dio estrictas instrucciones de que no abandonarais vuestro aposento.

—Lo sé —respondió Malcolm— pero ya no soporto seguir mirando las mismas cuatro paredes. A la verdad, vuestra morada es agradable, pero no soy hombre para quedarme encerrado en una habitación todo el día. Es como la muerte para mí.

—Descended, joven —dijo el hombre mayor desde abajo.

Al ver Marcel que Malcolm se mostraba complacido ante la invitación, accedió. Pero antes de volver a la mesa, trabó la puerta y cerró las celosías de las ventanas que daban a la calle principal.

Malcolm bajó y se acercó a donde estaba sentado el anciano.

—Sois Antón, ¿no es cierto? —preguntó.

—En efecto. Acercaos y disfrutad aquí conmigo de la hospitalidad de monsieur Marcel.

Os lo agradezco —dijo Malcolm tomando asiento frente a él—. He oído hablar mucho de vos de boca de Marcel y su hermana, y también de la gitana llamada Esmeralda.

—Yo también he oído hablar de vos. Supe que salvaste la vida a Esmeralda. Como mentor espiritual de ella que soy, os agradezco vuestra bondad.

—Solo hice lo que correspondía. La doncella estaba en serios apuros a manos de aquellos villanos.

—No obstante, no teníais por qué intervenir, mas Dios os movió a hacerlo. Os lo agradezco.

—Con Dios o sin Él, de todos modos habría intervenido. Como dije, la doncella estaba en serios apuros.

—Pues no puedo menos que conjeturar que Dios os condujo allí para salir en su defensa.

—Me parece un punto de convergencia aceptable. Pero decidme, maestro Antón, ¿cómo decidisteis dedicaros a la enseñanza de esta doctrina y os convertisteis en guía de estos a quienes llaman los cátaros?

—No soy guía, sino más bien seguidor, discípulo de nuestro Salvador el Señor Jesucristo. No hago más que

enseñar lo que aprendí de quienes son dignos de mayor honor que yo.

—Mas por lo que he sabido de vos y de lo que enseñáis, no da la impresión de que seáis de las mismas gentes. Pues he oído hablar de algunas doctrinas cátaras, y por lo visto no concuerdan con las vuestras.

—Cuando inicié mi búsqueda —explicó Antón—, leí y estudié muchos libros. Pero al no hallar en ellos paz, emprendí un peregrinaje. No un peregrinaje a un templo hecho de manos de hombres, sino uno en busca de la verdad. Fui a muchas ciudades. Al cabo, en Lyon, conocí a Pedro Valdo, dirigente de aquellos a quienes ahora denominan valdenses. Vi que predicaba una gran verdad: la verdad de los Santos Evangelios.

—Durante una temporada —continuó—, me hice uno de lo suyos. Viajaba con un compañero y predicábamos la Palabra de Dios. Pedro Valdo nos envió a predicar las buenas nuevas en lengua vernácula, en el idioma del pueblo. Nos enseñó que la Palabra de Dios no puede confinarse a un solo idioma; es para todos los hombres, y por tanto todos deben oírla en su propio idioma. Así fue como muchos Evangelios y otros libros del Nuevo Testamento se tradujeron al provenzal en aquella región, similar a la lengua de Oc.

—Sin embargo —prosiguió el anciano— mi espíritu se conmovió dentro de mí y anhelaba volver aquí, a mi patria de Tolosa para predicar entre los míos. Aquí tuve trato con los perfectos de los cátaros, y encontré en ellos personas sinceras e íntegras. En el transcurso de mis conversaciones con ellos, se abrió ante mí una nueva dimensión. Valdo decía que la Palabra de Dios debía obedecerse hasta en sus más nimios detalles. Lo hacíamos todo tal como nos instruía la Palabra, y si ésta no nos lo instruía, no lo hacíamos.

—En cambio, cuando conocí a los cátaros, me enseñaron el gran principio del amor. Para ellos, el amor estaba por encima de toda ley. Escudriñé aquello en las Sagradas Escrituras, y comprobé que el mayor de los mandamientos es el amar a Dios con todo el corazón, con

toda el alma, la mente y el cuerpo; y también amar al prójimo. También aprendí que en ciertas ocasiones el amor se opone a la ley. Aunque Pedro Valdo me enseñó grandes verdades de las Escrituras, estas en sí no encarnan el amor; la letra de la ley no es sino obras muertas.

La disertación del anciano proseguía con intensidad.

—Tomé conciencia de que el amor es lo más sublime, de que amar es el camino a la auténtica perfección. Comencé a enseñar a algunos la verdad de todo esto. Me escucharon, y al poco tiempo había conformado pequeños grupos de creyentes que me tenían por guía. Ahora soy maestro de unos veinticinco de tales grupos esparcidos por la ciudad y los pueblos aledaños. En uno de mis viajes por esos pueblos conocí a Ricardo y su familia. Les prediqué y así fue como se hicieron creyentes.

—Marcel no sabía que yo ministraba a esos otros grupos, así que todo esto es todavía un tanto misterioso para él y su hermana. Me pareció mejor no unir a toda esa gente en una sola fraternidad, pues se habría hecho muy notoria. Opté, en cambio, por mantener sus grupos pequeños para que pudieran sobrevivir en los tiempos malos que han de venir. Pues a la verdad vendrán y no falta mucho.

Mientras Antón hacía una pausa, puso expresión de gran consternación. Continuó en tono sombrío.

—En una visión he visto guerra y destrucción. Un puño negro se alzaba en el norte y caía con fuerza sobre mi querida Occitania. Un oscuro príncipe de gran maldad conducirá a un ejército contra nosotros y vencerá. Acabaré en la ignominia, pero no sin que antes se perpetren grandes perversidades y devastaciones contra mi pueblo. Por eso insisto en que mis grupos se mantengan pequeños y sean clandestinos a fin de que puedan sobrevivir en el día de la adversidad.

Malcolm estaba absorto. La diáfana mirada del anciano, cuyos ojos azules destellaban con intensidad insondable lo tenían hipnotizado. Era la misma luz que brillaba radiantemente en la mirada de todas aquellas personas,

pero aún con mayor resplandor en la de Antón.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas. Malcolm procuró consolarlo apoyándole una mano en el hombro.

—*Monsieur*—dijo el escocés—, ruego que esta visión no se haga realidad. Mas en caso contrario, sabed que saldré en defensa de vuestra gente y vuestras creencias. Al escucharos se me regocijó el corazón. Permitid que me consagre a esta causa. Esto es lo que buscaba.

Antón tomó la mano de Malcolm y la estrechó fuertemente.

—No sabéis lo que decís ni las tribulaciones que os acarreáis, muchacho. Pero me alegra que hayáis oído la verdad contenida en mis palabras. Os acojo como a hermano. Que Dios os fortalezca y que el amor de Su Hijo more en vuestro corazón y os conduzca a toda verdad y conocimiento.

—Así sea —dijo Malcolm en voz baja.

—Así sea —repitió Antón—. Muchacho, lamento no poder quedarme más tiempo, pues debo partir. Otros cuentan conmigo esta noche. Mas sabed que rogaré por vos, pues he sabido que mañana deberéis responder en juicio de acusaciones falsas y abyectas. No temáis; el Dios creador de todas las cosas enviará a Su ángel para intervenir en vuestro favor.

—Os lo agradezco —respondió Malcolm—, pero cuento con que el conde Raimundo intervenga en mi favor. Al menos ese es su plan.

Antón suspiró.

—El conde Raimundo es un buen hombre, pero pronto vendrán fuerzas más poderosas que las suyas. Tendrá que claudicar para conservar sus dominios, y al final sucumbirá. Debo irme.

Marcel, que había presenciado la conversación a cierta distancia, tomó la capa del viejo que colgaba de una percha junto a la puerta y se la entregó.

—Hermano Antón —dijo Marcel—, sugiero que salgáis por la puerta de atrás.

—Eso haré —respondió el viejo echándose la capa

sobre los hombros—. Id con Dios, escocés. Cuidaos y velad.

Marcel acompañó a Antón hasta la puerta dejando a Malcolm profundamente sumido en reflexión sobre todo lo que había oído.

Al cabo de unos momentos, el escocés volvió repentinamente a la realidad al oír unos fuertes porrazos en la puerta. Se levantó de la silla sin hacer ruido, subió sigilosamente las escaleras y se introdujo en su habitación sin ser visto. Dejando abierta una rendija de la puerta, procuraba enterarse de lo que sucedía.

Marcel volvió presurosamente de la cocina y se detuvo junto a la puerta de entrada.

—¿Quién sois? —preguntó Marcel—. ¿Por qué aporreáis así mi puerta?

—¡Abrid en nombre del obispo! —vociferó una voz familiar. Malcolm reconoció enseguida la voz de Bernardo. Marcel abrió la mirilla y echó un vistazo.

—¿Y qué desea su Ilustrísima de mí y de mi humilde posada?

—Tenemos informes de que se ha visto a un tal Antón, el sastre, entrar en esta posada. El obispo desea interrogar a ese hereje.

—Os han informado mal —respondió Marcel—. Estoy solo aquí.

—¡Abrid la puerta! —volvió a vociferar Bernardo—. ¿Cómo os atrevéis a desacatar al obispo negando la entrada a sus soldados?

—No sabía que el obispo tenía autoridad para exigir que os dé entrada a mi posada —respondió Marcel.

—¿Queréis que eche abajo la puerta? —gritó Bernardo.

—De ningún modo —respondió Marcel.

—¡Abrid entonces! —volvió a gritar Bernardo.

—¿Con qué autoridad me demandáis que abra la puerta? —preguntó Marcel a modo de dilación.

—Oídmeme bien, atrevido insolente —dijo Bernardo visiblemente contrariado ante aquel desafío a su autoridad—. Si estimáis vuestra vida, abrid la puerta y dejadme

inspeccionar vuestra posada.

En ese momento se incorporó un nuevo interlocutor a aquel infortunado diálogo.

—Por todos los cielos, ¿qué asunto trae a los soldados del obispo a esta pequeña posada? —la voz de Guillaume se hizo inconfundible para Marcel e incluso para Malcolm, que estaba a bastante distancia.

—Estoy haciendo un registro por orden de su Ilustrísima el obispo —respondió Bernardo.

—¿Y qué autoridad tiene el obispo para ordenar registros? —preguntó Guillaume.

—La autoridad con que Dios lo ha investido —replicó Bernardo con vacilación.

—¡Vamos, sargento! Sabéis bien que el obispo no tiene autoridad para hacer registros en la ciudad. Eso es prerrogativa de mi tío el conde.

El rostro de Bernardo se puso rojo de ira.

—Un conocido hereje de nombre Antón fue visto entrando a esta posada. Y en lo referente a herejes, su Ilustrísima el obispo tiene autoridad.

—En efecto —dijo Guillaume—, en asuntos relacionados con herejes, su Ilustrísima tiene la autoridad. Pero eso no le confiere atribuciones para registrar las viviendas de la ciudad. Eso es facultad del conde. Una vez aprehendido el hereje, podrá ser llevado ante su Ilustrísima para ser sometido a juicio conforme al fuero eclesiástico. Vamos, sargento, bien sabéis que no podéis hacer esto.

Para entonces, Bernardo había perdido completamente la compostura.

—¡Monsieur Guillaume se extralimita en su competencia sobre estos asuntos!

—No lo creo así —respondió Guillaume—. Hablo en nombre de mi tío. Sin duda que esa será competencia suficiente. Idos ahora, sargento, y dejad a este pobre posadero en paz para atender sus quehaceres.

—¿Y qué hacéis vos aquí? —preguntó Bernardo.

—Solo pasaba por aquí.

—¿Por pura coincidencia? —preguntó Bernardo con

mirada de escepticismo.

—¡Por todos los santos! —exclamó Guillaume cambiando de tema—. Vuestro casco tiene una abolladura atroz. ¿Os han golpeado?

Para entonces el semblante de Bernardo era de franca ira.

—¡Sabéis muy bien que me golpearon! —balbuceó apretando los dientes—. Su Ilustrísima lo informó a vuestro tío el conde. Sin duda os lo habrá dicho.

—¡Ah, es cierto! Un salteador, ¿verdad? Debéis cuidaros las espaldas. Pero creo que es hora de marcharos. Decid al obispo que no habéis encontrado al hombre. O si no, podéis decirle que os impidió entrar a la casa porque contraveníais la ley al demandarlo. ¡Vamos! ¡Marchaos antes que os acarreéis más problemas! —ordenó Guillaume imprimiendo a su voz un tono más severo.

Bernardo se apartó de la puerta a regañadientes. Con gesto de fastidio ordenó a los dos guardias que lo acompañaban que lo siguieran, y con evidente enfado los tres emprendieron camino al mercado principal por el angosto callejón.

Guillaume fingió seguir de largo en la dirección contraria hasta convencerse de que los soldados del obispo no lo veían en el oscuro callejón. Al emprender camino de regreso, una figura cubierta con una capa pasó junto a él y desapareció en la oscuridad de la calle.

Acto seguido, el joven tomó el callejón que daba a la parte posterior de la posada, donde estaban los establos. Aquella misma mañana había salido por allí. Pasó por los establos y entró por la puerta de atrás. Al dar la vuelta a una esquina mientras miraba hacia atrás se topó con Marcel, que se aprestaba a golpearlo con una enorme sartén de hierro.

Por un momento los dos quedaron paralizados del susto, luego del cual prorrumpieron en carcajadas.

—¡Menuda arma mortífera blandís! —bromeó Guillaume.

—No os quepa duda —respondió Marcel—. No pude echar mano de nada más eficaz. Pensé que tendría que

defenderme de ese bestia que estaba fuera, ¡aunque no creo que una sartén le hubiera hecho justicia!

—¡Parece que vuestra pequeña posada se ha convertido en un hervidero de contrariedades el día de hoy! Mas decidme, ¿es cierto que los guardias del obispo buscaban a Antón el sastre?

—En efecto. Y estuvo aquí. Salió apenas unos momentos antes que golpearan la puerta.

—¿Y Malcolm? —preguntó Guillaume—. ¿Todavía está arriba? No se habrá largado, ¿verdad?

—No. Está arriba.

Guillaume subió las escaleras y se dirigió a la habitación de Malcolm.

—Malcolm, soy yo —dijo, abriendo lentamente la puerta para que el escocés se diera cuenta de que se trataba de él. Había visto su destreza con la espada y no quería correr el riesgo de convertirse en su blanco.

—Bienvenido, monsieur Guillaume —dijo Malcolm—. ¡Vaya conmoción la que se produjo ahí afuera!

—Sin duda. Supongo que el sargento del obispo no me ve con muy buenos ojos últimamente, menos aún después de haber estorbado su misión en la puerta. Me pregunto por qué querría el obispo detener repentinamente a Antón —acotó Guillaume pensando en voz alta.

—¿Será que constituye una amenaza para su autoridad? —ofreció Malcolm a modo de ayuda.

—Hmmm, quizás —dijo Guillaume—. Sin embargo, sabe de Antón desde hace tiempo. ¿Por qué se propondría echarle el guante justo hoy? En fin. No tiene caso tratar de adivinarlo ahora. ¿Habéis comido?

—Comí una sola vez hoy —dijo Malcolm.

—Tendréis que hacerlo ahora, pues luego de la cena debo escoltaros de vuelta al castillo, donde habréis de aguardar hasta mañana vuestro momento de la verdad.

—Me encomiendo en vuestras manos y en las de vuestro noble tío —declaró Malcolm con un tono que dejaba entrever cierta pérdida de confianza a raíz de su conversación con Antón.

VIII. EL JUICIO

Malcolm se despertó al oír el sonido de pasos que descendían por las escaleras. Enseguida oyó que introducían una llave en la pesada cerradura. La puerta se abrió con estruendo, y dos hombres entraron al calabozo. Uno de ellos portaba una antorcha encendida. El otro —un hombre desgarrado con ropas pardas, evidentemente uno de los carceleros— quitó brusca-mente los grillos del aro sujeto a la pared por encima de la cabeza del escocés, que tenía todavía las manos y los pies engrillados, y lo puso de pie.

—Vamos, escocés —espetó con desdén—. Hoy te las verás con la grata justicia tolosana.

Malcolm permaneció en silencio.

Sin más, el hombre tomó la cadena de los grilletes y lo condujo por el angosto pasillo. El otro guardia los siguió, y los tres subieron las escaleras de caracol hasta emerger a la luz del día.

Dos soldados flanquearon a Malcolm y cruzaron el patio hacia el amplio salón del castillo.

En un extremo se encontraba el conde Raimundo sentado en su trono y flanqueado por Roberto de Aviñón y Gastón, el padre de Guillaume. El joven Raimundo —hijo del conde— estaba junto a su tío. También estaban presentes y Guillaume y otros per-

sonajes importantes, a algunos de los cuales había visto Malcolm en la justa poética.

A la izquierda del conde y a cierta distancia se encontraba el obispo Odón rodeado de varios sacerdotes, diáconos y otras autoridades eclesiásticas.

Condujeron a Malcolm al estrado de madera que estaba delante del conde. Los soldados se apostaron uno a cada lado con sus lanzas.

Uno de los principales de la corte se levantó y leyó lo siguiente:

—Se trae ante la corte del conde Raimundo de Tolosa el incidente del ataque a los guardias del obispo Odón ocurrido hace cuatro días, el robo de trescientas monedas de oro y la desaparición de uno de los miembros del grupo, presumiblemente muerto. Se acusa al prisionero, de nombre Malcolm MacAlpin, oriundo de Escocia, de ser el autor de estos actos en complicidad con otros hasta el momento no identificados. Se somete el asunto al juicio de Su Señoría.

El conde se volvió hacia Malcolm.

—¿Qué declararéis ante estas acusaciones?

Malcolm miró primero al conde, luego al obispo y nuevamente al conde.

—¡Me declaro inocente! —exclamó con voz claramente audible.

Un murmullo surgió de la galería de los espectadores.

El conde se dirigió al obispo.

—Ilustrísima, ¿dónde están las víctimas y acusadores de este hombre?

El prelado hizo una señal a uno de sus asistentes, que se apresuró a abrir unpuerta lateral por la que entraron Bernardo y el otro guardia que había estado con él el día del incidente.

—Estos dos hombres son las víctimas —vociferó Odón—. Procederán a identificar a este criminal como el hombre que los atacó, robó y asesinó a su compañero.

El conde ordenó a Bernardo que pasara al frente.
—Contadme vuestra versión —le dijo.

Bernardo se lanzó a recitar su bien ensayado recuento de cómo él y sus compañeros iban camino de entregar una carta y cierta cantidad de oro a la comitiva del legado papal cuando a poca distancia de la ciudad, donde el camino tuerce bruscamente hacia el oeste, los habían atacado Malcolm y sus secuaces, dejándolos inconscientes y despojándolos de cuanto llevaban consigo.

—¿Y qué fue del mensaje? —preguntó el conde.

—¿Cuál mensaje, Señoría? —inquirió Bernardo.

—El mensaje acabáis de decir que portabais. ¿También lo habéis perdido?

—Ah... No, Señoría.

—¿Y por qué llevabais un mensaje al legado papal?

—Era un asunto eclesiástico —explicó Bernardo.

—Hmmm —murmuró el conde con dejo de suspicacia.

Mientras tanto, Odón estudiaba detenidamente al conde, pues esperaba que aquella conversación acerca del mensaje llevara a Raimundo a delatar que conocía su contenido, si en efecto lo conocía. Sin embargo, aguardaba el momento oportuno mientras el conde continuaba interrogando a Bernardo.

Finalmente, este último apuntó hacia Malcolm.

—Este es el hombre a quien acuso de estos delitos; y no sol yo, sino también mi compañero sobreviviente podrá atestiguar que este es el malhechor.

—Traed al otro guardia —ordenó el conde.

El hombre pasó al frente con visible nerviosismo y se situó junto a Bernardo.

—¿También vos decís que este es el hombre?

—Sí, Señoría.

—¿Ambos afirmáis sin sombra de duda que este es el individuo en cuestión?

—¡Así es, Señoría!

—¿Podríais identificar a alguno de los otros asaltantes?

—Los otros nos atacaron por la espalda; no alcanzamos a verlos.

—Hmmm. Tenemos la palabra de dos contra la de uno. Retiraos. Interrogaré ahora al prisionero.

Habiendo dicho esto, se volvió hacia Malcolm, que permanecía en silencio en el estrado.

—¿Qué hacíais en el camino fuera de Tolosa aquella mañana?

—Salí a dar un paseo matutino a caballo, Señoría —respondió Malcolm

—De modo que no negáis haber estado presente en el lugar donde se cometió el delito.

—No, Señoría. No niego haber estado presente en el lugar donde se cometió el verdadero delito.

—¿A qué os referís con eso, escocés?

—Señoría, me topé con esos dos hombres y su compañero cuando trataban de ultrajar a una doncella junto al río.

Un murmullo se dejó oír del público, que para entonces prestaba toda su atención a lo que se decía. Odón entrecerró los ojos y miró severamente a Bernardo.

—¡Miente! —gritó Bernardo—. ¡Son patrañas! ¡Miente para salvarse!

—¡Silencio! —ordenó el conde—Proseguid, escocés. Contadnos vuestra versión.

—Cuando vi a aquellos tres con la muchacha, les grité que la dejaran tranquila.

—¿Y cuál fue la reacción de ellos?

—El grandote aquel —dijo señalando a Bernardo— me dijo que me fuera, que no era asunto mío. Pero al ver que la mujer estaba evidentemente contrariada y que la estaban forzando, le respondí que sí lo era, y que como caballero tenía el deber de defender su honor si ella me aceptaba por paladín.

—¿Y defendisteis su honor?

—Así es, Señoría. Reté a los tres.

—¿De modo que retasteis y combatisteis a esos tres hombres? ¿Vos, uno solo, contra tres?

—Es que percibí que no eran muy diestros con las armas.

Una cascada de risas resonó en la sala, lo que provocó la furia de Bernardo.

—¡Miente, Señoría! —volvió a exclamar.

—¡Callad! —dijo bruscamente Raimundo—. ¿Qué sucedió entonces?

—Combatimos y reduje fácilmente a los otros dos, pero tropecé. El grandote estaba a punto de matarme, cuando sorpresivamente alguien lo golpeó en la cabeza y perdió el conocimiento.

—¿Y quién fue ese alguien? —preguntó el conde.

—Cierto benefactor, Señoría —respondió Malcolm.

—¿Y quién es ese benefactor? —insistió Raimundo.

—No puedo revelarlo, Señoría. —repuso Malcolm—, pues di mi palabra de honor.

En ese momento, el obispo interrumpió con vehemencia.

—¡Esto es descabellado, conde Raimundo! ¡Este hombre pretende hacernos creer que se enfrentó a tres de mis guardias sin la ayuda de nadie en una noble tentativa de salvar el honor de una muchacha! En lugar de presentar testigos hilvana esta absurda trama. Estos dos hombres —añadió señalando a Bernardo y al otro guardia— son de mi más absoluta confianza. ¡Afirmar que este truhán los hostigó y distrajo para que sus cómplices los atacaran por la espalda! ¡Esa es la verdad, no este infundio de presunta gallardía! ¡Ese hombre —vociferó Odón montando en cólera y apuntando con el dedo a Malcolm— es un ladrón y un embustero!

—Hmmm —musitó el conde—. Cierto es. Tenemos la palabra de dos. Y como dice el proverbio: «Por boca

de dos testigos se decidirá todo asunto». Me temo mucho, escocés, que no puedo dar crédito a vuestro testimonio, pues dos personas lo contradicen.

Al oír estas palabras, una sonrisa se esbozó en el rostro del obispo.

Pero en ese momento, se abrió una puerta en el extremo opuesto del salón.

—¡Señoría! —exclamó una voz nueva—. ¡Yo contradigo las declaraciones de esos dos hombres!

Todos los que estaban en el salón se dieron la vuelta para ver quién hablaba. Allí en la puerta, apoyado en una fuerte muleta y aferrándose con el brazo al hombro de Marcel, estaba el tercer guardia de la hueste del obispo.

—¿Quién sois? —preguntó el mitrado.

—Soy el tercero de los guardias que asaltaron a la muchacha aquella mañana —dijo el soldado con voz tenue y serena.

La multitud soltó una exclamación de sorpresa ante este repentino golpe maestro. Rengueando y asistido por Marcel, el soldado se acercó hasta donde estaban los demás miembros de la corte.

Odón se dejó caer en la silla perplejo. Bernardo y el otro acusador enmudecieron. Por un momento su aspecto fue el de unos espectros atormentados que hubieran regresado de ultratumba para recibir la retribución por viles actos cometidos en vida.

— Señoría —dijo el tercer soldado, cuyo nombre era Alain—, tengo dos peticiones que hacer. Primeramente, lo que voy a revelar me pondrá en peligro de muerte. Os ruego, pues, que me pongáis bajo vuestra protección hasta que hayan concluido las audiencias. En segundo lugar, la fiebre me ha abandonado y estoy en mis cabales, pero en vista de que todavía tengo la pierna delicada a causa de la herida que recibí en el enfrentamiento, os rogaría me permitierais sentarme.

—Os concedo ambas peticiones —dijo el conde—. Traedle una silla.

Un asistente se acercó presuroso con un taburete. Sentándose pesadamente en él, Alain comenzó a exponer su testimonio.

—El escocés dice la verdad. Vimos a la muchacha nadando desnuda en el río y el deseo se encendió en nosotros. Pensamos someterla a nuestro desenfreno antes de proseguir viaje aquella mañana. Pero el escocés se topó con nosotros, y al percatarse de nuestras perversas intenciones, nos desafió. Los tres lo enfrentamos, y me hirió gravemente en la pierna. Me desplomé en el suelo y perdí el conocimiento por del dolor.

—No tengo noción alguna de lo que sucedió después —prosiguió Alain—, hasta que desperté y vi a la doncella —la misma que nos habíamos propuesto deshonar— curando mi herida. Me contó lo que iba a acontecer aquí hoy, y por eso he venido. Aunque este hombre es el causante de mi actual padecimiento e invalidez, habiendo sido nosotros los perpetradores de aquella canallada —o al menos los que procuraron materializarla—, no puedo permitir que sufra ignominiosamente a manos de quienes fueron mis compañeros.

—¿Y qué fue de los caudales que llevabais? —preguntó el conde.

—¿Caudales? No llevábamos caudales con nosotros. Solamente un mensaje para Su Señoría Pedro de Castelnau —respondió Alain.

El obispo se había puesto de pie y se precipitó hacia donde estaba el soldado.

—¿Quiénes fueron esas personas que os cuidaron? —lo increpó. procurando desviar la atención del tema del mensaje y los caudales.

—¡Fueron los gitanos, Ilustrísima!

—¿Gitanos? ¿Qué gitanos?

—Unos que estaban acampados junto al río cerca de donde nos detuvimos para abreviar los caballos.

—Y la mujer, ¿también era gitana?

Alain asintió.

—Así es. Y jamás conocí a una cristiana más auténtica —añadió.

Odón se volvió hacia el conde.

— Señoría —dijo—, ¡es evidente que este hombre ha sido blanco de un sortilegio! Esos gitanos le han dejado la cabeza hueca. Son paganos que no hallan cabida dentro de la cristiandad, Señoría. Son adeptos de las tinieblas, peores que los cátaros, con quienes sin duda andan en complicidad. No sabe lo que dice porque lo han hechizado. Conceder a una gitana el honor de llamarla una auténtica cristiana es una afrenta a las nobles damas de nuestro condado. Esta farsa ha llegado demasiado lejos. Las sandeces que salen de la boca de este necio son inverosímiles. Él mismo denota su estado de encantamiento.

Un murmullo de asentimiento se extendió por la supersticiosa multitud, que compartía los prejuicios de Odón.

El conde miró al soldado.

—A mi entender está en sus cabales, Eminencia.

—En asuntos espirituales de esta naturaleza yo soy el juez —replicó Odón plantándole cara.

—No obstante, Ilustrísima —respondió Raimundo con firmeza—, yo soy el juez aquí. Este es mi tribunal, no el vuestro. En vista del testimonio coincidente de este hombre, no puedo menos que declarar la inocencia del acusado. Es más, da la impresión de que habéis inventado eso de los caudales robados. En consecuencia, debo suponer que algo sucedió con el mensaje que portaban esos hombres, ¡algo que —según he podido percibir, Ilustrísima—, preferís no revelar!

Odón echó a Raimundo una mirada de intensa aversión.

—¡No tenéis ningún derecho a acusarme! ¡Este hombre está bajo un hechizo! ¡Exijo por lo tanto que se haga un duelo para demostrar por juicio de Dios la culpabilidad del escocés!

Una sonrisa iluminó el rostro de Malcolm, pues veía con sumo agrado la idea de enfrentarse a Bernardo para demostrar su inocencia.

El conde se volvió hacia Malcolm.

—¿Aceptáis esta solicitud de enfrentaros en duelo?

—Acepto, pues soy inocente de los cargos.

—¿Quién será vuestro paladín? —preguntó el conde a Odón.

Este giró para mirar a Bernardo. Era obvio que Bernardo no era un adversario digno, pues él y sus dos soldados ya habían sido vencidos por aquel hombre, o al menos habían estado a punto de serlo. El obispo oteó el salón hasta que sus ojos cayeron en un hombre que se encontraba detrás de la comitiva del conde.

—¡Solicito que Alberto de Aurillac, noble caballero y auténtico hijo de la Santa Madre Iglesia, sea paladín de la misma en este pleito!

Un sonoro murmullo llenó la sala. Guillaume y Malcolm trabaron miradas ansiosas. La situación había tomado un cariz peligroso, ya que Alberto de Aurillac era tal vez el mejor espadachín del sur de Francia.

Con mirada de notable preocupación, el conde se dirigió a Alberto.

—¿Qué respondéis, Alberto de Aurillac? ¿Aceptáis este encargo?

Prácticamente sin vacilación, dijo en tono firme:

—¡Acepto!

—Entonces —dijo el conde volviéndose hacia Odón—, habéis apelado a la justicia divina. Dado que sois prelado, hacéis uso del derecho a que alguien contienda en vuestro lugar. Ambas partes han accedido; por lo tanto decreto que esta tarde en las lizas reales dé comienzo este enfrentamiento. Que prevalezcan la verdad y la justicia conforme a las leyes de los francos vigentes en nuestra tierra.

—A los contendientes os digo —añadió el conde—: Presentaos en el lugar señalado una hora después del

mediodía para combatir hasta la muerte. Si alguno de los dos no se presentare, será declarado culpable y considerado prófugo de la ley. Escoged a vuestros segundos.

Alberto se volvió hacia el hombre que estaba a su lado.

—Mi primo Teobaldo será mi asistente.

—Y vos, escocés, ¿a quién escogéis por asistente?

Al oír esto, Guillaume dio un paso adelante.

—Señoría, este hombre es forastero en nuestra tierra. Sería deshonroso para él y para nosotros que no contara con un asistente. Por tanto, me ofrezco voluntariamente a officiar como tal y atender los detalles del combate.

—Así sea —dijo el conde—. Se levanta la sesión hasta la hora señalada, en que volverá a reunirse este tribunal en el campo donde se llevará a cabo la justa. ¡Que Dios nos guarde a todos!

IX. EL LEGADO PAPAL

Cuando el tribunal se disponía a dispersarse, se oyó un alboroto que provenía de la ciudad. Un paje entró corriendo al amplio salón y se acercó al conde Raimundo.

—Señoría —dijo—, el legado papal Pedro de Castelnau y su comitiva acaban de hacer su ingreso por las puertas de la ciudad. Vienen en camino hacia el castillo.

—Qué momento más auspicioso para su arribo —pensó el conde en voz alta—. Parece, Ilustrísima —dijo volviéndose hacia el obispo—, que el legado papal llega justo a tiempo para el duelo que decidirá este juicio.

Odón se veía un poco desconcertado, pero enseguida puso expresión de entereza.

—En efecto, Señoría —dijo el obispo—, y seguramente presenciará el triunfo de la verdad y la reivindicación de los siervos de la Santa Madre Iglesia cuando el escocés caiga bajo los embates del gran Alberto de Aurillac.

—Sí, Ilustrísima —dijo el conde—. Es posible que así sea. Pero, como recordaréis, Su Santidad Inocencio III ha recomendado al clero que evite recurrir al duelo en juicios de Dios. Os veríais en una posición muy incómoda.

Odón se inclinó en señal de falsa reverencia.

—Perdonadme, Señoría. Debo irme a hacer los preparativos para recibir a Su Señoría Pedro de Castelnaud y su comitiva en mi residencia. Con vuestro permiso, me retiro.

—Por supuesto —respondió el conde—. Espero que podáis atender al legado a su satisfacción. Desde luego, espero veros a los dos esta tarde en la liza.

—Allí estaré —dijo el prelado—, pero no puedo hablar por el honorable Pedro de Castelnaud en este asunto.

Odón se apresuró a salir por la puerta principal. Sus asistentes se las veían y se las deseaban para seguirle el paso y se esforzaban por formar una comitiva que tuviera alguna apariencia de orden mientras bajaban las escalinatas, cruzaban el patio y salían por las puertas del castillo.

Odón —que normalmente se conducía con languidez— marchaba en aquella ocasión con una vehemencia a la que su séquito no estaba acostumbrado. Llegó a su palacio, y vio que el legado papal y su comitiva se hallaban frente al portón principal. Allí estaba la figura esbelta y angular de Pedro de Castelnaud, ataviada en la túnica blanca típica de la orden del Císter.¹ Aunque no era más que un fraile, y en consecuencia de menor jerarquía eclesiástica que Odón, Pedro de Castelnaud era muy favorecido por el Papa y en varias ocasiones había sido su legado en la región occitana, sobre todo en lo referente a sus esfuerzos para poner freno a la *herejía* cátara. Odón se proponía tratarlo con el debido honor, pues albergaba esperanzas de congraciarse con las altas esferas de la corte papal.

—¡Sed bienvenido! —exclamó el obispo apresurándose a recibir al legado.

—Nuestro viaje ha sido extenuante —repuso este—. Espero no abusar demasiado de vuestra hospitalidad pero, ¿tendríais a bien hospedar a mi séquito y luego conducirme a los aposentos que me tenéis prepara-

¹ Véase nota VIII: La orden cisterciense

dos?

—Al momento, Señoría —respondió Odón—. Os esperábamos desde hacía algún tiempo. Os ruego que disculpéis que no haya estado aquí a vuestra llegada. Me encontraba atendiendo ciertos asuntos de importancia en la corte del conde.

—Sí, me enteré de lo del juicio. ¿Fue el fallo a vuestra satisfacción?

—No resultó conforme a lo esperado —dijo Odón un tanto alicaído—, pero el pleito aún no ha concluido. Se decidirá por duelo.

—¿Qué? —exclamó el legado—. ¿No sabéis que el Santo Padre ha prohibido que el clero participe en duelos?

Odón se veía inquieto delante del legado, aunque hacía todo lo posible por presentar una fachada honrosa.

—No había otra opción. Nos fue impuesto.

—Diablos —dijo el legado—. Esperemos que el Altísimo apruebe esta iniciativa y otorgue fuerzas a vuestro paladín.

—Tengo plena confianza en que Dios dará fuerzas a nuestro paladín —dijo Odón con aire de suficiencia—, pues el gran Alberto de Aurillac, el caballero más temido de todo el sur de Francia, será quien defienda a la Iglesia.

—Ya veremos eso, ¿verdad?

—Así es. Venid. Os conduciré a vuestros aposentos.

Varios sirvientes iban y venían de aquí para allá al ver las señas y las miradas amenazadoras que dirigía el obispo a varios de ellos, que por lo visto no estaban poniendo el esmero debido en atender al legado.

Los dos subieron las escaleras principales hasta el piso superior y se dirigieron hacia los aposentos de los huéspedes.

—¿A qué hora se librará la justa? —preguntó el legado al llegar a la puerta.

—Una hora después del mediodía, Excelencia

—respondió Odón.

—Muy bien. Instruid a vuestros sirvientes que me reserven lugar. Allí estaré.



Una vez que el obispo hubo abandonado presurosamente el gran salón del castillo, Guillaume ordenó a carcelero quitar los grillos y los grilletes de las manos y los pies de Malcolm y le dejó saber que él se haría cargo de preparar al escocés para el combate.

—Venid, amigo —dijo en voz baja Guillaume a Malcolm—, tenemos mucho que preparar.

En ese momento, Alberto de Aurillac se acercó a ambos.

—Es curioso, pero vuestro rostro me resulta familiar —dijo mirando fijamente a Malcolm.

—Quizás nos hayamos encontrado antes —comentó el escocés.

—Tal vez, aunque el momento y las circunstancias se me escapan. En todo caso, no tiene importancia.

Alberto se había acercado para transmitir un mensaje y no iba a dejarse distraer.

—Sabed —dijo— que disfruto combatiendo. Me deleito en vencer a un oponente. Me dará gran satisfacción enfrentaros, y nada me impedirá mataros.

—Alberto, vuestra elocuencia me impresiona sobremanera —acotó Guillaume con evidente sarcasmo.

—¡Presumido! —espetó Alberto a Guillaume antes de volverse una vez hacia Malcolm—. Soy un auténtico hijo de la Santa Madre Iglesia y defenderé su honor con todas mis fuerzas. No os quepa duda de ello.

Volviéndose a Guillaume, añadió:

—Mi asistente se reunirá con vos para convenir en las condiciones.

—Aguardaré a vuestro primo Teobaldo —respondió Guillaume— media hora antes de comenzar el combate.

—Muy bien —dijo Alberto—. Rezad vuestras plegarias, escocés, y no dejéis de prepararos bien para presentaros delante de Dios.

—Creo que tengo el corazón preparado —repuso Malcolm—, más que nunca. No obstante, no estéis tan seguro de que seré yo quien llame a las puertas del Cielo.

—¡Vaya que sois altivo! —dijo Alberto soltando una carcajada—. Veremos si sois tan diestro con la espada como con la lengua.

—Veremos —dijo Malcolm.



Después de ayudar a Alain a llegar hasta el salón para su presentación ante la corte, Marcel se quedó a cierta distancia. Guillaume le hizo señas para que se acercara.

—Vamos a necesitar las armas del escocés —le dijo—. Os ruego que me las hagáis llegar a mi tienda, que estará emplazada en el campo de la justa.

—Así lo haré —respondió Marcel antes de volverse hacia Malcolm—. Hermano Malcolm, sabed que tanto yo como todos aquellos a quienes pueda notificar haremos rogativas para que se os concedan fuerzas, destreza y valor a la hora del combate. Y sobre todo, rezaremos por vuestro triunfo en el día de hoy. Sabemos que vuestra causa es justa, así como también lo es nuestro Dios, y que Él es capaz de hacer lo imposible. A todos queda claro que vuestro adversario es a la verdad formidable, mas vos estáis armado de la verdad y la justicia.

—Gracias —respondió Malcolm—. Son palabras conmovedoras y me confortan el alma. Sí; rogad a los demás que oren, pues por cierto que necesitaré de sus oraciones este día.



En medio de la conmoción, todos se habían olvidado de Alain, que se había quedado callado y se sentía cada vez más débil sentado en el taburete. Finalmente, Marcel se dio cuenta que el hombre estaba a punto de desplomarse y se apresuró a correr a su lado para sostenerlo. Guillaume hizo señas a dos de los sirvientes de su tío.

—Llevad a este hombre a mis aposentos —les dijo—, y encargaos que esté bien atendido. Id luego a la propiedad de mi padre y decid al mayordomo que Alain, el guardia del obispo, está descansando en mis aposentos y necesita los servicios de la persona que lo ha estado atendiendo. Esperad a que busque a la persona que lo cuidaba, y traedlos a los dos aquí.

—Enseguida, *monsieur* —dijo el sirviente.

Entre él y un compañero ayudaron a levantarse a Alain, uno a cada lado. Apoyándose él con un brazo en cada uno, lo llevaron hacia las escaleras que conducían a los aposentos privados del castillo.

Malcolm se volvió hacia Marcel.

—Necesitaré también mi caballo —le dijo.

—No os preocupéis, Malcolm. Allí estará, junto con toda tu armadura.

—Gracias. Sois un buen amigo.

—Es un honor para mí que me consideréis vuestro amigo —dijo Marcel mientras se daba la vuelta y se marchaba.

—Qué ánimo más sombrío en el que hemos caído —dijo Guillaume tratando de dar una nota alentadora—. Venid, vámonos. Me parece que necesitáis una buena comida, Malcolm. No podéis pelear con el estómago vacío. Mientras comemos, te hablaré de los puntos flacos y fuertes de Alberto, pues lo he visto combatir muchas veces. Aunque es formidable, no es del todo invencible. Bien podríais ser el que hiciera caer al gran Alberto de su pedestal.

—Así lo espero —dijo Malcolm—, pues de lo contrario me temo que no volveré a ver otra alborada.

—Vamos.

Los dos se alejaron juntos.

Habiendo pasado inadvertido a los demás, Roberto de Aviñón había observado la conversación desde distancia discreta. Él también se dio la vuelta y abandonó el salón.



El sol estaba en el cenit cuando Guillaume y Mal-

colm arribaron al campo de las justas. Anualmente se celebraba un torneo en Tolosa. Para ello se habían creado aquellas lizas algún tiempo atrás. Se trataba de un terreno alargado situado fuera de la ciudad a poca distancia de las murallas. Estaba dividido por un cerco. En las justas con lanzas, los oponentes cargaban uno a cada lado del cerco desde direcciones opuestas. El cerco impedía que los caballos se desviarán y chocaran entre sí.

A un lado del campo había unas gradas desde la que el conde y otros dignatarios de la región presenciaban los torneos. Del otro lado se había erigido un cerco, detrás del que había una pequeña colina desde donde observaba la plebe. Las tiendas de los combatientes se emplazaban en ambos extremos del campo. Aquel día solo había dos. Una para Alberto, la otra para Malcolm.

Fiel a su palabra, Marcel se presentó en el campo con el caballo y la armadura de Malcolm. Lo acompañaba la bella Lisette. Antes de partir para las lizas, habían puesto al tanto de lo que sucedía a Fernán el panadero, el cual prometió pasar la voz a los demás fieles —Dios mediante, también a Antón— para que rogasen por Malcolm.

Este y Guillaume comieron a satisfacción, aunque un tanto aprensivamente. La comida consistió en faisán, fruta y un buen vino. Malcolm comentó en tono de broma que aquella *última cena* había sido de las mejores que había degustado en su vida. Guillaume, que no era muy dado a esas melancolías, exhortó a Malcolm a cobrar ánimo.

—¡Tan seguro como que hay un Dios justo en los Cielos, que Él os dará fuerzas para esta batalla! —le dijo.

Luego se quedó pensativo por un momento. Le hizo gracia caer en la cuenta de que también había comenzado a predicar sobre la fortaleza y la merced de Dios. Pocos días antes, habría sido desacostumbrado en él.

—Tenemos que equiparte —añadió enseguida.

—Sí —dijo Malcolm—; mejor ponemos manos a la obra.



Aquella época era anterior a la de los caballeros de armadura pesada que se hizo característica varios siglos después. En aquel tiempo los caballeros vestían una cota de malla llamada loriga que llegaba hasta los muslos. La cota llevaba unida una capucha del mismo material que cubría y protegía la cabeza. Las mangas también eran de malla y terminaban en unos mitones. Debajo se usaba una túnica acolchada.

Los caballeros se protegían la cabeza con un casco de metal provisto de una celada que cubría la nariz y protegía parcialmente el rostro. Las piernas también las tenían cubiertas por malla. Encima vestían una túnica sin mangas que lucía el escudo de armas que los identificaba. La de Malcolm era azul con un león rampante. Eran frecuentes los escudos alargados que cubrían todo el cuerpo. El de Malcolm era liso, aunque era común que los caballeros lucieran su blasón en el escudo.

A la hora señalada, Teobaldo se presentó en la tienda de Guillaume y los dos salieron y se apartaron una corta distancia para conversar.

—Normalmente —dijo Teobaldo—, vuestro hombre tendría derecho a elegir las armas, pero en este caso el obispo apeló a la justicia por combate para probar su inocencia de los cargos presentados por Alain. De modo que Alberto asume el papel de acusado y vuestro hombre el de acusador. Por consiguiente, Alberto tiene derecho a elegir las armas.

—¡Eso es absurdo! —replicó Guillaume—. Mi representado es el acusado y el vuestro defiende al acusador!

—No —respondió Teobaldo—. A nosotros nos corresponde escoger las armas. Alberto ha sido muy terminante en ese sentido. Él es quien debe decidir qué armas se han de usar.

—En ese caso, apelo a mi tío como juez —dijo Guillaume—. Vamos en su busca.

Lisette se había quedado a cierta distancia todo este tiempo. Malcolm se volvió hacia ella. Se ruborizó y bajó la mirada.

—Gracias por venir —le dijo Malcolm en voz queda.

—No podía faltar. ¡Malcolm, temo por vuestra vida!

—No temáis. ¿No fuisteis vos la que dijo que vuestro Dios es fuerte?

—Sí, pero en momentos así me flaquea la fe.

—Mademoiselle Lisette, tengo algo que pedir os.

—¡Pedid!

—Es costumbre en los torneos que un caballero luzca una prenda de su dama. Yo no tengo dama... pero he hallado en vos no solo una damar, sino una hermana y una doncella de singular belleza. No soy muy elocuente y me conduzco con torpeza en presencia de una mujer. No sé si será la posibilidad de una muerte inminente lo que hace que me atreva a deciros esto. ¿Me daríais un pañuelo o alguna otra prenda?

Lisette se ruborizó.

—¡Malcolm, no puedo negarte una prenda! Pues a la verdad os aprecio profundamente. ¡No perdáis la vida el día de hoy! Luchad con todas vuestras fuerzas. Tomad, esta será mi prenda para vos —le dijo sacando un pañuelo de lino—. No es de seda fina como los de las damas de la nobleza, pero sabed que simboliza mi amor por vos, más sincero y profundo que el que podría expresar os cualquiera de ellas.

Esta vez fue Malcolm el que se ruborizó.

—Lisette —le confesó—, la primera vez que posé mis ojos sobre vos, mi corazón quedó prendado.

—Malcolm, con gran alegría os entrego también el mío.

—Ahora tengo una razón por qué vivir y luchar. Os ruego que me atéis ese pañuelo alrededor del brazo derecho, pues de él me valgo para empuñar la espada.

Cada vez que aseste un golpe con ella, veré esa prenda y me dará fuerzas.

Marcel, que se hallaba cerca, se sentía cada vez más incómodo al presenciar todo aquello. Finalmente, no pudo resistirlo más y se apartó para darles un poco más de intimidad. Enseguida regresó Guillaume.

—Por poco perdemos la partida, amigo. Mas os traigo buenas noticias. Alberto procuraba reclamar el derecho a escoger las armas alegando que nuestro incivil obispo había sido el afrentado. Pero mi tío afirmó que sois el legítimo acusado, y en consecuencia retenéis para vos el derecho de escoger armas.

—En ese caso, escojo la espada —dijo Malcolm al cabo de un momento de meditación.

—Me parece acertado —dijo Guillaume—. Pues con el hacha o la maza, Alberto no tiene igual. Aun con la espada son pocos los que pueden hacerle frente. El combate dará comienzo a caballo. Vaya, veo que en mi ausencia habéis hecho muchos progresos en vuestros preparativos.

Malcolm sonrió.

—Sí, hemos hecho muchos progresos —dijo volviéndose a Lisette. Por un momento trabaron miradas.

—Os amo, noble Malcolm —dijo Lisette.

—Y yo os amo a vos, hermosa doncella —respondió el escocés.

—¡Ruego a Dios que os conceda fuerzas y destreza! —rezó Lisette—. Jesús, os suplico que en este día mi amado salga airoso de la batalla.

Con ello se abalanzó sobre Malcolm y lo estrechó ardientemente. Al cabo de un largo y tierno momento, Malcolm se soltó suavemente de los brazos de Lisette.

—Debo irme ya —le susurró. Luego, volviéndose hacia Guillaume, dijo—: Ayudadme a ponerme el resto de la armadura para la batalla.

X. LUCHA A MUERTE

Completamente pertrechado, Malcolm salió de la tienda y echó un vistazo a lo largo del campo. Al otro extremo divisó a Alberto de Aurillac caminando de un lado a otro delante de su tienda con evidente impaciencia por empezar el combate. El sol estaba en lo alto. Malcolm sabía que en cualquier momento sonaría la trompeta que daría la señal para que ambos caballeros se presentasen ante del conde.

Malcolm desenvainó su espada y la examinó una vez más. Sabía que en lo físico estaba listo. Al mismo tiempo, una buena medida de certidumbre de que también estaba listo espiritualmente. En su corazón crecía la confianza, no en la propia capacidad, sino en que las oraciones de aquellos a quienes desde hacía muy poco consideraba hermanos lo ayudarían a salir victorioso en la ordalía.

Sabía que para muchos cátaros era inusitado pelear, pues abominaban la violencia de cualquier clase, pero apreciaba que Marcel, Lisette y los de su congregación estuvieran rezando para que saliera vencedor en aquella contienda.

El toque de trompeta despertó a Malcolm de su ensueño. Era la señal que aguardaban los combatientes. Malcolm se acercó hasta su caballo y lo montó

con destreza.

Guillaume caminaba a su lado mientras se dirigían lentamente a las gradas donde estaban sentados Raimundo, Odón, Pedro de Castelnau y los demás dignatarios.

Del otro lado del campo se había congregado una multitud de la plebe. La noticia de que el pleito se decidiría en combate se había difundido rápidamente por la ciudad. La reputación de Alberto había suscitado la presencia de gran cantidad de curiosos.

Al cabo de unos momentos, Malcolm y Guillaume se encontraban ante la tribuna. No habían pronunciado palabra durante la caminata; ya habían dicho todo lo que debían decirse.

Guillaume subió la escalinata y tomó asiento a la derecha del conde. Teobaldo también se colocó en las gradas. Alberto y Malcolm se miraron brevemente antes que un heraldo se pusiera de pie para proclamar el motivo de la justa.

—Se ha decretado que estos dos combatientes resuelvan su disputa por juicio de Dios ante el conde Raimundo de Tolosa. El duelo será a espada. Así lo escogió el acusado, Malcolm MacAlpin.

—Los dos os apartaréis a una distancia de veinte pasos y cargaréis uno contra el otro a caballo. En caso de que uno de los dos cayere, continuará peleando a pie. El combate será a muerte. Que Dios conceda fuerzas a aquel cuya causa es justa. Id a tomar vuestras posiciones. Al toque de trompeta dará comienzo la lid. Así lo decreta Raimundo VI conde de Tolosa.

Malcolm y Alberto cabalgaron en direcciones opuestas hasta una señal que indicaba la distancia reglamentaria que habría de mediar entre ellos al inicio del enfrentamiento. Malcolm se afirmó en la montura con el cuerpo tenso, listo para el inminente asalto.

Aunque Alberto era más corpulento y fornido, estaba claro que Malcolm era el más robusto de los dos. Era una pugna que dependía de la fuerza y la

agilidad. Malcolm miró a Alberto por encima de su escudo, desenvainó la espada y la empuñó. Con el brazo izquierdo sostenía el escudo, quedándole la mano libre para llevar las riendas del caballo.

Al sonar la trompeta, los jinetes espolearon a sus caballos y se lanzaron a la carga el uno hacia el otro. El primer choque de espadas resonó por todo el campo del honor. Los dos giraron y volvieron a emprender el ataque. La espada de Alberto golpeó el escudo de Malcolm con furia mortífera. El escocés se tambaleaba sobre su montura y se esforzaba por recobrar el equilibrio. Revoleó su espada con fuerza y alcanzó a golpear de refilón el escudo de su adversario, casi haciendo que lo perdiera.

Los contendientes se dieron la vuelta una vez más, y volvieron a la carga a corta distancia. Esta vez trabaron combate descargándose mutuamente feroces golpes de espada. Alberto era decididamente el más robusto y sus impactos eran de una fuerza mortífera.

Las descargas de Alberto habían hecho mella en el escudo de Malcolm. Este se contentaba por el momento con absorber las embestidas para conservar las fuerzas mientras su adversario blandía frenéticamente la espada. El escocés sabía que a la larga el gigantón comenzaría a cansarse. Entonces buscaría su oportunidad.

Sin embargo, Alberto era un oponente astuto. Miraba a Malcolm amenazadoramente a través de la celada mientras soltaba repetidas andanadas de denuestos.

—¡Maldito perro extranjero! —gruñía entre golpe y golpe—. ¡Te cortaré en pedazos y te daré de comer a los cuervos! ¡Follón! ¡Vil bellaco! ¡Voto a bríos!

Alberto no cesaba de proferir insultos. Malcolm, por su parte, creía más oportuno concentrarse en pelear que en injurirar.

Albeto se apartó unas cuantas varas de distancia

y volvió a la carga contra el escocés. Este hizo girar a su corcel justo a tiempo para atajar otra arremetida de golpes de espada de su adversario.

Era hora de que Malcolm pasara a la ofensiva. Blandiendo su espada, impactó el escudo de Alberto con una fuerza que este no se esperaba. Al inclinarse el francés hacia el lado contrario, Malcolm aprovechó la ventaja. Una y otra vez descargó su furia contra su contrincante. De golpe, el corpulento cayó de su cabalgadura, y sonó un clamor entre la muchedumbre.

Poniéndose rápidamente de pie, Alberto giró para hacer frente al siguiente embate.

Malcolm tenía una clara ventaja y se aprestaba a espolear a su caballo cuando de repente, como por alguna inspiración, se percató de las intenciones de su adversario. El francés esgrimía su espada con miras a propinar una herida mortal al caballo de Malcolm, esperando con ello que este cayera aprisionado bajo el animal. El escocés tiró de las riendas.

—¡Ven, cobarde! ¡Canalla! —exclamó Alberto a modo de provocación.

Malcolm estudió rápidamente las opciones. Un caballo de batalla era un animal sumamente valioso. No podía darse el lujo de perderlo en una pelea así. Ágilmente, desmontó y de un palmazo envió al corcel trotando en la dirección contraria. Unos asistentes ya habían tomado el caballo de Alberto y se lo habían llevado del campo de batalla.

Los dos contrincantes, ahora en igualdad de condiciones, giraban en círculo con cautela. La cota de malla brindaba buena protección contra los golpes de espada, pero era fácil de penetrar con una repentina estocada, lanzada o flechazo.

El francés volvió a arremeter. Malcolm, más ágil de piernas que su corpulento adversario, se hizo a un lado y este pasó de largo.

Alberto se dio la vuelta. El rostro se le había puesto de rojo intenso y su mirada irradiaba un odio profun-

do. Lanzó un nuevo golpe de espada con todas sus fuerzas. Malcolm lo detuvo con su escudo. El golpe había sido durísimo y había hecho trastabillar un poco al escocés. Alberto trató sacar partido de la ventaja empujando y dando empellones a Malcolm con mitras a derribarlo.

El escocés se detuvo, casi cayéndose de espaldas. Luego, haciendo gala de su agilidad, brincó hacia un lado. Una vez más el fornido Albeto pasó vertiginosamente de largo. La multitud volvió a atronar.

—Te crees muy listo, ¿eh? —dijo Alberto—. ¡Te crees un gran espadachín! ¡Lo único que sabes hacer es correr! ¡Hazme frente y pelea como un hombre.

Malcolm consideró que había llegado la hora de responder a las maldiciones de Alberto.

—Os hago frente y peleo —replicó—. ¡Sois vos el que se empeña en pasar de largo corriendo!

—¡Perro sarnoso! —vociferó el francés embistiendo nuevamente a su contrincante.

Ninguno de los dos cesaba de lanzar golpes. Malcolm procuraba conservar sus fuerzas. Pensaba que su oponente debía de estar agotándose. Sin embargo, Alberto seguía ejerciendo presión.

Entonces, en un lapsus momentáneo de desconcentración, Malcolm no logró esquivar totalmente un de los golpes de su adversario. La espada de Alberto cayó y pegó a Malcolm en el hombro. La cota de malla absorbió gran parte del sablazo, pero algunos anillos se partieron y la espada le propinó un corte. Brotó sangre de la herida mojando el sobreveste azul del escocés. La multitud soltó un grito ahogado. Lisette, que observaba desde cierta distancia, se cubrió los ojos y comenzó a sollozar.

Al ver que había sido el primero en hacer sangrar a su rival, Alberto se envalentonó y continuó atacando con saña a Malcolm. Este se había debilitado por el dolor y llevaba las de perder, pero resistía valientemente los renovados embates de su contendiente. El

francés no cejaba en su ofensiva.

Otro fuerte golpe de la espada de Alberto obligó a Malcolm a poner una rodilla en tierra. Alberto alzó su espada en alto para matar al escocés. En ese momento de exceso de confianza, sin darse cuenta apartó ligeramente el escudo dejando un poco desguarnecido su cuerpo. Malcolm aprovechó la ocasión y con todas las fuerzas de las que disponía, clavó su espada en el pecho de su adversario, atravesando la loriga y la túnica acolchada que llevaba debajo. El acero penetró la carne y siguió su curso hasta salir por el otro lado.

La expresión de Alberto era una mezcla de espanto e incredulidad. Trastabilló hacia atrás, giró una vez y se desplomó con un fuerte estruendo.

Teobaldo, asistente de Alberto, y varios otros asistentes se acercaron corriendo. Guillaume también ingresó al campo. Malcolm se había levantado pero era evidente que se tambaleaba. Guillaume sujetó a su extenuado amigo y lo mantuvo de pie.

Alberto yacía boca arriba en el suelo con la espada del escocés todavía profundamente clavada en el pecho, pues al perder el equilibrio cayendo hacia atrás se le escapó de la mano a Malcolm. Su mirada —llena de un horror indescriptible— seguía clavada en el cielo.

Teobaldo deslizó la mano por el rostro de su primo y cerró su ojos.

—Está muerto —dijo solemnemente—. ¡Lo habéis matado!

Sin decir más, se alejó.

Los asistentes pusieron el cuerpo inerte de Alberto en una litera. De un tirón, Guillaume sacó la espada del cadáver y se la entregó a Malcolm. Los asistentes llevaron el cadáver del francés a su tienda.

Al otro extremo de las gradas, Lisette y Marcel estaban poco menos que paralizados. A pesar del alivio que los había invadido, no acababan de dar crédito a lo que acababa de suceder.

Guillaume volvió a sujetar a Malcolm del hombro mientras le decía al oído.

—Venid. Debemos presentarnos ante el conde para que os dé la absolución.

Malcolm asintió, aunque era evidente que estaba exhausto por el combate. Echando mano de todas sus reservas físicas, se dirigió a las gradas y se detuvo ante del conde procurando mostrarse lo más digno posible.

El conde echó una mirada a Odón. El prelado estaba blanco como la cera, estupefacto y sin poder creer lo que había ocurrido. El caballero más fuerte de todo el mediodía francés, el que había defendido a la iglesia, estaba muerto. ¡Y los planes del obispo totalmente desbaratados!

Castelnau dirigió una mirada severa a Odón. Sin pronunciar palabra, se levantó y se retiró.

Raimundo, aun haciendo alarde de su gran habilidad diplomática, apenas si lograba disimular la fruición que le ocasionaba ver al obispo tan contrariado. Se levantó y rogó a Malcolm que se acercara.

—Malcolm MacAlpin, este día habéis sido reivindicado. Conforme a las leyes heredadas de los francos que rigen en esta tierra, os absuelvo ahora de todas las acusaciones que se os imputaban. Habéis demostrado vuestra inocencia. Y a vuestros acusadores les digo: Aperebíos. Dios ha absuelto a este hombre el día de hoy y considerado oportuno librarlo. Aquellos que lo acusaron tendrán que dar cuenta ahora de su falso testimonio.

Habiendo dicho esto, se volvió hacia el prelado.

—Esperaré que os presentéis ante mí mañana por la mañana y traigáis a esos dos bribones que están a vuestro servicio para que digan la verdad de lo sucedido.

Parecía que el obispo fuera a vomitar, pero se las arregló guardar la compostura.

—No tenéis autoridad sobre estos asuntos —dijo

altivamente—, pues son sin duda de índole eclesiástica y, en consecuencia, no pueden dirimirse en una corte secular. ¡Solamente en mi corte! Esos hombres desempeñaban tareas eclesiásticas. Por tanto, no caen bajo vuestra jurisdicción.

—Esos dos hombres no son clérigos —replicó vociferando el conde—. Son soldados, y como tales están sujetos a las leyes seculares. ¡Que se presenten en la corte mañana por la mañana para que podamos dar por concluido este nefando asunto!

Dirigiéndose una vez más a Malcolm, el conde añadió:

—Dios os ha sonreído este día, pues pensé que erais hombre muerto.

—Os lo agradezco, Señoría —dijo Malcolm—. Pero seré el primero en admitir que no fueron mis fuerzas las que triunfaron hoy, sino que sentí dentro de mí un brío sobrenatural. Yo también pensé que era hombre muerto, pero algo desconocido me sobrevino y me dio el vigor para dar muerte a mi atormentador y silenciar las falsedades de mis acusadores. Pongo a los pies de Dios la gloria y el mérito, pues estoy convencido que únicamente gracias a las plegarias que se rezaron por mí salí airoso de este trance.

—Muy bien —dijo el conde—. Id a que os curen vuestras heridas. Cuando os hayáis recuperado, venid a verme. Tengo necesidad de hombres como vos a mi servicio.

—Gracias, Señoría —respondió Malcolm.

Habiendo pronunciado estas palabras, el rostro del escocés empalideció como si toda la energía vital le hubiera sido arrebatada. Ante el horror de los presentes, se desplomó en el suelo.

XI. AGITACIÓN EN TOLOSA

Lisette y Marcel corrieron hasta donde estaba Malcolm. Guillaume se arrodilló en el suelo y palpó el cuello del escocés.

—Se ha desmayado —dijo Guillaume—, seguramente a causa de la hemorragia. Rápido, pongámoslo en una camilla y llevémoslo a mi aposento. Venid los dos —añadió dirigiéndose a Lisette y Marcel—. Nuestro querido escocés va a necesitar asistencia para recobrar la salud.

Lisette cayó a su lado y, acercando su rostro al de su amado, lo besaba.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Señor! —repetía con el rostro bañado en lágrimas—. ¡Gracias por salvar a Malcolm! ¡Gracias por concederle la victoria, Jesús! ¡Gracias, gracias, gracias, Jesús!

Varios sirvientes se hicieron presentes con la camilla y, luego de poner a Malcolm sobre ella, se lo llevaron. Guillaume, Marcel y Lisette los seguían de cerca.

—No os preocupéis —dijo Guillaume—, el escocés es fuerte. Sobrevivirá.

—Lo sé —dijo Lisette.

Mientras iban camino de regreso a la ciudad, curiosos y fisgones se acercaban para observar a Malcolm.

Pequeños grupos se congregaban para relatarse unos a otros lo que habían visto y oído de los acontecimientos que habían tenido lugar en las lizas. Comentaban que el gran Alberto de Aurillac había muerto y que el joven escocés se había desplomado tras el combate. Aquel día hubo gran regocijo en el corazón de quienes sabían que Dios había concedido a Malcolm MacAlpin la victoria, pues sin duda llevaba las de perder.

Mientras iban por la calle principal hacia el castillo, pasaron frente a la tahona de Fernand. Marcel y Lisette echaron miradas furtivas en dirección a ella.

Desde la ventana, Fernand les sonrió y les guiñó el ojo cuando pasaron. Aquello era señal de que había pasado la voz a los demás; sin duda, la victoria de aquel día se había forjado mediante la oración.

Más adelante, se cruzaron con una figura envuelta en una capa que venía en dirección contraria. Por unos momentos se hicieron visibles su barba y sus cabellos blancos. Marcel y Lisette reconocieron enseguida a Antón. Subrepticamente, se llevó el dedo a los labios haciendo una señal para que no revelaran su identidad.

Se detuvo unos instantes a observar a Malcolm mientras pasaba la camilla, y luego siguió su camino.

El reducido grupo no tardó en llegar al castillo de Raimundo. Guillaume dio instrucciones de que llevaran a Malcolm a sus aposentos, que —como recordará el lector— estaban ocupados por Alain, el guardia herido.

Luego de consultar unos minutos con Marcel, les dijo a él y a Lisette que también se dirigieran allí. Guillaume tenía unos asuntos que atender antes de reunirse con ellos.

Marcel y Lisette siguieron a los sirvientes por las escaleras internas que daban a la habitación de Guillaume, la cual estaba situada en una torrecilla del castillo. Al abrir la puerta, una figura se ocultó en un

pequeño nicho que había en una esquina.

Esmeralda dio un suspiro de alivio al ver que eran Marcel y Lisette los que entraban. Pero su alivio se tornó al poco tiempo en preocupación al darse cuenta de que era Malcolm el que yacía inconsciente en la camilla. Los sirvientes lo levantaron y acostaron en otra cama que acababan de armar.

Al oír las voces y el pequeño revuelo que se había producido, Alain, que estaba dormido, se despertó. Viendo a Malcolm, preguntó enseguida qué había sucedido. Entre Marcel y Lisette se repartieron el recuento de los acontecimientos a Alain y Esmeralda.

Cuando hubieron relatado todo lo ocurrido, Lisette se volvió hacia Esmeralda y le dijo:

—Qué fortuna que estés aquí, pues me parece que tienes otro paciente que atender. No sé cuán grave será la herida del hombro.

La gitana se dirigió al lecho de Malcolm para inspeccionar la herida de cerca.

—Tendremos que sacarle la armadura —dijo—. Venid, ayudadme.

Entre Marcel, Lisette y Esmeralda se las arreglaron para levantar a Malcolm y quitarle la pesada cota de malla. Aún inconsciente, Malcolm se estremeció y sobresaltó varias veces durante el proceso. El movimiento volvió a abrir la herida, que comenzó a sangrar nuevamente.

—Rápido, hay que contener la sangre —dijo Esmeralda—. ¡Traedme toallas, paños, lo primero que encontréis!

Marcel se volvió hacia los sirvientes, que todavía estaban de pie en una esquina de la habitación.

—Traednos todos los paños y toallas que podáis. ¡Daos prisa, os lo ruego!

—¡Traed también agua caliente! —les pidió Esmeralda—. Tenemos que lavar esta herida.

La gitana examinó detenidamente el corte.

—Esta herida podía haber sido mortal —comentó—.

Por lo visto, Dios le ha sonreído a Malcolm. Aún así, está muy débil por la impresión y por la pérdida de sangre. Menos mal que tengo las hierbas y pociones que traje para atender a Alain.

Al cabo de lo que les pareció una eternidad a nuestros amigos, los sirvientes regresaron con una pila de paños y una jarra de agua caliente.

—Vierte un poco en este recipiente y déjame la jarra a mano.

El sirviente, que no estaba acostumbrado a recibir órdenes de una gitana, vaciló por un momento.

—¡Haz lo que te dice! —le dijo Marcel—. ¡Rápido! La vida de este hombre está en manos de ella.

—Toma estos paños y enjuágalos en el agua caliente. Luego, limpia bien la herida. Estos polvos limpiarán —dijo Esmeralda mientras vertía los polvos en el recipiente y el agua se tornaba de un color azul claro.

Lisette se concentró en llevar a cabo las instrucciones de Esmeralda, mientras esta ponía otras hierbas y pétalos en el agua.

—Dejadlo un rato en remojo —le dijo a Marcel—. El agua le extraerá los elementos purificadores. Luego mezclaremos las hierbas con harina y un poco del agua en que se han remojado, y prepararemos una cataplasma. ¡Ay! Se me olvidó pedir a los sirvientes que me trajeran harina. Tráeme un poco de la cocina —dijo la gitana dirigiéndose a uno de los sirvientes.

Este volvió a desaparecer, y al momento retornó portando un recipiente con harina.

—Eso —dijo Esmeralda—. Mezclamos los pétalos y las hierbas con la harina y un poco de agua para formar una pasta densa.

Una vez preparada la pasta, Esmeralda se dirigió a donde estaba Malcolm. Lisette casi había terminado de limpiar la herida.

—Mirad bien que no hayan quedado fragmentos de la cota de malla dentro de la herida —le dijo la gitana—, pues impedirían la cicatrización.

—¡Esta tarea me impresiona sobremanera! —dijo Lisette, que no estaba acostumbrada a ver tanta sangre. Con valor y a la vez con sumo cuidado, limpió bien la herida—. ¡Tanta sangre hace que me dé vueltas la cabeza!

—Malcolm agradecerá tus esfuerzos cuando se recupere —le dijo Esmeralda con una sonrisa y poniéndole un mano confortadora en el hombro. La gitana volvió al preparado de la cataplasma—. Tendremos que hacer esto periódicamente. Lo ayudará a sanar —explicó mientras colocaba la densa pasta en el recipiente donde había estado la harina—. Si lo hubiéramos dejado en manos de los médicos del conde, le habrían cauterizado la herida con una espada al rojo. Eso nunca habría permitido que sanara como es debido. ¡Mirad! En el cuerpo tiene cicatrices que denotan que ya procedieron así en otros casos.

El torso desnudo de Malcolm exhibía varias cicatrices anchas de heridas anteriores que habían sido cauterizadas por hierros candentes.

Una vez que hubo aplicado la cataplasma, Esmeralda rasgó algunos de los paños que le habían traído para usarlos como vendajes.

—Ahora lo único que podemos hacer es rezar y esperar —dijo la gitana—. Prepararé unas infusiones y un cordial para que beba a sorbos. Le aliviarán el dolor cuando recobre el conocimiento.

De un morral, sacó un trozo de corteza de sauce. Dio instrucciones a uno de los sirvientes para que lo llevara a la cocina, lo hirviera durante media hora y se lo trajera de vuelta.

—Bueno, dijo Esmeralda mirando a Malcolm, ahora estamos a mano, noble escocés. Me salvasteis la vida una vez. Ahora os lo retribuyo.

Lisette apoyó su mano sobre el hombro de la gitana.

—Gracias —le dijo afectuosamente. Esmeralda la miró.

—A la verdad, creo que no hay hombre más noble que Malcolm en este mundo, a excepción tal vez de... —dejó la frase inconclusa, pero ambas sabían que estaba pensando en el apuesto Guillaume.

—Ven —dijo Lisette a Esmeralda—, sentémonos a conversar. Tengo que reconocer que eres la primera gitana que conozco y siempre he oído... digamos que ciertas historias habían teñido mis opiniones acerca de tu pueblo.

Esmeralda y Lisette se sentaron en un banco en un extremo de la habitación y se enfrascaron en una larga conversación, pasatiempo al cual el sexo débil es particularmente adepto. Marcel miró a Alain, que estaba apoyado en un codo observando todo lo que acontecía.

—¡Vaya transformación que ha experimentado vuestra vida! —le dijo Marcel—.

—¡Sin duda! —respondió Alain—. Aquellos a quienes despreciaba han venido a ser mis benefactores. Y más que benefactores, me atrevería a decir que se han convertido en mis salvadores pues de lo contrario habría perdido la vida. Y en cambio, aquella a quien procuré hacer un gran daño me ha ayudado a recobrar la salud. A la verdad estoy anonadado.



La escena cambia. Una vez más estamos en la residencia del obispo Odón, a quien encontramos pálido, sentado en una silla en medio de sus aposentos. Pedro de Castelnau, furioso, camina de un lado para otro agitando un dedo acusativo hacia su subalterno.

—¡Esto no podía haber ocurrido en peor momento! —vociferaba Castelnau—. ¡Vengo desde tan lejos para que ocasionéis semejante embrollo! ¡Ha quedado en evidencia que vuestros hombres han prestado falso testimonio y habrán de recibir su merecido por ello! ¡Y a vos os han descubierto instigándolos y secundándolos! ¿No os dais cuenta de que habéis debilitado considerablemente mi posición para persuadir

al conde de expurgar a esos herejes de esta región? Pues me dirá: «Mirad, esta gente es pacífica, honrada y respetuosa de las leyes. Lo que pasa es que los representantes de la Iglesia divulgan mentiras para luego lanzar acusaciones perversas. Antes de venir a decirme que ponga mi casa en orden, haced lo propio con la vuestra».

Odón permanecía en silencio.

—Por qué no decís nada? —berreó Castelnaud.

—No tengo nada que decir —musitó el obispo, añadiendo—: Es evidente que esos herejes conjuraron un sortilegio sobre Alberto, que sucumbió ante él. Ese patán escocés era hombre muerto. ¡Estaba claro! ¡No acabo de comprenderlo! ¡Ese estúpido de Aurillac!

—Murió defendiendo a la Iglesia —espetó Castelnaud, clavando la mirada en el obispo—. Murió en una prueba de combate tratando de defender a la Iglesia. El Papa ha prohibido expresamente que el clero participe en ese tipo de ordalías, ya sea personalmente o por medio de terceros. Habéis desobedecido las órdenes del Santo Padre en este asunto. Vuestra suerte está sellada. Tened por cierto que informaré al Papa de esto en detalle cuando lo vea. No callaré que vuestro puesto y obispado están en peligro. De haber ganado nosotros, habría sido otra historia. ¡Pero habéis perdido! Y como bien sabéis, ¡Su Santidad Inocencio III juega a ganar! ¡Tiene escasa paciencia con los perdedores!

—Esta noche —añadió—, presentaré mi petición al conde Raimundo. ¡Vuestra presencia no será necesaria, pues tenéis problemas pendientes que remediar con esos idiotas incompetentes a quienes habéis contratado como guardias!

Dicho esto, Castelnaud se dirigió a la puerta arrojando al pasar al sacerdote que presenciaba la escena.

Una vez que el legado se hubo marchado, Odón levantó la vista.

—Retiraos y cerrad la puerta —gruñó al sacerdote,

que obedeció diligentemente.

El obispo se quedó sopesando las alternativas que tenía ante sí. Si bien era el rey de Francia quien se reservaba el derecho a designar los obispos del reino, Odón sabía que si contrariaba a Inocencio III —el hombre más poderoso que jamás se había sentado en el trono de San Pedro— las posibilidades de retener su puesto eran prácticamente nulas, menos aún las de ascender en jerarquía dentro de la Iglesia.

Odón sabía que Pedro de Castelnau era un prelado de renombre y que además era confidente del Papa. Era impensable disuadirlo de las medidas que había decidido tomar. En vista de ello, al obispo no le tomó mucho tiempo decidir lo que había de suceder. Dando un suspiro, se levantó y salió del salón por una puerta del extremo opuesto y pasó a su aposento privado.

—Mandad llamar a Bernardo —ordenó al sacerdote, que escribía en un rincón con una larga pluma.

El sacerdote se levantó, hizo una reverencia al obispo y salió de la habitación. Sentado en su silla, Odón cavilaba. Al entrar Bernardo, lo encontró ensimismado. El obispo le dirigió una mirada fulminante.

—¡Me habéis mentido! —gruñó—. Todo lo que afirmo el escocés es la verdad, ¿no es cierto?

Bernardo se estremeció.

—S... Sí, Ilustrísima.

—Mañana podría entregaros a Raimundo. Ya sabes cuál es la pena por perjurio.

Bernardo volvió a estremecerse.

—Sin embargo, os daré una última oportunidad de salvaros. Mas sabed que desde este momento ya no estáis oficialmente a mi servicio.

Bernardo entrecerró los ojos.

—¿Decís que me daréis una oportunidad?

—Sí —respondió Odón—. ¡Una oportunidad! ¡Mirad bien que esta vez no la echéis a perder, pues tened por seguro que en tal caso no viviréis para contarlo! Cerrad la puerta; lo que voy a deciros no debe saberlo

nadie más.



Concluida la cena, un heraldo notificó al conde Raimundo que había arribado Pedro de Castelnaud.

—Hacedlo pasar —dijo Raimundo.

El señorial prelado ingresó en el salón con aires de suficiencia e hizo una profunda reverencia ante el conde. Pedro de Castelnaud era un orador y diplomático reconocido. Había entablado en varias ocasiones debates con algunos de los más elocuentes de los perfectos. Aunque ninguno de los dos bandos había logrado convencer a su oponente de la justicia de su causa, Pedro de Castelnaud se había ganado la reputación de ser un orador persuasivo, encantador e incisivo.

—Ilustrísima —comenzó, os traigo saludos del Santo Padre Inocencio III, que me ha pedido que transmita sus felicitaciones y sus plegarias para Vuestra Ilustrísima y al pueblo del condado de Tolosa.

—Las felicitaciones y plegarias del Santo Padre son bien recibidas —respondió el conde—. Os ruego que le hagáis llegar las mías, pues agradecemos sobremanera sus cuidados y su comprensión.

—En verdad —dijo Castelnaud—, pues se interesa vivamente por Vuestra Ilustrísima y por las almas de quienes habitan vuestra región. Me ha pedido que os ruegue que prestéis colaboración para librar a vuestro condado de la plaga de herejía que amenaza con condenar las almas de vuestro pueblo.

—Proseguid —dijo el conde no queriendo pronunciarse sobre el particular a esas alturas.

—Conde Raimundo, vuestra región está plagada de herejía. Una gran parte de la grey de Dios se ha desviado hacia el reino de las tinieblas y la condenación eterna, pues esos herejes no predicán el auténtico evangelio. Se mofan de la Santa Iglesia, que fue instituida por Jesucristo cuando entregó las llaves del reino a San Pedro, apóstol y verdadero fundador de la Iglesia, de quien el Santo Padre es sucesor en la

Tierra. Debéis poner empeño en eliminar esta herejía, pues vuestra propia alma está en riesgo. ¡Dios os ha establecido en vuestro puesto y os mantenéis en él solamente por gracia divina y disposición del Santo Padre!

Este último comentario de Castelnaud hizo hervir la sangre a Raimundo. El Papa Inocencio III, que ostentaba el título de Vicario de Cristo en la Tierra, es decir representante de Dios, afirmaba que todos los dirigentes temporales, fueran estos reyes, emperadores o condes —de hecho toda la nobleza— conservaban sus puestos por buena disposición de él. No se trataba de una doctrina nueva, pero Inocencio había reivindicado ese derecho más que ninguno de sus predecesores.

Raimundo se resentía profundamente de que alguien afirmara tener autoridad sobre él a gusto y placer. Ni siquiera su primo el rey de Francia se atrevía a echarle en cara que era vasallo suyo. El conde debió hacer un esfuerzo supremo para dominar su ira.

—Agradezco al Santo Padre su preocupación —respondió Raimundo procurando mantener un semblante tan plácido y agradable como fuera posible—, pero mi familia ha ostentado este título y regido este condado durante muchas generaciones antes que el Papa se empeñara en ejercer ese derecho, el cual no le ha sido conferido ni por la Palabra de Dios ni por tradición.

Castelnaud sonrió cortésmente.

—Sabemos que el Santo Padre es el vicario de Dios en la Tierra. Por tanto, lo que él afirma es lo que Dios establece. Si el Altísimo ha decidido ahora revelar al Pontífice que los gobernadores seculares deben subordinarse al Vicario de Cristo en la Tierra, ¿quiénes somos nosotros para cuestionar la sabiduría del Santo Padre?

—¿Sabiduría? —replicó el conde—. ¡Yo lo llamaría sed de poder!

Los dos hombres se quedaron mirándose fijamente

por un momento. Sus sonrisas afectadas no lograban disimular la creciente animadversión y hostilidad que denotaban sus ojos.

—Os ruego que me disculpéis —dijo Castelnau amablemente—, estoy seguro de que el Sumo Pontífice no desea que yo ejerza su primacía en este momento. Solo os pide que cumpláis con vuestro deber y libréis vuestra tierra de esta herejía, esta pestilencia que corrompe al pueblo.

—Yo no veo señal alguna de corrupción —repuso Raimundo indignado—. Mi pueblo es gente laboriosa. El condado goza de prosperidad, nuestro comercio está en auge, la agricultura es floreciente y la región está en paz. Las truhanerías son prácticamente inusitadas, a excepción de las cometidas por ciertas autoridades eclesiásticas —el conde hizo una pausa en su discurso para que Castelnau y los demás presentes acusaran recibo de lo que acababa de decir.

—Supongo que os referís al obispo Odón —dijo el legado— y a los hombres que están a su servicio.

—En efecto —respondió Raimundo—. ¿Acaso no acabamos de ver una demostración de la probidad y honradez de los representantes del Santo Padre en nuestra tierra?

—Esta gente sirve mal al Sumo Pontífice —dijo Castelnau—; ¡igual que por lo visto vos lo servís mal en este momento! ¿Será que quien tolera la herejía es culpable también de ella?

Habiendo oído esto, Raimundo se puso de pie.

—¿Ahora me acusáis a mí de hereje? ¡Os extralimitáis en vuestro celo!

—¡No lo creo! —espetó el legado—. ¡No hago más que expresar lo evidente!

—¿Os atrevéis a insultarme ante mis cortesanos? —interpeló Raimundo dirigiendo una mirada furibunda al legado.

—Al haceros partícipe de esta herejía que azota a vuestra región —respondió Castelnau—, os insultáis

a vos mismo.

—¡Oídmе bien, miserable ejemplo de sirviente de Dios! —vociferó Raimundo, ahora visiblemente enfurecido—. ¡Largaos de mis dominios! ¡Nos va perfectamente bien sin vuestra intromisión!

—En ese caso, me retiro con corazón apesadumbrado —dijo el legado—. Pues tendré que comunicar al Santo Padre vuestra intransigencia. Supongo que os someterán a la más severa de las penas y que se emitirá una bula de excomuni6n.

—¡No me amenacéis con excomuni6n! —bramó el conde.

—¿Preferís entonces un interdicto sobre toda vuestra regi6n? —preguntó Castelnaud.

Ante esto, Raimundo volvió a ponerse en pie y gritó amenazadoramente al enviado papal.

—¡Fuera de aquí, antes que piense seriamente en haceros daño! —dijo el conde mientras posaba el mano sobre el mango de su puñal, que estaba envainado sobre la mesa delante de él.

A Castelnaud no se le escaparon las connotaciones del ademán. Hizo una reverencia y dio un paso atrás.

—No os perturbéis, conde Raimundo. Me retiro de vuestra presencia ahora mismo. En la madrugada de mañana emprenderé mi partida de esta tierra maldita.

—¡Toda la prisa que os deis es poca! —repuso Raimundo—. Rogad por que el sol no salga sobre la ira que me habéis provocado esta noche. ¡Que Dios os asista si lo hace!

El legado volvió a inclinarse y se marchó raudamente del amplio salón.

XII. TRAICIÓN

Aquella noche fue muy agitada para los cuatro protagonistas del relato. Malcolm estuvo inconsciente toda la tarde. De vez en cuando se agitaba y musitaba en sus delirios cosas ininteligibles acerca de Escocia, su padre y sus hermanos y un juramento. Esmeralda y Lisette, que se habían quedado a su lado para atenderlo, intercambiaban miradas de desconcierto. ¿De qué hablaría?

Al caer la tarde, Marcel se había ido a la posada, pues no había nadie que la atendiera a excepción de su anciano padre, el cual también necesitaba atención.

Era tarde cuando Guillaume regresó al castillo. Les contó a Esmeralda y Lisette el enfrentamiento entre el conde y el legado, pero no les dijo dónde había estado aquella tarde. Algo se tramaba, pero Guillaume no decía qué era.

El conde no durmió bien aquella noche. Luego de haberse ido el legado papal, se retiró junto a Roberto de Aviñón y su cuñado Gastón a un pequeño salón que a veces usaba para reuniones privadas. Estaba colérico. La indignación se había apoderado de él. Al fin y al cabo, era un señor poderoso. Además del rey, el conde de Tolosa era el más encumbrado de los nobles de Francia. Aunque era primo del monarca, no había

gran simpatía entre ellos. El conde regía sobre una región más extensa que la gobernada directamente por el Rey. Sin embargo, este esperaba al menos una lealtad nominal de la mayoría de los nobles y reclamaba la soberanía sobre ellos, incluido Raimundo.¹

El conde gobernaba sus tierras como señor feudal al servicio del monarca. Sin embargo, a diferencia de los demás nobles franceses, no se le exigía que pagara anualmente tributo al rey. Además, contaba con algunos aliados entre los reinos ibéricos del sur. Pese a todo ello, el conde sabía que en caso de que el Papa decidiera oponérsele sería un rival formidable. Habló con Roberto y Gastón hasta bien avanzada la noche, sopesando sus posibilidades.

Odón también se quedó largo rato a su escritorio. Las cosas no habían salido como esperaba, y el proceder por el que había optado era el más arriesgado de los que había emprendido hasta entonces. Él también analizaba sus posibilidades. Tras cavilar hasta muy tarde en la noche, se levantó de su escritorio y cayó en la cama exhausto.

Pedro de Castelnau estuvo igualmente muy ocupado aquella noche. Tenía que hacer los preparativos para partir en la madrugada. Su puesto de legado papal le proporcionaba alguna protección. Solo el más insensato de los mortales se atrevería a hacerle daño. Pese a ello, Castelnau era un hombre cauteloso. Había tomado nota de la mirada de ira que le había dirigido el conde. Sabía que los nobles —particularmente los que ejercían tanto poder como Raimundo— no veían con buenos ojos que se cuestionara su autoridad. Era indudable que se había pasado de la raya con el conde. El resultado de su confrontación no había sido conforme a sus expectativas. Consideró prudente, pues, retirarse sin más enfrentamientos.

Una vez que se hubieron hecho los preparativos para que él y su comitiva partieran con el alba, Cas-

¹ Véase nota IX: El feudalismo

tel nau se durmió, aunque tuvo un sueño inquieto.

Al cabo de unas horas se levantó con las primeras luces del alba. En poco tiempo él y su séquito salían por las puertas de la ciudad. Una figura embozada en una capa los vio partir y montó a caballo. Manteniendo una distancia discreta, siguió a la comitiva del legado papal.



Más avanzada la mañana, un sacerdote se presentó en el gran salón del castillo con una carta sellada para el conde. Era del obispo. Roberto de Aviñón recibió el comunicado del clérigo y condujo llevó a este junto con el mensaje a Raimundo. El contenido de la nota no sorprendió en absoluto al conde, que de todos modos, desfogó su disgusto en el desventurado fraile. Según decía el mismo, los dos guardias que debían aparecer ante el conde aquella mañana se habían escapado durante la noche sin dejar rastro.

Tras soportar una prolongada diatriba del conde, el acobardado clérigo se alejó raudamente para transmitir a su superior el enojo de Raimundo.

Malcolm se despertó a media mañana. Al principio apenas si podía enfocar la vista. Luego, paulatinamente, el entorno —desconocido para él— se fue haciendo más claro. Al darse cuenta de que se encontraba en una habitación en la que nunca había estado, instintivamente alargó el brazo para echar mano a su espada, pero no la halló. Buscó más frenéticamente hasta que el movimiento llamó la atención de los demás que estaban en el recinto.

Esmeralda y Lisette había dormitado un poco y se habían levantado con la alborada. En poco tiempo habían trabado una sólida amistad. Malcolm miró a las dos mujeres —ambas bellísimas, aunque diferentes— mientras se acercaban.

—He muerto y llegado al Cielo —musitó débilmente el escocés—, y Dios todopoderoso ha enviado dos ángeles a darme la bienvenida.

Las dos muchachas se miraron y sonrieron.

—Pues no creo que debamos preocuparnos ya mucho por él —dijo Lisette—. Parece que está en muy buena forma.

—Sí —asintió Esmeralda sonriendo.

—Vamos, noble escocés —dijo Lisette—, hay caldo preparado y creo que es hora de que comas algo.

—Estoy muerto de hambre —afirmó Malcolm—, ¿y todo lo que vais a darme es sopa?

—Será suficiente por ahora —dijo Esmeralda con tono un poco más autoritario—. Tenéis una herida de consideración en el hombro y habéis perdido mucha sangre. Pasará un tiempo antes que podáis andar.

Malcolm se miró el hombro derecho, que estaba vendado. Trató de moverse apoyándose en el brazo izquierdo, pero el dolor se lo impidió.

—¡Ay! No debía de estar en forma si dejé que me hicieran esa herida —dijo fustigándose a sí mismo—. ¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?

—Os desplomasteis por la pérdida de sangre y el dolor en el momento en que recibíais la absolución del conde. Estáis en la habitación de Guillaume. Él salió temprano esta mañana. Dijo que tal vez no regrese hasta dentro un día o dos.

—Nos han dejado solos con estas dos encantadoras doncellas —interrumpió Alain—. Este debe de ser el mejor de los hospitales.

Malcolm miró a Alain.

—Vaya —musitó—, me imagino que tendré que sacarle el máximo provecho.

—Eso mismo harás —dijo Lisette—. Mi hermano vendrá a visitarnos después del mediodía. Estará complacido de lo que ha mejorado nuestro paladín.



El primer día de viaje fue bueno para el legado papal. Él y su comitiva avanzaron a paso firme y pusieron distancia considerable entre ellos y el airado conde de Tolosa.

Al día siguiente, mientras proseguía su viaje, Castelnau recobró la confianza en sí mismo y se sintió más tranquilo. Comenzó a ensayar mentalmente el informe que entregaría al papa Inocencio. A todas luces las cartas estaban echadas y no quedaba otra alternativa que actuar con más decisión. Se proponía sugerir al pontífice que el conde fuera excomulgado y se declarase que había perdido los derechos sobre su feudo por haber tomado partido a favor de los herejes. Su Santidad entonces invitaría al rey de Francia a reclamar ese feudo y concederlo a otro noble más subordinado a la Iglesia.

Al mediodía del día siguiente, la comitiva había llegado a orillas del Ródano y se disponía a cruzarlo en balsa. Pedro de Castelnau cabalgó unos metros dentro del agua para que su caballo bebiera. Al darse la vuelta para echar un vistazo al camino por el que habían venido, sintió curiosidad al ver un jinete portando una lanza en posición vertical y cabalgando hacia él a toda velocidad.

Dando por sentado que el hombre traía un mensaje para él, el legado giró su caballo hacia el jinete que se aproximaba. Los guardias de Castelnau y el resto de su séquito, que merodeaban por la orilla, se detuvieron y fijaron la vista en el jinete esperando que frenara su caballo.

Sin embargo, observaron horrorizados que el jinete enristraba la lanza y se lanzaba hacia ellos. Espoleando su caballo, el jinete vestido de negro pasó junto a los sirvientes al galope y fue directamente hacia Castelnau, que permanecía montado en su caballo, indefenso y paralizado de terror. Antes que pudiera reaccionar, el legado fue traspasado.

El jinete levantó el puño en señal de victoria y gritó:

—¡Libertad para Tolosa!

Seguidamente echó al galope por la ribera hacia el norte y desapareció en la distancia.

Los sirvientes del legado observaron aterrorizados cómo el cuerpo de Castelnau se bamboleaba sobre su caballo hasta caer al agua con un fuerte salpicón.

Aunque el jinete vestía totalmente de negro, varios de los sirvientes habían visto un escudo de armas bordado en la sudadera del caballo del asesino. Era el del conde de Tolosa.

Una vez extraído el cuerpo de Castelnau del río, los de su comitiva enviaron de inmediato a uno de los sirvientes con la noticia al Papa.



A Guillaume no se lo había visto en el castillo en varios días. Malcolm estaba bastante recuperado y se sentía mucho más fuerte. Esmeralda todavía estaba allí atendiendo a los dos heridos. Lisette había querido quedarse, pero tenía quehaceres pendientes en la posada. Así, pues, al cabo del segundo día, muy a su pesar se había marchado.

Malcolm echaba mucho de menos su dulce sonrisa, su alegre disposición y su frágil figura, que daba la impresión de pedir a voces que un hombre fuerte la protegiera. Malcolm se había enamorado.

A veces se sentía dichoso; en otras ocasiones, incómodo y algo confuso. No era fácil para él entender aquellas nuevas emociones. Esmeralda lo observaba todo. Aunque no tenía mucha experiencia en amores, encontraba gracia en los cambiantes estados de ánimo de Malcolm.

A media tarde del cuarto día regresó Guillaume. Aunque se esforzaba por aparentar que era el del mismo espíritu jovial tan característico en él, era evidente que estaba preocupado.

—¿Qué pasa? —le preguntó Malcolm.

—Acabamos de enterarnos de algo muy alarmante —dijo Guillaume—. Pedro de Castelnau fue asesinado a orillas del Ródano cuando iba de regreso a Roma. Por toda la región abundan las conjeturas en torno a quién lo hizo. Muchos creen que fue mi tío. La última noche

que el legado estuvo aquí, él y mi tío protagonizaron una acalorada disputa verbal ante muchos testigos; yo mismo estuve presente. Han llegado informes de que la sudadera del caballo del asesino llevaba el escudo de armas de mi tío. La situación es aún más grave que antes. ¡Mucho más!

—¿Qué creéis que pasará? —inquirió el escocés.

—Podrían pasar muchas cosas —dijo Guillaume—. No sé qué decidirá hacer el Papa ni conozco aún los planes de mi tío. Lo que sé es que el Pontífice no se quedará de brazos cruzados, y mi tío es el principal sospechoso. Roberto de Aviñón me dijo que cuando el conde supo la noticia, empalideció y se marchó a sus aposentos. Esto podría desatar una guerra. Y en ese caso, tendremos a todo el mundo en contra. Mi tío y sus tierras son la envidia de toda Europa. Hay muchos que se regodearían ante una ocasión de apoderarse del condado de Tolosa.

—Si esto desemboca en una guerra —dijo Malcolm—, podéis contar con al menos un soldado aquí. ¡Combatiré por vuestro tío con todas mis fuerzas!

—¡Sois un valiente, escocés! Sé que pelearéis, y bien valéis diez hombres. Nuestros aliados también combatirán a nuestro lado. Pero una cosa es pelear contra los soberanos de otros feudos, ¡y otra muy diferente luchar contra un papa que aterroriza las almas de los hombres con amenazas de condenación eterna! A los hombres los asusta fácilmente perder su alma inmortal. Temen al fuego del infierno y tienen miedo de ser proscritos por el Papa.

—Entonces tendréis que recurrir a personas que no teman al Papa ni sus proscipciones. ¡Sin duda los cátaros, que han prosperado en vuestro condado, lucharán por vosotros!

—Los cátaros son un movimiento muy variopinto —respondió Guillaume—. Algunos por cierto que lucharán. Otros rehuyen la idea del combate armado. ¡Sus principios ni siquiera les permiten defenderse!

No; me temo que lo tendremos cuesta arriba desde el principio. Pero no os inquietéis; mi tío es inteligente. Confío en él. Es un guerrero noble, buen general y hábil en tácticas de guerra. Si esto termina en guerra, no podríamos tener mejor caudillo que mi tío.

—Hay muchos en el norte que miran esta tierra con envidia —dijo Malcolm—, pero esperemos lo mejor. Seguramente vuestro tío enviará mensajeros al Papa que sostengan su inocencia.

—Sin duda que sí —dijo Guillaume—. Pero, ¿por qué iba el Papa a aceptar a ese mensajero? Aunque mi tío sea inocente de este crimen, el Pontífice presionará. Tiene la ventaja. Ahora podrá exigir a mi tío que acepte sus condiciones en lo referente a erradicar a los cátaros de nuestro medio.

Esmeralda, que había estado escuchando la conversación en silencio, cayó de rodillas.

—¡Dios mío, sálvanos! —clamó—. ¡Libranos de esta tiranía! ¡Libra a tus hijos de lo que ha de venir!

Guillaume se acercó y la rodeó con un brazo.

—Tranquila, Esmeralda —le dijo consolándola—. No va a pasar nada por ahora. Todavía hay ocasión de que se arregle la situación. No te preocupes. ¡Yo te protegeré!

Esmeralda se volvió y se asió fuertemente a sus brazos. Guillaume la acercó contra sí. Con su mano estrechó la cabeza de la gitana contra su pecho y la besó tiernamente en la frente.

Alain y Malcolm intercambiaron miradas.

—Pues parece que habrá mucho trabajo para los de nuestra profesión —dijo el escocés.

—Así parece —asintió Alain.

XIII. HAMISH Y DOUGAL

—Ah, dicho sea de paso —dijo Guillaume, como si de golpe se hubiera acordado de algo—, hoy en la ciudad me topé con dos forasteros que decían que buscaban a un hermano suyo del que no tenían noticias desde hace tiempo. Cuando me detuve a hablar con ellos...

Dejó la frase inconclusa mientras Malcolm lo observaba con mirada de desconcierto. Guillaume levantó la voz.

—¡Hacedlos pasar!

Un sirviente que estaba de pie afuera de la habitación, abrió la puerta de par en par. Aparecieron dos pelirrojos corpulentos y fornidos vestidos con el atuendo rústico típico del norte de Escocia.

Malcolm exclamó a voces:

—¡Hamish! ¡Dougall!

Los dos entraron presurosamente al aposento y se situaron a los pies de la cama donde yacía Malcolm.

—Pues, vaya. Mirad esto —dijo el más corpulento de los dos—. ¡Si es nuestro hermanito menor, echado en la cama!

—Sí —añadió el otro—. ¡Siempre fue un dormilón, siempre el mismo perezoso!

—¡Qué bravucones que sois! —les gritó Malcolm—. No hace un segundo que habéis entrado y ya estáis

metiéndooos conmigo!

Los tres hermanos se quedaron mirándose por unos momentos. Malcolm se incorporó en la cama y abrió los brazos. Los dos grandotes se abalanzaron sobre él y lo voltearon sobre su espalda.

—¡Aaay! —gritó Malcolm acusando recibo del dolor de la herida, que aún estaba lejos de haber sanado.

—¡Dios mío! ¡El pequeñajo está herido! —dijo Hamish.

—Siempre fue un pendenciero —dijo Dougal a Hamish—. Pero nunca era capaz de cuidarse solo. Siempre teníamos que sacarle las castañas del fuego, ¿no recuerdas?

—Sí. Miralo. Se queja y lloriquea como una niña —dijo Hamish a modo de regaño.

Rápidamente, Esmeralda se paró junto a Malcolm.

—¡Apartaos, brutos! —les dijo—. ¿No veis que está lastimado? ¿Quiénes son estos hombres, Malcolm?

—Estos hombres —dijo Malcolm tratando de sonreír a pesar del dolor— son Hamish y Dougal, dos de mis hermanos mayores. —Y volviéndose a los dos gigantes pelirrojos, añadió—: ¿Y qué diablos hacéis aquí?

—Hemos venido a buscarte —dijo Hamish, el mayor de los dos.

—Así es —añadió el otro—. Nuestro hermano mayor Kenneth nos envió a buscarte para llevarte de regreso a casa.

—¿Llevarme a casa? —dijo Malcolm—. ¡Si no tenemos casa!

—¡Ahora sí, muchachito! Kenneth ha reclamado las tierras de los MacAlpin. Amasó una pequeña fortuna, no sé exactamente cómo, y regresó para saldar las deudas con los acreedores. ¡La tierra ha vuelto a ser nuestra! ¡Los MacAlpin han de regresar a casa!

—¡No me digas que hemos recobrado nuestra tierra! —exclamó Malcolm mirándolos aún más incrédulamente.

—Así es. Y debemos regresar todos a casa y volver a ser el alegre clan MacAlpin —agregó Dougal—. Kenneth

es todo un terrateniente. Y tiene también sirvientes. ¡Y ganado! Ha montado un próspero negocio. Ha sembrado de todo. Nunca he visto nada igual en esa región de Escocia. Y bien, hermano, ¿cuándo nos vamos?

—¿Cuándo nos vamos? —repitió Malcolm mirando a los demás que estaban en la habitación.

Hasta ese momento Guillaume se había quedado a un lado observando, pero la situación había dado un giro inesperado. Miró a Malcolm seriamente.

—Hermanos —dijo este—. Tengo un deber que cumplir aquí. Estos son mis amigos y he prometido ayudarlos y defenderlos.

—¡Pues —dijo Hamish mirando a su alrededor— a mí me parece que esta gente está en perfectas condiciones de defenderse sola! Mira este gran castillo, y a aquel apuesto joven con la espada al cinto que nos trajo aquí. ¡Y allí hay otro hombre en perfectas condiciones echado en cama! Dios mío, qué perezosos son estos franceses. ¡Se te está contagiando! ¿Y tú los vas a defender a ellos? ¡Más bien parece que ellos te estén defendiendo a ti!

—Es que no entendéis —dijo Malcolm—. La trama que se teje aquí bastaría para dejar a perplejo a cualquiera.

—Pues mejor nos lo explicas —dijo Hamish—. ¡Hemos venido de muy lejos por ti! Te hemos buscado por todas partes. No te imaginas las cosas que nos han pasado. Así que más vale que tengas una razón muy válida para no volver a casa con nosotros.

—Pues sí que tengo una razón muy válida —dijo Malcolm con creciente tono de determinación en la voz mientras se incorporaba para dirigirse a sus hermanos.

—¡Empieza ya a contarnos, pues!

Malcolm se volvió a recostar en la cama.

—Es una larga historia, hermanos. ¿Estáis listos para escucharla?

—¡No recorrimos tanto camino para volvernos con las manos vacías! ¡Vaya, que más vale que prestemos atención! —dijo Dougal mirando a Hamish mientras ambos se sentaban en la cama.

—Sí, por todos los santos, tenemos que escuchar tu historia. ¡Vamos! ¡Cuéntanos!

—Vosotros sabíais —dijo Malcolm respirando profundamente— que yo había partido rumbo a Francia y que había estado a la deriva durante una temporada hasta que pasé a prestar servicios al Rey...

Malcolm procedió a contarles el resto de la historia, sin omitir nada de lo que había ocurrido en los últimos días: las acusaciones, la justa, las intrigas entre el obispo, el legado papal y el conde, los cátaros, Antón. Hasta les habló de su amor por Lisette.

—¿Será esta la bella muchacha? —preguntó Hamish señalando a Esmeralda.

—No —respondió Malcolm—. Este ángel es Esmeralda.

—Ah... ¡Entonces tienes dos mujeres! —dijo Dougal—. ¿Qué te propones? ¿Te has vuelto mujeriego? ¿Tienes a esta hermosa muchacha aquí y dices que tienes otra? ¡Estos cátaros tienen algunas costumbres muy extrañas!

Esmeralda se sonrojó.

—No hermanos —dijo Malcolm—. Esmeralda me ha cuidado hasta reponerme de esta desgraciada herida. La quiero entrañablemente, pero como a una hermana.

—Hmmm —gruñó Hamish con un destello de picardía en los ojos—. ¿en ese caso, ¿te parece que estará libre para otro escocés de proporciones considerablemente más grandes que las de mi hermano menor?

El rostro de Esmeralda se tornó de rojo intenso, y el comentario puso a Guillaume en guardia. Pero al ver la mirada de picardía del escocés se dio cuenta de que hablaba en broma.

Malcolm esbozó una sonrisa pero enseguida volvió a poner expresión seria.

—Hermanos, tengo algo que deciros. He echado mi suerte con los cátaros. Vine en busca de respuestas y las encontré. En estas personas hallé la verdad, el amor y la sencillez, cosas que nunca antes había conocido. Amor sincero y desinteresado, auténtica fe en Dios, sin

hipocresía ni parcialidad. Vi que estas personas amaban a sus enemigos y se interesaban por el bienestar de quienes las menospreciaban. Sé que he sido llamado a combatir por ellos. No solamente por ellos, sino como uno más de ellos. Hermanos, ahora la situación se ha agravado. Es probable que se desaste una guerra. El legado del Papa fue asesinado, y seguramente responsabilizarán a alguien de aquí, ya sea el conde o a los cátaros. En cualquier caso, tengo el deber de ayudar a esta gente. No la abandonaré en su momento de tribulación. Soy un soldado bien adiestrado. Aparte de lo que aprendí de niño, no conozco otro oficio que el de soldado.

Dougal y Hamish intercambiaron miradas. Luego Hamish se volvió hacia Malcolm.

—Hermano, veo sinceridad en ti. No cabe duda de que eres un típico MacAlpin, siempre haciendo juramentos aunque redunden en perjuicio tuyo. ¡Vaya, parece que te encontramos unos días más tarde de lo que nos habría convenido! Ya podríamos haber partido de aquí, pero sé que eres hombre de palabra, y si un hombre no tiene palabra no es nada. No te pediré que faltes a ella. Pero sabe que si alguna vez necesitas un lugar a donde ir, tienes uno en nuestra amada Escocia con tu familia. Si no te importa, me gustaría quedarme aquí una temporada contigo y ver en qué clase de lío te has metido.

Dougal asintió.

—Sí, quedémonos aquí una temporada. Podemos cuidarte un poco hasta que te recuperes del todo. No queremos que te pase nada malo. Parece que esto es un nido de víboras y bribones. Vas a necesitar la ayuda de un par de hermanos fuertes.

Malcolm soltó una carcajada.

—¡Vaya dos! ¡Siempre cuidando de mí! ¡Incluso ahora!

—¡Claro que cuidamos de ti! ¡Si eres nuestro hermano, nuestro hermanito menor! ¡Siempre tendremos que hacernos cargo de ti!

—¿Sabéis donde podemos hospedarnos por aquí?
—preguntó Hamish volviéndose hacia Guillaume.

Este volvió a mirar a los dos de arriba a abajo sin poder creer todavía el aspecto tan corpulento, fornido y rústico que presentaban con su pelo largo y sus barbas ralas y descuidadas.

—Mejor que no os paseemos mucho por la ciudad. Vais a matar de susto a nuestros nobles ciudadanos —dijo.

—¡Este muchacho me cae bien! —dijo Hamish—. ¡Tiene un sentido del humor excelente! No tendrás ningún antepasado escocés, ¿verdad, muchacho?

Guillaume se rió.

—Lamentablemente no. ¡Creo que soy un francés de pura sangre!

—¡Vaya! No hay mucho que podamos hacer para mejorar eso —dijo Hamish.

—No sé si podemos alojaros en el castillo —dijo Guillaume— pero sé de una buena posada en la ciudad donde con gusto alojarán a cualquier familiar de Malcolm MacAlpin.

—Ah, pues entonces mejor que nos vayamos para la posada.

—Pero quedaos un rato, hermanos, y contadme todo lo que ha acontecido en casa —dijo Malcolm.

—Sí —dijo Hamish a Dougal—. Sería mejor que nos quedáramos un rato, ¿no crees? Siempre podemos irnos a la posada más tarde.

—Muy bien —dijo Guillaume—. Para entonces, puede que haya venido Marcel. Él los podrá llevar.

—¿Quién es Marcel? —preguntó Hamish.

—El hermano de Lisette —respondió Malcolm.

—Ah, entonces es prácticamente de la familia, ¿no? —Todos los presentes prorrumpieron en carcajadas. Los dos MacAlpin mayores reían tan descontroladamente que Guillaume temió que los oyeran hasta en el salón de marras.

Malcolm disfrutaba mucho de aquella hilaridad. No había oído carcajadas así en años.

—Todavía te acuerdas del juramento, ¿no? —preguntó Dougal.

—Sí, lo recuerdo —respondió Malcolm.

Al oír la palabra *juramento*, Esmeralda aguzó el oído. Recordaba que en sus delirios Malcolm había musitado algo acerca de un juramento.

—¿Qué juramento, señores? —inquirió la gitana.

—Es un secreto entre nosotros los hermanos.

—¿Y cómo están Kenneth y David? preguntó Malcolm.

—Como te contamos, Kenneth tiene ahora el señorío de MacAlpin y tiene dominio absoluto sobre él. Pero la gente lo quiere y nosotros también. Es un buen hombre.

—¿Y David?

Hamish y Dougal bajaron la mirada. El mayor se enjugó unas lágrimas que se le formaban en los ojos.

—David murió de tos.

Lágrimas brotaron de los ojos de Malcolm al enterarse de la noticia. David siempre había sido el más débil y delicado de los cinco, el más inclinado hacia los libros y los estudios. Había dado clases a Malcolm. Había sido gracias a su persistencia que Malcolm había aprendido latín y las otras materias que habían conformado su educación.

—Así es. David murió hace más o menos dos años. Al enterarse de que Kenneth había reclamado la propiedad, David fue el primero en encaminarse a casa. Viajó muchos días en medio de una espantosa tormenta y enfermó gravemente. Llegó muy mal. Estaba pálido y con mucha fiebre. Apenas duró un par de días. Pero al menos llegó a casa y pudo respirar el aire puro de nuestra amada tierra. Enterramos sus restos junto a los de nuestro honorable padre, que en paz descanse. Así que solo quedamos cuatro ahora. Por eso Kenneth nos envió a buscarte. ¡Y mira que ha sido difícil encontrarle! Te seguimos la pista hasta París, y luego nos enteramos de que habías emprendido rumbo al sur y tal vez habrías venido aquí.

—Al acercarnos a Tolosa —continuó Hamish—, oímos relatos de un altercado entre un paladín de Francia y un

escocés. Pensamos que tal escocés podría ser nuestro pugnaz hermanito. ¿Y quién lo habría dicho? ¡Así era! ¡Otra vez peleando! ¡Madre mía! ¿Es que siempre vas a estar metiéndote en líos?

—No tenía otra opción —dijo Malcolm.

—Ah, eso es lo que siempre dices. No has cambiado nada. Pues ahora nos quedamos aquí hasta que te recuperes. Y si alguien quiere hacerte daño, ¡tendrá que vérselas con nosotros!

—¡Eso sí que sería una locura! —dijo Guillaume con cierto tono burlón.

Hamish miró a Guillaume y, con notable irritación, exclamó:

—¡Claro que es una locura!

—Tranquilo, hermano —dijo Malcolm—. Este hombre es un buen amigo. Me salvó la vida y le debo mucho.

—Está bien. Si salvasteis la vida de mi hermano menor, os perdono esta vez. Pero con ese sentido de humor, un día de estos vais a conseguir que os maten.

—En verdad sois hombre gentil —dijo Guillaume con mirada de picardía.

—¿Siempre bromea así? —preguntó Dougal a Malcolm.

—Solo con los que le caen bien —respondió este.

—En ese caso, supongo que tendremos que aguantarlo.

—Te ruego que lo hagas, hermano —dijo Malcolm—. Su tío es nada menos el conde.

—¡Vaya! ¡Tenemos nobles por aquí! ¡Mil perdones! Por nuestras venas también corre sangre azul.

—Tranquilo, hermano. Nadie lo pone en duda.

—¡Eso es bueno!

—¿De verdad es amigo? —preguntó Hamish.

—Sí, hermanos —dijo Malcolm—. Es mi amigo.

—Pues en ese caso es amigo nuestro también. ¿Le damos uno de nuestros calurosos abrazos escoceses?

—¿Calurosos abrazos escoceses? —repitió Guillaume algo nervioso.

—¡Sí! —dijo Hamish levantándose de la cama donde

estaba sentado. Acto seguido, echó los brazos sobre Guillaume y le dio tal apretón que el joven francés se quedó sin respiración. Cuando el escocés lo hubo soltado, Guillaume estaba sin aliento.

—Ahora me toca a mí —dijo Dougal.

—Está bien —dijo Guillaume—. Os... os creo; sé que sois amigos.

Y volviéndose a Malcolm, añadió:

—¿Cómo diablos lograsteis sobrevivir criándote con estos dos?



Inocencio III hojeó con seriedad el papel que acababa de firmar. El secretario tomó un crisol con cera derretida y la vertió en el margen inferior de la carta. El Pontífice clavó los ojos en el pequeño montículo de cera y echó un vistazo a su anillo. Se detuvo.

Aquella era una decisión trascendental. Era consciente de la devastación y la carnicería que desataría, pero las cartas estaban echadas. La iglesia y todo lo que ella representaba habían sido desafiadas. Inocencio se había convencido de la justicia de su causa. Hundió su anillo en la cera. La suerte del sur de Francia había quedado sellada tan inequívocamente como la huella que había dejado su anillo papal en la cera.

El documento era una declaración oficial que se convocaba al rey de Francia, a los nobles y a los fieles de la iglesia a una cruzada contra los herejes de la región del Languedoc.

El secretario vertió otro poco de cera en un segundo documento. El Papa volvió a sellarlo con su anillo. Aquella carta encarecía al emperador Otón,¹ del Sacro Imperio Romano Germánico, a sumarse igualmente a la causa de la cruz y alzar su espada contra los heterodoxos. Finalmente, se firmó y selló un tercer documento. Este consistía en una bula por la que se excomulgaba a Raimundo, conde de Tolosa, por amparar y promover a los herejes en de sus dominios. Aquel habría de ser el acontecimiento culminante, el fin de los muchos años

¹ Véase nota X: El Sacro Imperio Romano Germánico

que llevaba Inocencio tratando de combatir infructuosamente la herejía albigena.

El secretario tomó los tres documentos y los entregó a los mensajeros oficiales del Papa, uno de los cuales se dirigiría a París, el otro al castillo de Harzburgo, donde residía el emperador germano Otón IV, y el tercero a Tolosa.

Al levantarse el Pontífice, los presentes hicieron una reverencia. El Papa los bendijo haciendo la señal de la cruz, y abandonó el salón sin decir palabra.

Los tres mensajeros fueron enviados de inmediato. Tras varios días de ardua cabalgada, todos llegaron a su destino.

El emperador germano, que estaba ocupado con otros asuntos en sus propios dominios y discrepaba con el Papa, recibió el mensaje con el debido protocolo, pero decidió dejarlo de lado hasta un momento más propicio.

El rey galo actuó más decididamente. En más de una ocasión había mirado con envidia a su acomodado primo y vasallo. El objetivo principal de la política de Felipe había sido fortalecer y extender su autoridad real sobre toda Francia. El condado de Tolosa era el más fuerte e independiente, de modo que aquel giro de los acontecimientos le venía de perillas.

Una vez que los nobles del norte se hicieron presentes ante su llamado, les fue leído el decreto papal. Muchos reaccionaron con júbilo. Aquello consistía en una ocasión inmejorable de obtener gloria, botín y tierras —todo ello, relativamente cerca—, y simultáneamente granjearse bendiciones e indulgencias papales. Enseguida se organizó un ejército conformado no solo por franceses, sino por numerosos mercenarios extranjeros. El mando del ejército cruzado recayó sobre Simón de Montfort.

Era este un hombre austero, piadoso y fanáticamente fiel la iglesia de Roma. Había participado en la cuarta cruzada, que tenía por objeto liberar los Santos Lugares. Aunque el grueso de aquella cruzada se había desviado para saquear Constantinopla, Simón de Monfort y

varios otros caballeros se habían atenido firmemente a su misión, yendo directamente al condado de Trípoli, que era uno de los reinos cruzados de Tierra Santa. Al cabo de varios años de intentar inútilmente cambiar la situación en aquella parte del mundo, Simón había vuelto a Francia. Frustrado en sus intentos de vencer a los infieles musulmanes, ahora aprovechaba la oportunidad para alzar su espada contra los herejes del sur de Francia. Prometió aplastarlos en nombre de la Iglesia y de la cruz. Convencido de que rendía servicio a Dios, se disponía a convertirse en un cruel y desalmado instrumento de destrucción y terror. Sin duda se trataba del oscuro príncipe que había visto Antón en su tenebrosa visión descendiendo sobre el Mediodía como demonio desatado del infierno.



Mientras tanto, había llegado el mensajero despachado a Tolosa. Los acontecimientos no sorprendieron al conde. Estando la corte reunida, el mensajero entró al amplio salón. En el extremo opuesto, el conde, sentado en su trono y rodeado de un pequeño grupo de consejeros y cortesanos, presentaba un aspecto sombrío. El emisario inclinó diplomáticamente una rodilla y entregó el mensaje enrollado al conde, el cual a su vez se lo pasó a Roberto de Aviñón.

El mensajero se levantó, se volvió raudamente y abandonó el salón.

—Leédmelo, Roberto —dijo silenciosamente el conde.

Roberto desenrolló el pergamino y repitió lentamente el texto en latín. Por obra del mismo, Raimundo quedaba oficialmente excomulgado. Todo buen feligrés debía evitarlo. Se le negaban los sacramentos y toda forma de caridad cristiana. Se lo declaraba anatema y culpable de herejía. Igual tratamiento habría de recibir todo el que tuviera trato con él.

Raimundo suspiró.

—Preparaos para viajar a Roma, Roberto. Quiero que aboguéis por mi causa ante el Papa. Preguntadle

qué debo hacer para que esta bula de excomunión sea revocada. Preparad cartas mías en las que declare mi devoción a la Iglesia y haga referencia a mi asistencia a misas, mi veneración a las reliquias de los santos y a las peregrinaciones, mi piedad y caridad, y todas las demás buenas obras que hago. ¡Tengo que conseguir que se revoque esta bula a cualquier costo!

Guillaume, que había presenciado aquella escena desde un lado de la sala, se volvió y abandonó el salón indignado ante la prontitud con que había cedido el conde.

Su salida no pasó inadvertida. El conde despidió enseguida a los allí reunidos, se levantó de su silla y marchó tras Guillaume. Con unas cuantas zancadas le dio alcance.

—¡Detente, Guillaume! —ordenó.

El joven se dio la vuelta y miró a su tío con resentimiento.

—Te he decepcionado, ¿verdad? —preguntó Raimundo.

—¿Cómo pudiste darte por vencido tan fácilmente? —le disparó Guillaume—. Siempre te admiré porque te consideré un luchador, un soldado dispuesto a defender sus convicciones. ¡Y sin embargo te rendiste enseguida y con tanta facilidad!

—¡Guillaume, no entiendes el arte de la política y la diplomacia! Si así fuera, sabrías que no me queda otra opción. Escúchame. Todavía no se ha perdido todo.

Guillaume alzó una ceja.

—Pero has enviado a Roberto al Papa para pedir que revoque la bula. ¡Y sabes que la única forma de que se revoque la bula es que te vuelvas contra tu propio pueblo!

—Guillaume —dijo Raimundo mirando a su alrededor y bajando la voz hasta susurrar—; el traidor es Roberto. Todo esto no fue más que una parodia. ¡Ten fe, muchacho! ¡Ten fe!

XIV. LA DECISIÓN

Roberto de Aviñón fue enviado presurosamente a Roma para llevar la petición del conde ante el Papa. Varios días después de llegar, se le concedió una audiencia. Ante la corte papal, abogó a medias tintas por la causa del conde sin lograr convencer al Papa de que levantara el entredicho ni la excomuni6n.

Las noticias de su fracaso precedieron su regreso a Tolosa. A su llegada, el conde dio rienda suelta a su enfado con Roberto acusándolo de no haber puesto todo el empeño esperado en una misi6n de tan capital importancia.

Y así, Roberto fue exiliado del condado de Tolosa. Fue un final ignominioso para un hombre dotado de un intelecto agudo, del que había aprendido a sacar provecho desde temprana edad. Gracias a ello, había escalado desde sus humildes orígenes hasta una posici6n encumbrada de cierto poder e influencia. Pero se había extralimitado. Pensó que sembrando disensi6n entre los principales protagonistas de aquel conflicto adquiriría mayor prominencia. Sus ansias de poder fueron mayores que la lealtad a su se6n. Como suele ocurrir a los que traicionan la confianza que se deposita en ellos, le llegó la hora de pagar el precio.

Sin embargo, Roberto tuvo suerte. Bien podía

haber perdido la vida, pero el conde no contaba con suficientes pruebas para acusarlo abiertamente de traición. Aquella misión malograda por Roberto dio al conde una excusa para librarse de alguien en quien ya no podía confiar.

Recurrió a Gastón, padre de Guillaume, para cubrir la vacante dejada por Roberto.

Al poco tiempo llegaron al Languedoc noticias de que en el norte se había congregado un numeroso ejército cruzado que se dirigía al sur. Los nobles y los ciudadanos de la región se preparaban para hacer frente a la invasión. No obstante, Raimundo no cumplió el papel de caudillo firme y resolutivo que cabría haber esperado de él. Por razones solo conocidas de él, continuó mostrándose vacilante en cuanto a sus intenciones; si conduciría a las fuerzas del sur para hacer frente a la invasión o participaría en la cruzada contra la población cántara.

Así, la labor de organizar la resistencia de la población quedó en manos de los nobles de menor jerarquía, que eran más resueltos y enérgicos a la hora de defender a sus ciudadanos y sus territorios. Entre los más destacados se contaba Raimundo Roger Trencavel, que ostentaba el título de vizconde de Beziers y era sobrino de Raimundo. Los Trencavel llevaban muchas generaciones al frente de dicho vizcondado, aunque como vasallos, habían dado más de un quebradero de cabeza a los condes de Tolosa. Raimundo Roger no era la excepción, aunque en ciertas épocas había tenido una relación más o menos estrecha con el conde.

Se rumoreaba que Raimundo le daba un apoyo subrepticio, pero este rumor no pudo confirmarse. Muchos creían que el conde jugaba con dos barajas. Si ganaban los cruzados, Raimundo se libraría de un vasallo difícil y poderoso, y en consecuencia podría ejercer su autoridad sobre los dominios de los Trencavel. Si en cambio, ganaba Raimundo Roger, sus desvelos por causa de la cruzada tocarían a su fin. En

cualquier caso, el conde saldría ganando.

Malcolm y sus dos hermanos permanecieron junto a Guillaume, que había reunido una pequeña fuerza de soldados fogueados que habían jurado defender su tierra. Muchos de ellos eran albigenses.

Los sureños —ya fueran cátaros o fieles a Roma— sabían de sobra que aunque el motivo ostensible de la cruzada era obligar a los presuntos herejes a renunciar a sus creencias, que la aristocracia rapaz y codiciosa del norte estaba más interesada en fragmentar el Languedoc en pequeños feudos personales.

También les llegaron noticias alarmantes de otra índole: gran parte del ejército invasor estaba compuesta de mercenarios que se proponían saquear, violar y matar a cualquiera con tal de que les pagaran. A cualquiera que *tomara la cruz* y se uniera a aquella *santa cruzada*, la Iglesia le concedía una indulgencia de cuarenta días. A partir del primer día de contienda, ni en esta vida ni la venidera se le imputaría ningún delito cometido contra los ciudadanos del sur. En vista de que el tiempo ya corría, aquellos asesinos estaban ansiosos de no perderse un momento de la fiesta.



Guillaume y su destacamento de unos trescientos caballeros y soldados habían acampado al oeste de Tolosa. Aunque en apariencia operaban independientemente, en secreto recibían sus órdenes de Gastón. Sus instrucciones eran no librar batallas campales con los cruzados, sino atacar y hostigar a los contingentes que todavía no se habían unido al grueso del ejército invasor. El enfrentamiento de mayor envergadura había sido contra unos doscientos o trescientos mercenarios germanos a las órdenes de Guido, hijo de Simón de Montfort. Guillaume y sus tropas los emboscaron al salir de un estrecho paso. La banda de mercenarios fue prácticamente diezmada. Los pocos sobrevivientes —entre ellos, Guido de Montfort— huyeron al oeste.

Los tres escoceses habían formado una pequeña guardia personal para Guillaume. Con gran osadía, su joven jefe emprendía la carga en lo más encarnizado de la batalla. Así, en más de una ocasión, se veían en situaciones precarias. Sin embargo, las más de las veces, la sola escena de los dos gigantes pelirrojos —Hamish y Dougal— blandiendo sus espadas bastaba para mermar las agallas del más valiente de los combatientes enemigos. Si bien ello no restaba mérito a la pericia marcial de Malcolm y Guillaume, el imponente espectáculo de los dos hermanos gritando e insultando en su lengua gaélica mientras dejaban un mortífero y sangriento reguero entre las filas enemigas era pavoroso. Hasta entonces, los cuatro habían logrado salir de aquellos enfrentamientos sin heridas de consideración.

Con todo, sabían que aquellas contiendas no eran más que escaramuzas comparadas con las batallas que seguramente les esperaban más adelante. Mientras tanto, Raimundo seguía sin definirse.

Por fin, llegó un parte secreto al campamento de Guillaume. Esta vez llevaba el sello de su tío, no de su padre. De modo que Guillaume sabía que contenía las largamente esperadas noticias de la decisión del conde. Dentro de su tienda, el joven caballero miraba pensativo la carta sellada. Malcolm y sus hermanos permanecían sentados frente a él en silencio. Con aprensión —muy atípica de Guillaume—, rompió el sello y abrió el documento. Mientras leía el contenido, los otros observaban su mirada, primero de ansiedad, luego de decepción y finalmente de franca desesperación. ¡Las noticias no eran halagadoras!

El conde había decidido unirse a los cruzados. Sus muchos intentos de neutralizar la situación no habían arrojado resultados positivos, y la magnitud de las fuerzas enemigas era demasiado grande para hacerles frente con éxito. Por lo visto, la única esperanza de retener sus territorios estaba en que la Iglesia

lo volviera a acoger en su seno. Y la única forma de conseguir eso era hacer penitencia por sus *pecados* sometiéndose a una flagelación pública y participando en la cruzada. El conde exigía que todos los hombres de Guillaume juramentaran lealtad a la Iglesia. Todo el que se negara a hacerlo sería dado de baja en forma sumaria y declarado al margen de la ley. Esta noticia mortificó sobremanera a Guillaume.

Luego de pasarle el parte a Malcolm, el francés salió de la tienda a los tropezones y se sentó pesadamente en el suelo junto a una fogata a poca distancia. Malcolm leyó el mensaje a sus hermanos y los tres se unieron al descorazonado Guillaume.

Con lágrimas en los ojos, el francés rompió un silencio que parecía haber durado siglos.

—¿Qué hago, Malcolm? ¿Unirme a esta turba de degolladores que desciende sobre nuestra tierra como plaga de langostas y combatir a nuestros buenos ciudadanos? ¿O desoír las órdenes de mi tío? Si hago eso y mis hombres descubren que ahora el conde está a favor del bando enemigo, no sé cuántos seguirían a mi lado. La conciencia no me permite pelear contra mi propio pueblo, pero no puedo luchar sin un ejército. Estoy en un verdadero dilema, amigo mío.

—¿Debo obedecer las órdenes —continuó su monólogo— y tomar parte en esta perversidad, o desobedecer a mi señor, a quien he jurado lealtad? ¿Qué pesa más? ¿El juramento que hice solemnemente, o mi conciencia y mi corazón, que me dicen que defiendan a los débiles y oprimidos, a los que son perseguidos injustamente? Es un serio dilema, Malcolm. No sé qué hacer.

Malcolm meneó la cabeza y permaneció en silencio. No tenía respuestas instantáneas que darle.

Al notar el silencio de su hermano, Hamish hizo una tentativa de ofrecer sus consejos a Guillaume.

—Si un hombre no es fiel a su palabra, ¡no es nada! Si habéis prestado juramento a vuestro tío, ese jura-

mento os obliga. No podéis faltar a vuestra palabra. Si habéis jurado lealtad, por todos los santos, tenéis que cumplir vuestro juramento aunque redunde en vuestro perjuicio. Por eso está aquí mi hermano, porque juró que os ayudaría. Ahora él también tiene una difícil decisión ante sí, pues su corazón está con esta gente, pero vos sois su comandante y ha jurado serviros. Si decidís seguir a vuestro tío en esta guerra, él también tendrá que decidir. Y su corazón... ¡Su corazón pertenece a esa doncella y sería a los suyos a quienes tendría que combatir! ¡Mala cosa son las guerras! Y más una como esta. Es diferente combatir contra extraños que no significan nada para uno. ¡Pero verse obligado a luchar contra personas a las que se estima y con quienes uno se ha criado es terrible! ¡Sin duda que esta será una noche triste!

—Ciertamente lo será —dijo Malcolm—. Me temo que no habré de dormir esta noche. Pero sé lo que Lisette esperaría de mí. Y eso debo hacer. Voy a apartarme a aquellos árboles y rogar a Dios que a pesar de esta dura mollera escocesa que tengo me indique qué hacer. Tengo el corazón desgarrado en mil pedazos. ¡Creo que a todos nos vendría bien hacer unas plegarias esta noche!

Malcolm recogió un guijarro y lo arrojó al fuego. Por un momento, mientras lo observaba, se quedó pensando que en ese momento se parecía mucho a aquella piedra que era atormentada por las lenguas de fuego.

—¡Qué Dios nos asista y haga claras nuestras sendas! —dijo a los demás mientras se levantaba. Acto seguido, se dio la vuelta y se dirigió hacia el bosquecillo que estaba a cierta distancia. Se sentó y apoyándose fuertemente contra un árbol mientras miraba el cielo estrellado, comenzó a rezar. Hasta entonces todo había sido tan claro y definido. Peleaba contra los tiranos del lado de los justos. Defendía a los débiles de los poderosos. Había tomado partido por

quienes abrigaban la noble causa de proteger a gente que amaba, a personas como Lisette. Ahora todo se veía irremediablemente confuso.

Su mente alternaba plegarias con reflexiones. Recordó todo lo ocurrido en los últimos meses: su compromiso con Lisette y sus intenciones de casarse una vez terminada la guerra; pensó en Esmeralda, que movida a compasión, lo había curado; pensó en el amor que sentía la gitana por Guillaume y en el del francés por ella. Sin embargo, parecía que jamás podrían disfrutar de la dicha de que gozaba él y Lisette. Guillaume había dado prioridad al deber. Malcolm recordaba claramente las lágrimas que había visto en los ojos del joven francés cuando se despidió de Esmeralda.

La gitana y su familia sabían que no recibirían clemencia alguna de los cruzados, que los consideraban paganos. Al igual que muchos otros, habían partido para atravesar los Pirineos por los pasos costeros. Tenían intenciones de reestablecerse en el reino de Aragón, donde reinaba Pedro II, cuñado de Raimundo.

Malcolm pensó en Marcel, que había bregado con su fe durante muchas semanas. Al final optó por morir defendiendo sus creencias en vez de adoptar el enfoque pacifista que habían abrazado muchos cátaros. Los que habían rechazado la violencia física por cuestión de principios ni siquiera estaban pensando oponer resistencia a los cruzados. Se habían resignado a morir como mártires antes que abjurar de su fe. Marcel había tratado de unirse al grupo de Guillaume, pero ante la necesidad de no alejarse de la posada de su familia, se había enrolado en las huestes que se estaban organizando en Tolosa. Con el tiempo, esas huestes se habrían convertido en parte del ejército defensor, pero ahora que el conde había cambiado de bando, Marcel y Lisette correrían grave peligro.

Malcolm se esforzaba por aclarar sus pensamientos

y formular una plegaria coherente. Al cabo de muchas horas de sufrir aquella angustia, lo invadió una extraña paz cual nunca había conocido. Repentinamente, la turbación de su mente y su corazón se desvanecieron. Tenía un nuevo propósito. Sus objetivos ahora estaban claros. Con un suspiro de alivio y el corazón lleno de gratitud a Dios, que había disipado totalmente su confusión, se dio la vuelta y quedó profundamente dormido.



Luego de ver alejarse al escocés, Guillaume también buscó un sitio solitario y examinó su alma. El francés estaba aún más confuso que Malcolm. Su fe en Dios no era tan profunda como la de su amigo. Es más, su mente ahora estaba sumida en la incertidumbre. ¿Existía realmente Dios? En ese caso, todas aquellas disputas religiosas sin duda no lo dejaban muy bien parado. Y si así era, ¿cómo es no mostraba mucho interés en lo que pasaba?

Mientras meditaba en aquella inquietud y en cientos de otras ideas que lo asaltaban, se propuso poner a Dios a prueba para averiguar a ciencia cierta si existía. Guillaume siempre había eludido todo compromiso con Él en su vida. Pero en aquel momento decidió hacer un trato. Era entonces o nunca. Aquella crisis rebasaba completamente todo intento suyo de resolverla, aun con la ayuda de aquellos en quienes más confiaba y a quienes más amaba: su tío y su padre. Sabía que no había solución sencilla al problema, que no ofrecía ningún bien ni mal inequívoco.

Así, aquella noche, Guillaume rezó con una sinceridad y un afán que nunca había sentido. Él también halló serenidad al disiparse la agitación que lo consumía por dentro. Su objetivo se había vuelto claro y su rumbo fijo.

XV. CAPTURADOS

El pequeño grupo reunido en trastienda de la tahona de Fernand observaba ansiosamente a su adalid. La expresión de Antón era sombría.

—Estas noticias sin duda son inquietantes, aunque no nos deben tomar por sorpresa. Sabíamos que las presiones a que se vería sometido el conde serían mayores de lo que sería capaz de sobrellevar. Ahora parece que nuestros enemigos tienen la victoria asegurada. Nuestras vidas corren peligro. Mientras el conde se mantenía en sus trece, quienes procuran hacernos daño debían refrenarse, mas ahora, tened por seguro que los hombres del obispo —y las turbas que azuzarán— vendrán por nosotros. Aun las mesnadas del conde deben contarse entre quienes procurarán nuestro mal. Es momento de orar, hermanos. Nuestros tiempos y sazones están en manos de Dios. Aunque todos nos abandonen, Él jamás nos defraudará. Aunque sus sendas nos conduzcan a lugares peligrosos, sabemos que está siempre a nuestro lado y nos guardará en todo trance. No dejará de cumplir las promesas que nos ha hecho.

—Si antes velábamos, ahora debemos velar más —prosiguió—. Nuestras reuniones tendrán que ser menos frecuentes y habremos de tenerlas con frecuencia irregular y en un sitio diferente cada vez.

Fernand se encargará de avisaros cuándo y dónde se celebrarán. Hasta ahora hemos estado a salvo en este pequeño refugio que nos ha provisto el Señor, pero no tenemos seguridad de que este lugar no sea conocido de nuestros enemigos. No podremos fiarnos de mensajes escritos, de modo que el lugar de nuestras futuras reuniones tendrá que comunicarse de viva voz. Si no os enteráis de la hora y dirección de cita por boca de uno de las personas presentes en este momento, no os fiéis.

—¡Mas no temáis, amigos! —dijo Antón cambiando de tono—. Aquel que está por nosotros es mayor que quienes se nos oponen. Y si sufrimos y morimos por nuestras creencias, sabed que lo único que consiguen nuestros perseguidores es impulsarnos al Paraíso, donde ya nada nos hará daño ni nos separará a unos de otros.

En ese momento, la exhortación de Antón se vio interrumpida por el sonido de una llamada a la puerta. Todos hicieron silencio y prestaron atención. Volvieron a llamar. Las miradas de ansiedad se tornaron en expresiones de alivio cuando todos reconocieron el número y el ritmo de los llamados. Esa secuencia era conocida únicamente entre quienes formaban parte de su grupo.

Aun así, todos permanecieron en silencio mientras Fernand abría la mirilla y echaba un vistazo. Ana, la verdulera, que era una de ellos, le devolvió la mirada. Fernand le abrió la puerta y le dijo que entrara.

—No te siguieron, ¿verdad? —preguntó el panadero ansiosamente.

—Hice todo lo que debía —respondió Ana—. Me desvié varias veces y no vi nada que me hiciera sospechar que me seguían.

—Muy bien —dijo Fernand—. Ven, Antón lleva aquí un rato.

—Traigo novedades del castillo —dijo Ana al entrar en el recinto posterior—. Es oficial. El conde Raimundo hará penitencia pública mañana al mediodía. Habrá

de acudir a la abadía de San Gilles, donde Odón, los demás obispos y los nuevos legados administrarán los castigos. Luego recibirá su absolución y volverá a ser acogido en el seno de la Iglesia.

Las expresiones de los presentes al oír aquella noticia fueron diversas. Unos estaban atónitos, otros indignados y otros más sumidos en la desesperación. Al mirarse Marcel y Lisette, los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Su hermano la tomó en sus brazos.

Antón se dirigió al otro lado de la mesa y posó su mano sobre la cabeza de la bella muchacha.

—No temas, hija —le dijo.

—¡Es que me siento tan indefensa! —dijo Lisette—. Aquel en quien encomendábamos nuestra protección se ha unido ahora a nuestros enemigos. ¿Qué harán Malcolm y Guillaume? ¿También se volverán contra nosotros? ¡Siento que me flaquea la fe, hermano Antón! ¡Ojalá tuviera la confianza y entereza que tienes tú!

—Hija —respondió Antón—, sí que tienes la misma fe que yo. Solo tienes que creerlo y aceptarlo. No dudes del poder de Dios, niña. El que está en ti es mayor que el mundo. Como dijo Nuestro Señor, si fueras del mundo, el mundo amaría lo tuyo. Pero tú, Marcel, yo y todos estos no somos del mundo. Por eso el mundo nos aborrece. El conde Raimundo, con sus buenas intenciones, es antes que nada un noble, un hombre del mundo. Está interesado en preservar sus dominios, privilegios y derechos que ello le confiere. Se dejará llevar por la marea y el viento. Además, los pobres y los débiles del mundo somos los enseres prescindibles de los poderosos. Somos la moneda con que compran y venden sus posiciones. Aun un noble relativamente benevolente como el conde no vacilaría en sacrificar a algunos de nosotros si hace falta para conservar lo que a su juicio le pertenece. Pero en el Reino de Dios no será así. El mayor servirá al desvalido con humildad y amor. En ese mundo está nuestra

esperanza, no en este. No podemos depositar nuestras esperanzas en el hombre. Los hombres siempre tienen pies de barro. Debemos confiar en Dios y luchar por medio de la oración.

Al terminar de pronunciar estas últimas palabras llamaron nuevamente a la puerta. Esta vez no era la contraseña. Los golpes sonaban violentos y autoritarios.

—¡Abrid! —clamó bruscamente una voz.

Un manto de silencio aterrador cayó sobre el recinto.

—¡Abrid! —volvió a gritar la voz desde afuera al tiempo que golpeaba con más fuerza.

—¡Rápido! ¡Por la puerta de atrás! —susurró Fernand frenéticamente.

Se produjo una pequeña estampida en la habitación mientras todos se apresuraban hacia la puerta posterior de la tahona.

Volvieron a golpear la puerta con más violencia e insistencia. Se oían las voces de varios hombres que gritaban y maldecían.

Marcel, que había llegado primero a la puerta de atrás, la abrió cautelosamente y miró a ambos lados del estrecho callejón. Haciendo una señal a los demás para que lo siguieran, salió.

Cuando no hubo avanzado sino unos pocos pasos, vio con consternación que dos soldados daban la vuelta a la esquina. Al girar rápidamente, casi se estrella contra Lisette. Impidiendo que cayera, recuperó el equilibrio y comenzó a correr en la dirección contraria.

—¡Alto! —gritaron los soldados emprendiendo la persecución. Marcel asió a Lisette del brazo y echó a correr a toda velocidad. El resto los seguía de cerca.

Para entonces los soldados habían desenvainado la espada. Una de las últimas mujeres en salir de la panadería dio un grito al perforarle la espalda una espada.

Marcel se detuvo y miró hacia atrás. Al volverse otra

vez, embistió a otros dos soldados que había aparecido por una callejuela lateral justo enfrente de él. En la colisión volteó a uno de ellos y trató inútilmente de saltar por encima de él. Pero el soldado lo tomó del tobillo. Marcel cayó pesadamente al suelo y Lisette se desplomó encima de él. El segundo soldado propinó un violento puntapié a Marcel en la entrepierna. El dolor lo dobló en dos.

En ese momento, los soldados habían derribado la puerta principal de la panadería de Fernand. Antón estaba allí esperándolos.

—Tengo entendido que me buscáis a mí —dijo Antón mirando serenamente al sargento a cargo del contingente.

—¿Sois Antón, el sastre? —preguntó el sargento.

—Lo soy —respondió Antón con tranquilidad.

—Por orden del conde, vos y todos vuestros seguidores quedáis presos acusados de herejía, blasfemia y sedición.

—Yo soy el que buscáis —dijo Antón—. Dejad libres a los demás. Son gente sencilla. No tienen nada que ver con esos cargos.

—Son vuestros seguidores, ¿no es cierto?

Antón miró al hombre a los ojos.

—Son personas humildes que no tienen intención de hacer daño a nadie. Dejadlas libres.

—No puedo —dijo el sargento bruscamente—. Tengo órdenes de prenderos a vos y a todos los que estén vinculados con vos. ¡Soldados, lleváoslos!

Para entonces, Marcel, Lisette, Fernand, Ana y los demás habían sido arreados y llevados de vuelta al recinto por la puerta trasera. Marcel todavía estaba doblado en dos por el dolor pero trataba valientemente de ayudar a la mujer herida. La sangre que brotaba de ella había bañado casi todas sus ropas y manchado el frente de la rústica túnica de Marcel.

—Traedlos a todos —ordenó el sargento.

—Esta mujer necesita ayuda —dijo Marcel—. Está gravemente herida.

—¡Morirá de todos modos! —respondió el sargento—. ¡Vos, hereje! —espetó señalando a Marcel—. ¡Parecéis bastante fornido! ¡Llevala en brazos!

Acto seguido, los soldados sacaron al grupo a la calle, que para entonces se había llenado de curiosos y fisgones.

—¿Por qué los prendéis? —preguntó un circunsistente mientras escoltaban al grupo calle abajo.

—Son herejes —gruñó el sargento—. ¡Haceos a un lado! Si no os quitáis del camino, ¡os prenderé también a vosotros!

La multitud se hizo a un lado para dejarlos pasar. Dos de los soldados conducían a Antón tomándolo cada uno de un brazo. El anciano miraba serenamente hacia delante y sonreía a los observadores mientras era escoltado por la calle en dirección al castillo.

Le seguía Marcel cargando a la mujer herida, que yacía fláccida en sus brazos. Lisette, Ana, Fernand y los demás eran conducidos a los empujones por los otros guardias, algunos de los cuales se entretenían perversamente punzándolos con la punta de su lanza.

Enfilaron por la calle principal hasta el patio de entrada del castillo. De allí fueron llevados hasta la puerta de la mazmorra en una de la torres. El carcelero los recibió en la entrada y, tomando una antorcha, los condujo por las escaleras internas. Los prisioneros no lo sabían, pero fueron llevados al mismo calabozo donde había estado Malcolm. Los guardias los introdujeron en el calabozo a los empujones, sin que la mujer herida —que para entonces había perdido el conocimiento a causa de la hemorragia y el dolor— fuera la excepción.

El carcelero levantó en alto la antorcha y mirando a su grupo de prisioneros, soltó una carcajada.

—¡Bienvenidos! —dijo socarronamente—. ¡Disfrutad de la hospitalidad de nuestro buen conde!

Dicho esto, se marchó cerrando la puerta y riéndose burlonamente.

A través de la pequeña rejilla de la puerta los cautivos todavía divisaban un tenue parpadeo de luz. Oyeron el sonido de la llave que giraba en de la cerradura, y luego la luz se fue desvaneciendo a medida que el carcelero subía las escaleras.

Quedaron en la más absoluta oscuridad. Nadie veía siquiera a la persona que tenía a su lado. Lisette se puso a sollozar.

—¡Hermano Antón! —clamó Ana entre llantos—. ¿Qué será de nosotros?

—Estamos aquí por tu culpa —espetó Fernand—. ¡Te siguieron!

—No entiendo cómo pudieron seguirme! —dijo Ana llorando.

—¿De qué otra forma nos habrían encontrado? —dijo Fernand.

—Basta —interrumpió Antón—. ¡No hay necesidad de lanzar acusaciones! Esto es obra de Dios.

—¿Dios hizo que nos metieran en la cárcel? —preguntó Fernand.

—A la verdad, debéis creer, Fernand —respondió Antón—, que nada ocurre por error o sin que Dios lo sepa. No tengo claro aún por qué permitió que sucediera esto, pero sé que debe de ser por un buen motivo. Tengamos paciencia.

—¡Pues —dijo Fernand— tenemos mucho tiempo para ejercitar la paciencia. ¡Cómo apesta esta mazmorra!

Durante unos momentos estuvieron sentados en silencio. No se oía otra cosa que los tenues sollozos de Lisette. Marcel la localizó a pesar de la oscuridad y se sentó a su lado. Rodeándola con un brazo, la acariciaba suavemente la mejilla con la mano que tenía libre.

Con su voz grave y sonora, Antón comenzó a entonar una canción que todos conocían bien. El significado que cobraron para ellos las hermosas palabras del Salmo 23 era más profundo que nunca. «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal

alguno.» A medida que se unieron al canto una paz asombrosa invadió aquel miserable calabozo.



Al día siguiente, vistiendo una túnica de penitente, el conde Raimundo cabalgó hasta las escalinatas de la abadía y desmontó. Se quitó la túnica y la entregó a uno de sus asistentes.

Con el torso desnudo, subió las escalinatas y se arrodilló al llegar arriba. Allí estaba Milo —el nuevo legado—, el obispo Odón y todos los prelados de las zonas aledañas, ataviados como correspondía a su cargo. Odón miró con petulancia al gran potentado que se hallaba doblegado ante él.

Raimundo le clavó la mirada directamente en los ojos.

Con expresión de desprecio, Odón dijo triunfalmente:

—¡Con qué regodeo saboreo este momento!

—Si no queréis que mi paciencia y mi humildad se agoten pronto, más os vale no saborearlo en exceso —gruñó Raimundo.

—¿Estáis dispuesto a hacer penitencia pública? —preguntó Milo al conde una voz atronadora que resonó en toda la plaza frente a la abadía.

Raimundo asintió con la cabeza.

—¿Estáis dispuesto a abjurar de vuestras convicciones heréticas?

El conde hizo una mueca y volvió a asentir.

Milo entonces envolvió su estola alrededor del cuello del conde y lo arrastró hacia dentro de la iglesia al tiempo que lo azotaba. Para quienes observaban, parecía que con cada golpe de látigo, la sonrisa de Odón se hacía más grande. Se refocilaba con cada mueca de dolor que se dibujaba en el rostro de Raimundo. Finalmente llegaron al altar. Culminó la flagelación y el conde cayó de rodillas.

Odón alzó delante de él un enorme crucifijo. Raimundo, temblando a consecuencia de aquella prueba, se inclinó y lo besó. Piadosamente, Odón hizo la

señal de la cruz sobre la cabeza de su adversario y lo pronunció absuelto de su herejía. Raimundo volvía a ser comulgante.

Se levantó con dificultad mientras dos de sus asistentes acudieron a tratar de sostenerlo, pero les indicó que lo dejaran. Un tercero le colocó cuidadosamente el manto sobre los hombros. El conde hizo un gesto de dolor al tocarle el manto las heridas abiertas que le cruzaban las espaldas.

Para la multitud que se había congregado, aquello había sido un espectáculo imponente. Ante ellos el hombre de más alta jerarquía de la región había sido doblegado por el poder de la Iglesia. Muchos meneaban la cabeza sin dar crédito a lo sucedido, pero pocos se atrevieron a pronunciar palabra mientras la multitud abandonaba la plaza.

Finalmente Raimundo llegó hasta su morada temporal en el pueblo que rodeaba la abadía. Gastón miró a su orgulloso cuñado y mentor preguntándose cómo era posible que se hubiera llegado a aquella situación. Raimundo le leyó los pensamientos.

—Hermano —dijo el conde apretando los dientes para aliviar el dolor—, ¿me pregunto si mi título valió el sufrimiento de estos azotes! ¡Ya veremos! Pero os pido que os encarguéis de que Odón no viva mucho para regodearse en su triunfo.



En 1209 fue atacada la ciudad de Béziers. Tras una corta batalla, la ciudad fue tomada y todos sus habitantes —15.000 en total— fueron masacrados en una orgía de terror, saqueos y violaciones. Aquellos actos de barbarie sin sentido se convirtieron en la norma del ejército cruzado. En medio de aquel baño de sangre, cuando inquirieron al fanático abad y representante del Papa, Arnaldo Amaury, cómo distinguir entre un cátaro y un fiel a Roma, éste contestó: «Matadlos a todos. Dios reconocerá a los Suyos».

La siguiente ciudad en convertirse en blanco de los cruzados fue Carcasona. El vizconde Raimundo

Roger, con un ejército mucho más reducido pero más disciplinado y motivado, logró rechazar las fuerzas cruzadas que habían sitiado sus murallas. Al cabo de unas semanas, las provisiones comenzaron a agotarse. El joven vizconde aprovechó el ofrecimiento de alto el fuego por parte de los cruzados para debatir las condiciones de una tregua.

Raimundo Roger y una pequeña delegación salieron a caballo bajo una bandera blanca para negociar. Quedaron perplejos al enterarse de que las condiciones ofrecidas por los cruzados consistían en la rendición incondicional a cambio de la cual se respetaría la vida de los habitantes de la ciudad. Aun después de aceptar unas condiciones tan gravosas, y pese a estar bajo bandera de tregua, el joven vizconde fue traicionado. Haciendo caso omiso de los principios más elementales de la caballería y el protocolo diplomático, fue encadenado y arrojado a un calabozo, donde languideció muchos meses hasta morir, algunos dicen que por envenenamiento. Contaba apenas veinticuatro años.

Carcasona se rindió. Por piedad —poco característica— de los invasores se libró del terror a que fue sometida Béziers. En los años subsiguientes, aquel mismo terror se desataría sobre innumerables pueblos y ciudades del mediodía francés.

Pronto, concluyó el período de cuarenta días y muchos cruzados retornaron a sus ciudades para esperar la siguiente convocatoria a las armas. A Simón de Montfort se le concedió el vizcondado de Béziers y Carcasona. Él y los soldados que permanecieron con él se enfrascaron en una larga guerra contra la nobleza de la zona, que había permitido prosperar a los albigenses en sus tierras. Aunque no todos los sureños eran cátaros, los unía el desprecio que sentían por lo invasores del norte. Así, los ciudadanos fortificaron sus pueblos y castillos, y muchos empuñaron las armas para combatir junto a sus nobles en defensa de los cátaros.

XVI. EL PLAN

Caía la tarde cuando los cuatro jinetes, envueltos en gruesas capas para resguardarse del frío, entraron por las puertas de la turbulenta ciudad de Tolosa. Los guardias de la puerta se disponían a bajar el rastrillo hasta el amanecer, por lo cual les prestaron escasa atención.

Atravesaron a medio galope la desierta plaza del mercado y emprendieron camino por la callejuela que Malcolm había tomado el día que llegó a la ciudad. Pensaba en todo lo que había sucedido desde aquel día. Enseguida llegaron a la posada de Marcel y Lisette.

Malcolm recordó cuánto se había alegrado al entrar al patio abierto de aquella posada. Esta vez ninguna luz proveniente del fogón abierto les daba la bienvenida. Por el contrario, la posada se veía oscura y melancólica.

Malcolm y Guillaume intercambiaron miradas de inquietud. El escocés desmontó y se dirigió a la puerta. Al acercarse, vio un pergamino clavado en ella. Era una proclamación en la que se dejaba constancia de que el propietario de aquella posada, un tal Marcel, y su hermana, Lisette, habían sido prendidos por herejes junto a varios otros partidarios de la descaminada

secta cántara. Serían sometidos a juicio antes las autoridades eclesiásticas y seculares dos días después.

Malcolm arrancó el documento de la puerta y lo arrugó.

En ese momento una silueta emergió de las sombras. Malcolm giró rápidamente. Guillaume y los demás también la habían visto.

—¡Alto! —dijo Malcolm.

—¡Malcolm! ¡Eres tú! —pronunció una voz que les era familiar.

—¡Esmeralda! —dijeron a dúo Malcolm y Guillaume.

Al acercarse la gitana, la luz de la luna le alumbró el rostro.

—¡Mi amada Esmeralda! —exclamó Guillaume—. ¿Qué haces aquí? —dijo desmontando raudo y acercándose presurosamente a ella.

—¡Guillaume, se los han llevado! —exclamó Esmeralda dejándose caer en los brazos abiertos del francés. ¡Se los llevaron! ¡Se los llevaron! Los soldados de tu tío han detenido a Antón y a los demás. Estaban todos en la panadería de Fernand. Se los llevaron a las mazmorras del castillo de tu tío.

—Tenemos que sacarlos enseguida —dijo el escocés a Guillaume.

—Por descontado —respondió el francés—. Pero Esmeralda, ¿cómo es que todavía estás aquí? ¡Pensé que te habías marchado!

Una lágrima le corrió por la mejilla a la gitana.

—Así fue. Pero con cada legua que nos alejábamos de aquí se me desgarraba el corazón. Llegó un momento en que no pude soportarlo más. Mi padre percibió mi angustia y finalmente me puso en manos de unos mercaderes que venían hacia el norte. Los acompañé y llegué ayer, justo cuando se produjo el incidente en la tahona. Vi que se llevaban a mi amado maestro, Antón, junto con Marcel, Lisette y los demás. Pero sabía que vendrías. Dios me lo dijo. Su voz me

decía que llegarías pronto, que te esperara. Así que me escondí en los establos de atrás de la posada. El anciano todavía está adentro, pero no se percató de mi presencia.

—Al oír el ruido de los caballos en el empedrado aquí adelante —continuó su relato—, me aventuré a venir. Primero pensé que podía tratarse de los hombres del obispo o de los soldados del conde, ya que no los reconocí porque iban embozados en sus capas. Hasta que te vi arrancar el decreto de la puerta no me decidí a salir con la esperanza de que fueseis amigos.

—Ven, amor mío —dijo Guillaume—. Estás temblando. No te quedes afuera.

—¡Pero esta casa no es segura! —insistió Esméralda.

—Sabemos que los soldados han prendido a los dos que buscaban aquí, de modo que no es muy probable que regresen. Eso le otorga a esta casa más seguridad que a muchas otras en este momento. Malcolm, a ver si logras encontrar al padre de Marcel.

Malcolm y Hamish se dirigieron al fondo de la posada, por donde entraron y encontraron al anciano. Después de algún tiempo y de considerables esfuerzos, lograron despertarlo de su profundo sueño. Al comienzo, la senilidad le impidió comprender cabalmente la gravedad de lo que les había sucedido a sus hijos. Pero luego de explicarle pacientemente la situación, captó la seriedad de ella y accedió a que todos se alojaran allí, tras lo cual se retiró a su aposento.

A lo largo de los años, Hamish y Dougal había aprendido a cocinar con originalidad y preparar platos comibles —e incluso sabrosos— valiéndose de los ingredientes que tuvieran a su disposición. Ambos revisaron la cocina. Aunque no había sido reabastecida desde la detención de Marcel y Lisette dos días atrás, se las ingeniaron para preparar una comida que el hambriento grupo encontrara pasable. Después de comer, los cinco se sentaron en torno a

la mesa tratando de formular un plan para rescatar a sus amigos.

—¡Es muy sencillo! —arguyó Malcolm—. Si están en el mismo calabozo en que estuve yo, utilizaremos los pasillos secretos.

—Solo hay un calabozo que da a los pasadizos secretos. Si no están en ese, estamos perdidos.

—Pues tendremos que correr el riesgo y dar por sentado en efecto están en ese —insistió el escocés.

—¡Sí, pero ese es solo el primer paso! —dijo Hamish—. Tenemos un pasadizo secreto para entrar al calabozo. Eso es fácil. Pero, ¿qué haremos una vez allí? ¿Cómo vamos a sacarlos de la ciudad?

—Malcolm, como bien sabéis, hay muchos pasadizos —dijo Guillaume—. Uno de ellos lleva a una entrada oculta en uno de los muros del castillo. Lamentablemente, no nos conducirá afuera de los muros de la ciudad. Tendremos que hacerlo de tal forma que nuestra huida coincida con la apertura de las puertas de la ciudad. Me parece que a partir de ahí lo único que podemos hacer es darnos a la fuga lo más rápido que podamos. Podríamos salir por la puerta norte a través del distrito llamado Bourg, donde viven muchos simpatizantes de los cátaros.

—¿Y que haremos una vez que hayamos salido de la ciudad? ¿A dónde vamos entonces? —preguntó Dougal.

—No lo sé —respondió Guillaume—. No lo sé. Todo lo que sé es que ya no quiero más guerra, desde luego no esta guerra y menos aún en este momento.

—En ese caso —dijo Hamish percibiendo la angustia del joven francés pero queriendo a la vez volver al tema del plan—, necesitaremos más caballos. No podemos llevarnos a todos en los nuestros. ¿Y qué haremos con los demás que están en la celda con ellos? ¡No podremos llevarnos a todos!

—¡Me atrevo a aventurar que no todos querrán ir con nosotros! —acotó Guillaume mirando a Hamish

y Dougal—. Sus familias y parientes viven aquí. Probablemente tratarán de ocultarse en casa de algún familiar y esperar que no los encuentren. En cuanto a los caballos, me parece que lo mejor será dejarlo en manos de unos pillos como vosotros dos.

—Tendremos que planearlo bien —interrumpió Malcolm—. Habrá que calcular exactamente cuánto tiempo nos llevará sacar a esa gente del calabozo y de la ciudad antes que alguien caiga en la cuenta.

—Tendremos que hacerlo justo antes de la madrugada —interpuso Guillaume—. Habrá cambio de guardia tanto en la mazmorra como en las puertas de la ciudad aproximadamente a esa hora. Justo antes del cambio, los guardias hacen la última ronda para verificar si todo está en orden. Pasará algún tiempo antes que la guardia entrante haga una nueva ronda para revisar los calabozos. Los guardias estarán abriendo las puertas de la ciudad y preparándose para dejar entrar a los labradores con sus mercaderías, de modo que prestarán más atención a la gente que entra que a la que sale.

—Guillaume, ¿estás seguro de quieres llevar adelante este plan? —dijo Esmeralda trayendo a colación un aspecto que hasta entonces los demás habían querido evitar—. Hacerlo significa renunciar a tu heredad. Se te considerará un traidor por oponerte a los deseos de tu tío.

—Ya no tengo tío —espetó Guillaume—. Confiaba en él, y aun cuando intuía que no debía, lo hice de todos modos. Ahora me doy cuenta de que para él no fue más que una gran maniobra con vistas a mantener su posición. No tiene la integridad ni el valor para defender la verdad. Se rindió por interés. No quiero terminar igual que él. No. Aunque no posea un solo centavo, prefiero ser un vagabundo a quedarme aquí.

—Pero no se trata solamente de tu tío —añadió Esmeralda—. ¡También están de por medio tu padre, tu madre y el prestigio y poder con que te criaste!

Guillaume se encogió de hombros.

—Tal vez pueda volver al cabo de un tiempo —dijo dejando la frase en suspenso. Y añadió en tono más contundente—: Mi corazón está contigo y con Lisette, Marcel y los otros cátaros. Si me quedo, me veré obligado a luchar contra ellos, y no puedo hacer eso, de modo que me iré a otra parte, a algún sitio donde no tenga que lidiar con estos dilemas.

—Pues quizás podría venirnos bien un poco de influencia francesa en la corte de MacAlpin —dijo Dougal. Malcolm y Hamish refrendaron la invitación.

—Os lo agradezco —dijo Guillaume—. Sería un honor.

—¿Qué dices, hermanito? —dijo Hamish a Malcolm—. ¿Crees que después de esto tal vez te decidas a volver a casa? —Malcolm miró hacia el techo.

—No veo mucho futuro para mí aquí. Desde luego que tendré que contar con el consentimiento de mi hermosa doncella. Y ahora mismo no estoy en situación de pedírselo.

—Ahí es donde entramos a tallar nosotros —dijo Dougal—. Nos encargaremos de ponerte en posición.

—Si salimos de esto enteros y encontramos la forma de llegar a casa, iré con gusto —dijo Malcolm—. Pero ya es bastante salir del castillo e incluso de la ciudad. Como bien sabéis, la única ciudad donde vamos a encontrar un barco que vaya a Escocia es Gante. Y está bien al norte, en Flandes. ¡Para llegar hasta allí tendremos que viajar todo el camino por territorio enemigo!

—No puedo ocuparme de más de una cosa a la vez —dijo Hamish—. La cabeza no me da para tratar de organizarlo todo. El que bien empieza bien acaba, digo yo. No podemos prever todos los detalles. Si Dios está de nuestra parte —y ruego que lo esté—, no tenemos nada que temer.

—Conviene que nos retiremos a descansar —dijo

Guillaume—. Tendremos que madrugar, y mañana no habrá ocasión de hacerlo.

Los otros tres hombres asintieron y se retiraron a diversas habitaciones de la desocupada posada. Guillaume y Esmeralda permanecieron algún tiempo sentados en silencio mirándose el uno al otro. Finalmente Guillaume habló.

—Te amo más que a nada en el mundo —susurró—. Moriría por ti esta noche sin pestañear. He estado con las más nobles damas, y ninguna se puede comparar contigo. No sé por qué te confieso esto, pero creo que debo descubrirte mi corazón y mi alma. Hermosa Esmeralda, mi amor por ti es inconmensurable. Casar contigo es el más caro de mis anhelos.

—¡Eso es impensable! —dijo Esmeralda—. Tú eres de sangre noble y yo una proscrita. Jamás podría ser tu desposada ni concebirte hijos.

—¡Pero sí que podríamos si huyéramos adonde nadie supiera quiénes somos! —insistió Guillaume—. He cavilado hondamente sobre este asunto, y eso es lo que debemos hacer. La noche en que me enteré de que mi tío tenía en más estima su posición y su poder que la verdad y la justicia comprendí que fuera como fuese yo tendría que asumir una postura. Allí sentado en la oscuridad, rogué a Dios con toda el alma para que me diera una señal. Sabía que a pocos metros de allí Malcolm también sufría una gran angustia. Al mirar en dirección a donde estaba él, vi un resplandor sobrenatural. Irradiaba hermosos tonos de azul y oro. Quise levantarme y gritar a los demás: «¡Mirad!» Pero no podía. Me quedé inmóvil con la vista fija en aquello.

—Luego —prosiguió—, en el centro de aquel resplandor divisé la silueta de un hombre... Un hombre alto y fuerte con los brazos extendidos. El azul y el oro ondulaban como si él batiera unas alas. En aquel momento comprendí que esa era mi señal, que Dios estaba con Malcolm y con aquellos a quienes ama-

ba. Ya no me quedó duda de lo que debía hacer. Mi lealtad debía ser para con los oprimidos, los débiles y los indefensos, no con mi veleidoso y opulento tío. Aquella noche le dije a Dios que sería su siervo y que si había de volver a alzar la espada, sería para defender a quienes no pueden hacerlo por sí mismos.

—Después de eso —continuó con tono más tierno—, mis pensamientos se volvieron hacia ti y en mi corazón oí las siguientes palabras: «No temas tomarla por esposa, pues es perla de gran precio». Contesté: «Padre mío, ¡se ha ido lejos! ¡Jamás volveré a verla!» La voz volvió a resonar en mi corazón, y dijo: «Yo hago realidad lo imposible».

—Esta noche, al oír tu voz y verte emerger de las sombras, ¡casi me caigo del caballo! —siguió Guillaume—. Eso también me fue por señal. Comprendí que Dios lo haría todo realidad, tal como me había dicho. De modo que este día te ruego que seas mi esposa, que seas la madre de mis hijos. Seré para ti un fiel y devoto marido y protector.

Esmeralda no podía contener las lágrimas. Lloró, luego rompió a reír, y después volvió a llorar. Al cabo de un rato, cuando hubo recobrado un atisbo de compostura, miró al joven noble a los ojos y susurró:

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Claro que sí!

En ese momento los dos se abrazaron con fuerza. Se besaron durante lo que pareció una eternidad. Al principio, con timidez y suavidad, como suelen hacerlo quienes acaban de declararse su amor. Paulatinamente, las pasiones se encendieron y sus besos se volvieron más ardientes. Por último, Guillaume la alzó en sus brazos y la llevó arriba.

Mientras, Malcolm contemplaba fijamente el cielo raso acostado en su lecho. Él también recordaba la noche en que se había apartado de la fogata para rezar. Al igual que Guillaume, sabía que había sucedido algo sobrenatural y portentoso. No lo había visto, pero había sentido una paz sobrenatural y una fortaleza que

no lograba explicar. Recordó cómo de golpe se había desvanecido la confusión que lo abrumaba.

Aquella era una tierra moribunda. Estaba condenada. Sabía que su misión allí había concluido. Solo le quedaba una cosa por hacer: rescatar a Lisette y huir de la región, que pronto sería asolada por la guerra y la destrucción. Fugarse con la luz de la verdad que había descubierto y con el amor de su vida. ¡A su tierra, a Escocia! Y una vez allí, a difundir entre los suyos la inefable verdad de la fe que había abrazado hace tan poco. Rezó:

—Dios mío, bendice la misión que habremos de emprender mañana. ¡Fortalece mis manos! ¡Afirma mi resolución! Ayúdame este día a ser instrumento de liberación para quienes amo. Están en manos de perseguidores mucho más poderosos que yo. Da fuerza a mi brazo, pues sé que únicamente por Tu poder habré de alcanzar el éxito en la misión que tengo por delante. Dame descanso y paz interior, pues mañana habremos de cumplir nuestro cometido de liberar a nuestros seres queridos, y si no, amado Jesús, me habrás de acoger en Tus brazos. Concédeme mañana el triunfo, o moriré en el intento.

LOS PERFECTOS

XVII. LA FUGA

Marcel se despertó de un sueño irregular al oír un fuerte sonido metálico. Alguien abría el postigo de la celosía que hacía de mirilla. Por unos instantes la abertura se vio alumbrada por una antorcha. Una fugaz rayo de luz iluminó el calabozo mientras el carcelero miraba desde el otro lado.

Satisfecho de que sus presos todavía estuvieran allí, cerró el postigo de un golpe. El calabozo volvió a quedar sumido en las tinieblas.

Lisette se despertó asustada al oír aquel segundo ruido.

—¡Shhh! Calma, hermana —susurró Marcel—. Solo fue el carcelero que vino otra vez a echarnos un vistazo.

Desde que habían entrado al calabozo, habían perdido toda noción del tiempo. No había ventana que les diera algún indicio de que fuera de día o de noche. Marcel trató de calcular cuánto tiempo llevaban allí contando las veces que los guardias se habían presentado a verificar que todo estaba en orden. Estimó que habían pasado algo más de dos días, pero no era más que una conjetura.

No les habían dado nada de comer desde que los había metido en la mazmorra. La mujer herida había

muerto tranquilamente unas horas antes. Antón había estado todo ese tiempo sentado junto a ella. Rezaba por ella y le hablaba palabras tranquilizadoras mientras la tenía tomada de la mano. No tenían nada con que calmarle el dolor que debía de estar sufriendo, pero por algún extraño motivo, poco después que los había encerrado, un manto de paz había caído sobre ella. Era como si una mano divina le hubiera suministrado una pócima para aliviar su sufrimiento.

Antón había infundido fuerzas no solamente a la mujer, sino a todos los que estaban en el calabozo. Luego de unas leves reprensiones, Fernand el panadero había dejado de acusar a Ana de haber conducido a los soldados del conde a la reunión, y ambos se reconciliaron.

En total eran menos de una docena los que estaba en aquella celda. Dado que no había luz, la única forma en que cada uno podía saber dónde estaban los demás era por el sonido de su voz y por medio del tacto. Al comienzo a todos les pareció que había sido arrojado a un abismo tenebroso, pero en poco tiempo los invadió una paz y serenidad que los ayudó a trascender el horror de las circunstancias en que se encontraban. Todos sabían solo podría haber proveni-do de Dios. Por momentos algunos habían empezado a caer en la desesperación o el llanto. Pero se animaban unos a otros y aun en la insufrible situación en que se hallaban habían conseguido elevar frecuentes plegarias y entonar cantos de gratitud.

Inesperadamente, los oídos de Marcel captaron otro sonido. El ruido de granito que raspaba contra granito. Fernand soltó un grito.

—¡El muro se mueve detrás de mí!

—¡Moveos! ¡Apartaos! —decía una voz en murmullos a través del muro.

—¡No me apartaré hasta saber si venís en son de paz! —replicó Fernand.

—Fernand, os ruego que os mováis —dijo Antón

desde las tinieblas—. Estoy seguro que si fueran enemigos no habrían venido por ahí.

Fernand se retiró del muro a gatas y enseguida se abrió la puerta de granito que constituía la entrada secreta al calabozo desde los pasadizos.

De golpe la luz centelleante de una antorcha invadió el recinto cegando momentáneamente a los presentes.

Al cabo de un momento de perplejo silencio, el calabozo se tornó se conmocionó.

—¡Shhh! ¡Silencio! —rogó Malcolm.

Lisette reconoció de inmediato la voz del escocés. Sus pupilas aún no se habían adaptado a la luz lo suficiente como para reconocer la figura que se había hecho presente entre ellos, pero reconocía aquella voz. De no haberle ahogado Marcel la voz tapándole rápidamente la boca, habría gritado su nombre a los cuatro vientos.

—¡Shhh! —volvió a decir Malcolm—. Si hacemos mucho ruido alertaremos a los guardias!

—¡Malcolm! —clamó Lisette en un susurro contenido—. ¡Sabía que vendrías!

—¡No podía dejarte aquí! —dijo Malcolm—. ¡Escuchadme todos! Tenemos que escapar rápidamente. Pronto vendrán para llevaros a juicio. Salgamos antes que se advierta vuestra presencia.

Para entonces, Guillaume también había entrado al recinto y empezado a conducir presurosamente a los ocupantes al pasadizo secreto.

Antón se detuvo un momento para mirar a la pobre mujer que había muerto y yacía en un rincón del recinto. Luego, él también salió raudo del calabozo.

Guillaume iba delante; Malcolm, en la retaguardia junto con Lisette y Marcel. Una vez que todos hubieron salido del recinto, tomó el anillo de hierro empotrado en la puerta secreta y tiró de él hasta cerrarla.

—La sorpresa que se va a llevar el carcelero cuando venga a buscaros —dijo Malcolm a Marcel.

—Ojalá se lleve tal susto que le aflojen las entrañas —dijo Marcel.

—Eso agravará el hedor de esa ratonera.

Los dos sonrieron.

—No tenemos mucho tiempo para jocosidades —dijo Malcolm estrechando rápidamente a Marcel. No nos perdamos de vista de los otros. Os hemos sacado de ese calabozo, pero aún nos queda mucho que recorrer antes de ponernos todos a salvo.

Los tres apresuraron el paso y dieron alcance a los demás.

Lisette y Malcolm apenas pudieron intercambiar unas palabras.

—Tendremos mucho tiempo para hablar más tarde —le dijo Malcolm—. Aún tenemos muchos peligros que afrontar en este día.

Luego de un sinnúmero de virajes, Guillaume se detuvo.

—La salida es por aquí —dijo—. ¡Malcolm! ¡Marcel! Ayudadme a empujar.

Guillaume y Malcolm había entrado por allí un rato antes y Hamish y Dougal habían cerrado la entrada detrás de ellos no fuera que alguien la descubriera por casualidad y diera la voz de alarma.

La puerta de granito cedió y el grupo que estaba en el pasadizo secreto salió en fila india al fresco aire de la mañana.

—¡Ah, ahí estáis, y justo a tiempo! —dijo Hamish.

—¡Hamish! ¡Dougal! —exclamó Lisette al salir del túnel—. ¡Que Dios os bendiga!

—¡Así sea! ¡Y la verdad es que ya lo ha hecho! ¡Nos ha bendecido con una preciosa cuñada!

Lisette se ruborizó y echó una mirada a Malcolm.

—Los caballos están a la vuelta de la esquina. Había varios mercaderes y caballeros hospedándose en una posada cerca de aquí, que fueron tan generosos de permitirnos el uso de sus estupendos caballos.

—¿Se los pedisteis? —preguntó Malcolm socarronamente.

—Esto... ¡No tuvimos tiempo para eso, hermano! —dijo Dougal—. Además, habríamos tenido que des-pertarlos, y no habría sido muy cortés de nuestra parte, ¿no te parece?

Antón, mientras tanto, hablaba con varios de los otros fugados.

—¡Daos prisa, hermano Antón! ¡Huyamos! —dijo Marcel.

—Cuando Dios lo disponga —replicó Antón. Luego volviéndose hacia Guillaume, dijo—: Habéis arriesgado la vida para rescatarnos, noble señor. Permitidnos que os ayudemos. Si huís con todos nosotros, aminorará vuestra marcha. Los demás somos de aquí; lograremos perdernos de vista en la ciudad. Tenemos muchos simpatizantes en Bourg. Llevaos a Marcel y Lisette. Nos encargaremos de que su padre esté bien atendido.

—¡Antón, debéis venir con nosotros! —dijo Marcel—. ¡Es a vos a quien más buscan!

—Si el pastor huye, las ovejas se dispersarán —respondió Antón—. No; me quedaré aquí con mi rebaño. No temáis. Les dificultaré sobremanera la tarea de encontrarme.

—¡Vamos! ¡Es hora de irnos! —dijo Hamish, que acababa de traer los caballos.

Una pequeña silueta caminaba en su enorme sombra.

—¡Esmeralda! —exclamó Lisette—. ¿Qué haces aquí?

—Es algo largo de contar, y no tenemos tiempo ahora —respondió la gitana—. Mejor lo dejamos para cuando estemos lejos de aquí.

—¡Malcolm, apenas si ha montado alguna vez! —dijo Lisette con tono de preocupación.

—Entonces montarás conmigo —replicó el escocés.

Malcolm ya había montado su caballo. Se agachó y con un brazo alzó a Lisette.

—¿Y tú, Marcel? —preguntó.

—¡Creo que tengo bastante experiencia! —dijo mientras montaba un corpulento ruano castrado.

—¡Tremendo caballo el que montas! —dijo Malcolm jocosamente.

Hamish y Dougal ya estaban montados en sus cabalgaduras. Esmeralda también había montado y la velocidad y destreza con que dirigía la asustadiza yegua ponían de manifiesto que no le faltaba experiencia ecuestre.

—¡Vámonos! —dijo Guillaume. Los caballos partieron a medio galope por las calles desiertas.

Los demás rescatados se escabulleron en diversas direcciones. Conocían bien la ciudad, de modo que enseguida desaparecieron por el laberinto de callejuelas. Antón se detuvo a la entrada de una de aquellas callejas y, dándose la vuelta, levantó una mano para despedirse de sus amigos, que para entonces se perdían de vista rápidamente.

—Que Dios os acompañe y os conceda todos vuestros deseos —susurró. Luego, agitando su capa, se desvaneció.

Guillaume sabía que podían dar la alarma en cualquier momento, pero no queriendo levantar sospechas, decidió prudentemente no arrancar a galope tendido a través de la ciudad. Mantuvo el caballo a un trote ligero. Los otros le seguían de cerca.

La gente de la comarca comenzaba a salir de sus casas, y aunque no era raro ver jinetes a esa hora, algunos los miraban con una expresión de curiosidad que no parecía del todo normal, o por lo menos eso les pareció a ellos.

Luego de hacer varios virajes más en el camino, divisaron la puerta norte. Había bastante movimiento allí, pues en ese momento entraban los labradores en sus carretas portando toda suerte de verduras y

otros alimentos.

Varios de los guardias que custodiaban la puerta estaban reunidos en un pequeño círculo conversando entre ellos, mientras uno o dos más inspeccionaban a los labradores que entraban.

Guillaume respiró hondo y se dirigió hacia la puerta a un trote lento. Por dentro se sentía impulsado a espolear su caballo, pero se abstuvo. Calándose el sombrero de felpa para cubrirse un poco el rostro, aminoró la marcha hasta un paso cansino mientras pasaba junto a los guardias y salía por la puerta.

—¡Buenos días! —dijo ásperamente tratando de disimular su voz.

Uno de los guardias resopló una respuesta.

Guillaume había franqueado la puerta y Esmeralda iba justo detrás de él. La seguía Marcel y luego Malcolm y Lisette. Hamish y Dougal venían en la retaguardia. Todo había ido casi demasiado bien hasta ese momento.

Justo cuando Hamish y Dougal pasaban bajo del rastrillo levantado, comenzó a sonar una campana de alarma. El toque fue respondido por otros repiques en diversos sectores de la ciudad. Los guardias salieron rápidamente de su abstracción y comenzaron a dar voces a unos y otros.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! ¡Tenemos que cerrar las puertas! ¡Abajo el rastrillo!

Hamish abrió las piernas y las apretó fuertemente contra los costados del caballo clavándole las espuelas. De inmediato, el animal reaccionó y emprendió un galope tendido.

Los otros jinetes le siguieron y salieron también al galope.

Para quienes estaban acostumbrados a montar a caballo, aquello no era difícil, pero para Marcel, cuya experiencia ecuestre era mínima, dominar a aquel vigoroso animal estaba por encima su capacidad. El caballo se encabritó varias veces.

Para entonces, los guardias, al percatarse de que los jinetes posiblemente tenía algo que ver con las campanadas de alarma, comenzaron a gritarles que se detuvieran.

Marcel procuraba valientemente dominar el corcel, pero este, nervioso por las campanas y la conmoción y no conociendo a su jinete, seguía encabritándose y dando vueltas en círculos. Unos de los guardas salió corriendo para tratar de asirlo por las riendas y voltear al jinete. Pero justo a tiempo, el caballo giró y salió disparado tras los otros. Marcel se aferraba a él con el alma y la vida.

Enseguida empezaron a volar flechas a su alrededor, pues los guardias apostados en los muros de arriba de la puerta abrieron fuego. Para entonces los demás estaban fuera de su alcance, pero durante varios minutos, Marcel estaba en gran riesgo a tiro de los arqueros.

Briosamente, espoleaba su caballo mientras rogaba para no caerse ni perder los estribos.

Hamish y Dougal vieron lo que sucedía y frenaron sus corceles. Con una sola mirada que intercambiaron, sabían instintivamente lo que debían hacer. El caballo de Marcel se había salido del camino y arrancado a galope a campo traviesa.

Los escoceses espolearon sus caballos para tratar de darle alcance.

Tras una larga persecución en la que tuvieron que saltar varias cercas, finalmente lograron ponerse paralelos al caballo de Marcel. Galopando uno a cada lado con un brazo extendido, lograron tomar las riendas y frenarlo.

Marcel temblaba.

—Gracias, caballeros —les dijo.

—No hay de qué —dijo Hamish—. ¡Cómo nos habéis hecho correr, amigo! Rápido, tenemos que alcanzar a los otros. Tomad. Asid las riendas más firmemente y quedaos cerca de nosotros. ¡Enseguida vendrán tras

nosotros! No hay tiempo para darte clases de equitación ahora. Tendréis que aprender sobre la marcha.

Con el caballo más dominado, los tres salieron al galope para unirse a los demás. Mientras se dirigían de vuelta al camino, Hamish miró hacia atrás y vio que una tropa de jinetes salía por la misma puerta por donde habían escapado ellos.

—¡Dios mío! —exclamó Hamish—. ¡Todo iba tan bien! ¡Ya viene la guardia por nosotros!

Después de cruzar unos campos, volvieron al camino. Delante de ellos, divisaban el polvo que levantaban los caballos de sus compañeros. El plan había sido viajar hacia el noroeste, en dirección a las tierras de Anjou, que nominalmente se encontraban en poder del rey Juan de Inglaterra. Se propusieron cabalgar tanto como pudieran el primer día, e incluso seguir camino en medio de la noche, de ser posible. Su destino inicial era el Macizo Central, donde esperaban despistar a sus perseguidores ocultándose en los numerosos valles de aquella zona.

—Al menos tenemos una pequeña ventaja —dijo Malcolm a Lisette—. Agárrate fuerte a la crin del caballo.

—¡Eso hago! ¡Con todas mis fuerzas! —exclamó Lisette—. Pero ¿dónde está Marcel?

—¡No te preocupes por él! —gritó Malcolm haciéndose oír por encima del martilleo de las patas del equino en el rústico camino—. Hamish y Dougal cuidarán de él. Tenemos que cabalgar a toda marcha y lo más lejos que podamos. Como este caballo carga más peso, se cansará más rápido que los otros. Debemos distanciarnos lo más posible de Tolosa.

—Malcolm —dijo Lisette.

—¿Qué? —inquirió el escocés retóricamente.

—Gracias por rescatarme.

—Es lo mejor que he hecho en toda la vida —dijo Malcolm—. ¡Pero agárrate que nos aguardan pruebas difíciles!

LOS PERFECTOS

XVIII. LA FORTALEZA DE MARTÍN

La cabalgada había sido ardua y larga. Habían tenido que cruzar dos ríos; primero el Tarn, en las afueras del pueblo de Montauban, y luego el Aveyrón. Se encontraban en las cercanías de Caussade. Del otro lado del pueblo se alzan las faldas del Macizo Central. Allí esperaba encontrar un refugio temporal donde planificar el resto de su arriesgado viaje.

Por algún motivo, los jinetes que los persiguieron desde Tolosa abandonaron la persecución al cabo de una hora y retornado a la ciudad. Tal vez no estaban preparados para una persecución sostenida en aquel momento. Cualquiera que fuera la causa por la habían regresado, el grupo de fugitivos se sintió aliviado de poder aminorar la marcha y conservar sus propias energías y las de sus caballos.

Al acercarse al pueblo, fueron recibidos por el mayordomo de un noble del lugar llamado Martín —reconocido por sus obras de caridad y su hospitalidad—, quien los invitó a descansar en los aposentos para visitantes de su pequeña fortaleza.

Su bella hija Hilda se había hecho dos trenzas con su larga cabellera rubia, las cuales había recogido en sendos moños a los lados de la cabeza. Se desvivía por atenderlos. Su padre era un conocido cátaros, al

igual que toda su familia. Se había ganado una reputación sin igual en la zona a causa de su piedad, caridad y buenas obras. Aunque era de sangre azul, él y su familia vestían con sencillez. Muchas veces resultaba difícil distinguir entre ellos y sus sirvientes, pues parecían pertenecer todos a una gran familia y se trataban con gran consideración y respeto.

—Venid y descansad con nosotros un tiempo —les dijo Martín—. Se nota que habéis cabalgado largo trecho y ha sido agotador. Reposad y recobrad fuerzas antes de proseguir vuestro camino. Sois bienvenidos a la hospitalidad de mi mesa por el tiempo que queráis.

—Es muy cortés de vuestra parte que nos hayáis ofrecido vuestra hospitalidad, monsieur —dijo Guillaume—. Mis compañeros y yo os estamos profundamente agradecidos.

—Vuestro semblante me resulta familiar —dijo Martín a Guillaume mirándolo fijamente—. ¿Por casualidad no estáis emparentado con Raimundo, conde de nuestra región?

—Sois muy observador —dijo Guillaume—. En efecto, soy su sobrino. Me parece que os conocí una vez hace muchos años en una reunión de la nobleza en Tolosa. No sois visitante asiduo de nuestra corte.

—Cierto es lo que decís, joven —respondió Martín—. No hallo gran placer en la compañía de otros nobles, pues mis inclinaciones son sencillas, así como mi vida y la de mi familia. Aunque gozo de esta vida, mis esperanzas están puestas en la otra. Así, procuro cumplir los mandamientos de mi Dios: amar al prójimo como a mí mismo, manifestarle caridad y brindarle hospitalidad. Y a contentarme con tener alimento y vestido. No soy hoy hombre marcial como veo que sois vos y vuestros compañeros. Me empeño, más bien en seguir los caminos de Cristo en su forma perfecta. Debéis saber que mis simpatías, e incluso mi parte, está con los albigenses y su pureza y santidad, y no

con la Iglesia, que reclama dominio sobre mi alma. Solo anhelo que me dejen vivir en paz, mas cuando se presentan forasteros les ofrezco mi hospitalidad.

—Bien dicho, monsieur —dijo Guillaume—. Yo también estoy con los cátaros, aunque tal vez mis creencias personales difieran ligeramente de las vuestras. Pese a ello, acepto con gratitud vuestra hospitalidad. Sabed que tanto yo como mis compañeros os respetaremos a vos y a vuestras creencias. Permitidme que os presente a mis acompañantes: Este es Malcolm MacAlpin, oriundo de Escocia, que hasta hace poco estuvo al servicio de mi tío en la batalla contra los invasores. Estos son sus hermanos Hamish y Dougal, hombres íntegros y honorables, que también estuvieron consagrados a la causa de mi tío hasta que él dio la espalda a su pueblo para salvar el pellejo. Y estos son Marcel y su hermana Lisette, cátaros de Tolosa y seguidores de Antón el sastre, que se ha ganado cierto renombre y del cual habréis oído hablar. Esta es Esmeralda, mi prometida. También es discípula de Antón.

—Sí, he oído hablar del tal Antón —dijo Martín—. Es muy respetado aquí en mi casa. Vos y vuestros compañeros son bienvenidos. De tanto en tanto, os toparéis con otros visitantes aquí. Al presente hay uno que dice ser viajero, aunque no dijo a qué se dedica. Pero me temo que no simpatiza con nuestra causa, de modo que os prevengo para que habléis en voz baja entre vosotros. Mantengo mis puertas abiertas a todos sin discriminación, de modo que aunque ese hombre no me agrada mucho, no puedo rehusarle mi hospitalidad. Pero os advierto que os cuidéis de él.

—Gracias —dijo Guillaume—. Tomaremos los recaudos del caso. Pero, ¿cómo lo reconoceré?

—Tiene una gran cicatriz en la mejilla —respondió Martín.

A Esmeralda se le cortó la respiración. Malcolm y Guillaume intercambiaron rápidas miradas. ¿Sería

posible que fuera...?

—¿Dónde está ese hombre ahora? —preguntó Malcolm.

—Suele ausentarse durante el día, no sé lo que hace —replicó Martín—. Pero lo veréis a la hora de cenar. Siempre regresa para la comida—. Luego dirigiéndose a Malcolm, preguntó:

—¿No seréis vos el escocés que mató a Alberto de Aurillac en combate?

—Lo soy —confirmó Malcolm.

—Ya veo. Lo acontecido en aquel combate se ha difundido por muchos lugares, os lo aseguro —dijo Martín—. Me siento en la obligación de advertiros que las tierras de su primo Teobaldo, que según tengo entendido fue segundo de Alberto en aquella justa, están a solo tres leguas y media de aquí hacia el oriente. Aunque contáis con mi hospitalidad, os recomiendo, pues, que seáis prudentes y no prolonguéis mucho vuestra estancia, por vuestro propio bien. Ahora mi sirviente os escoltará a vuestros aposentos.



Desafortunadamente para nuestros héroes, antes que Martín los previniera de aquel peligro, su llegada había sido advertida por un jinete vestido de negro. Encaramado en lo alto de un precipicio desde donde se divisaba el pequeño castillo, Bernardo había observado con curiosidad la llegada del grupo de jinetes. Inicialmente no había reconocido a ninguno de ellos a causa de las capas y capuchas que vestían.

Pero al desmontar, una de las integrantes del grupo se había quitado la capucha y se había soltado el largo y rizado cabello negro. Aun a esa distancia, Bernardo tenía la certeza que se trataba de la mujer a la que le debía todos sus problemas, la que había visto bañándose en el río muchos meses atrás.

Contó rápidamente a los cinco hombres y dos mujeres que habían llegado montados en seis caballos. Sin duda que superaban ampliamente en número al

solitario Bernardo. No obstante, la expresión de sorna de su rostro enseguida se tornó en risa. ¡Había llegado la hora de vengarse! Giró su caballo y se dirigió al este, al castillo de Teobaldo, a donde acudiría también su antiguo amo, el obispo Odón, para un encuentro previamente convenido.

Caía la noche cuando Bernardo llegó al castillo de Teobaldo. Este y Odón ya estaban sentados a una mesa en el amplio salón. Una espléndida fogata ardía en el hogar a sus espaldas. Al trasponer la puerta Bernardo, las llamas pusieron de relieve la silueta de ambos hombres.

—Ilustrísima —dijo Bernardo respetuosamente al entrar.

—Ah, Bernardo, habéis llegado —dijo el obispo—. He estado conversando con Teobaldo sobre los planes para afianzar nuestro prestigio en el nuevo régimen que poco a poco se está estableciendo en nuestra bella tierra. Hemos jurado lealtad a Simón de Montfort. Sin duda que nos recompensará con las propiedades de esos malditos seguidores y simpatizantes de los cátaros.

—Ciertamente—dijo Bernardo—. Mas os traigo novedades interesantes.

—¿De qué se trata? —preguntó el obispo.

—Hoy espíe a un pequeño grupo de hombres y mujeres que llegaron al castillo de Martín de Caussade, gracias a cuya hospitalidad subsisto al presente. A una de ellas la reconocí casi enseguida. Entonces identifiqué a otros dos.

—Proseguid —dijo Odón impaciente—. Dejaos de misterios y decidnos quiénes son.

—Se trata nada menos que de monsieur Guillaume y ese maldito escocés, Malcolm, el verdugo de vuestro fallecido primo, monsieur Teobaldo. Estaban acompañados de aquella mujerzuela gitana que me hechizó y me causó tanta turbación y desventuras.

Odón y Teobaldo se dieron la vuelta a la vez y mi-

raron fijamente a Bernardo.

—¿Estáis seguro de que son ellos? —demandó Teobaldo.

—Lo estoy —replicó Bernardo—. Había otros cuatro con ellos. Dos sujetos muy corpulentos, un joven y otra muchacha a la que no identifiqué.

—Los dos corpulentos —dijo el obispo— son los hermanos del escocés. Se han ganado la reputación de ser formidables combatiendo. Causaron a nuestro señor Simón de Montfort grandes dificultades cuando estaban al servicio de nuestro voluble conde. Capturarlos sin duda aumentaría nuestro prestigio, ¿no creéis?

—Se la tengo jurada a ese escocés —gruñó Teobaldo—. Podremos capturar a los otros, pero su cabeza es mía.

—Como queráis —dijo Odón—. En cuanto a ese perro insolente de Guillaume, me ha causado muchas molestias. Hoy un mensajero de Tolosa me comunicó que unos albigenses que estaban encerrados en la mazmorra del conde se habían fugado misteriosamente. Se rumorea que el propio sobrino del conde tuvo algo que ver en el asunto, pues desde entonces no se lo ha visto por ninguna parte.

—Parece, pues —continuó el obispo con su discurso—, que se nos ha presentado ocasión de favorecer nuestra causa ocasionando al conde y su casa mayores desvelos por medio una nueva situación embarazosa. Cuando lleve a este advenedizo de regreso a Tolosa encadenado y demuestre que, en efecto, participó en esa conspiración, Raimundo no tendrá otra alternativa que pronunciar la sentencia de muerte sobre su amado sobrino. Ah, sí. ¡Eso me complacerá sobremanera! Además, que ese esbirro suyo de Gastón vea a supreciado hijo perder la cabeza bajo el hacha del verdugo me dará gran satisfacción, pues estoy empeñado a destruir al conde y a toda su familia.

—Permitidme sugerir entonces —dijo Bernardo—,

que partamos varias horas antes de la madrugada a fin de llegar al castillo de Martín de Caussade mientras nuestras incautas presas todavía duermen. Así quizás las podamos capturar sin derramamiento de sangre.

—Pero si hay derramamiento de sangre, que sea la de ellos —añadió Odón regodeándose.

—Reuniré la tropa —dijo Teobaldo— ¿Decís que en total son siete?

Bernardo asintió.

—Veinte soldados armados a caballo deberían de ser suficientes. Pero el escocés es mío. No tengo intenciones de que sea enviado a Tolosa. Seré yo quien idee y ejecute su muerte.

Dicho esto, Teobaldo abandonó el salón llamando a su mayordomo, y le encargó que reuniera a sus soldados y los tuviera listos antes de la madrugada.



Entre tanto, Malcolm, Guillaume y compañía disfrutaban de una buena comida a la mesa de Martín.

—El hombre de la cicatriz no ha venido —comentó Guillaume a Martín con aire de despreocupación.

—No. Es muy extraño. Hasta ahora nunca había dejado de presentarse a comer. Quizás se haya marchado. Sale todas las mañanas y regresa a la hora de cenar. No sé a qué se dedica, aunque sospecho que sea un fugitivo. Eso, o bien está al servicio de algún amo desconocido y aguarda nuevas órdenes.

Guillaume y los demás intercambiaron miradas pero en lugar de ahondar en el asunto ante sus anfitriones, el francés consideró más atinado cambiar de tema.

—De modo que sois adeptos del camino de la perfección —preguntó.

—Así es. Mi familia y yo amamos y respetamos a quienes son auténticamente piadosos y transitan por el camino a la perfección —respondió Martín.

—¿Y decís que habéis oído hablar de Antón de Tolosa?

..En efecto. Es muy conocido, y también respetado,

en estas partes, aunque sus creencias difieren un poco de la de los perfectos a los que nos adherimos nosotros. Esta noche nos visitarán dos perfectos que han venido de Albi para reunirse con nosotros. Si gustáis, podéis asistir al encuentro.

—Será un placer —dijo Guillaume.

—Espero su llegada en poco menos de una hora. Os daré aviso cuando sea el momento.

—Tanto yo como mis compañeros estaremos encantados.

Al presentarse los sirvientes a retirar lo que quedaba de la comida, Guillaume, Malcolm y los demás salieron al aire fresco y vigorizante de la noche. El cielo estaba despejado y desde aquel lugar en los muros del castillo se divisaban numerosas estrellas y los picos de las montañas tenuemente dibujados contra el cielo.

Las dos parejas —Malcolm y Lisette, y Guillaume y Esmeralda— se apartaron un poco de los demás. Los otros tres se sentaron en un banco de piedra junto a la entrada de la torrecilla por donde habían subido y entablaron conversación.

—Dime, Marcel —dijo Hamish—. ¿Te enseñaron algo en el adiestramiento de las milicias?

—Me dieron una pica y me dijeron que enterrara la culata en la tierra y la apuntara hacia delante. Eso fue prácticamente todo.

—Por todos los santos, muchacho. Tendrás que aprender algo más para defenderte.

—Me encantaría aprender a defenderme, pero no tengo pica ni espada.

—Yo siempre llevo una segunda espada conmigo —explicó Hamish—. Tengo un soberbio mandoble que uso en combate, pero cargo otra más pequeña que uso para limpiarme los dientes después de una opípara comida. Si me prometes tenerla a mano a la hora de comer, te la presto por ahora, pues me temo que tendremos que librar algunas batallas antes de llegar a casa.

Marcel sonrió ante la broma del gigante, pero luego, en un tono más meditabundo, preguntó:

—¿Debo entender que piensas que os acompañaré todo el camino hasta vuestra casa?

—Pues, ¿qué otras opciones tienes? —preguntó Hamish.

—No estoy seguro —respondió Marcel—. En medio de nuestra fuga no he tenido tiempo de estudiar mis opciones. Supongo que no seré posadero, pero no creo que la vida militar sea para mí. En realidad aborrezco las pependencias y matanzas. Solo me uní a las milicias porque pensé que tendría que defender a mi hermana, mi padre y mis amigos.

—Tus intenciones son nobles, mi joven amigo, y estoy seguro que tu corazón es recto. Pero tendrás que aprender a defenderte. De lo contrario irás como oveja al degolladero.

Conversando de una cosa y otra, transcurrió una hora. Un sirviente se acercó para invitarlos a regresar al salón, donde se reunieron con Martín y su familia. Por lo visto, algunos habitantes del pueblo también estaban presentes. Una vez que todos se hubieron congregado, Martín abrió una puerta lateral e hizo pasar a dos personas de aire majestuoso.

Ambos vestían unas largas túnicas negras, aunque el hombre llevaba una correa de cuero alrededor de la cintura, de la cual pendía un pergamino. Hilda, que se había tomado la libertad de sentarse junto a los invitados de su padre, les dijo en voz baja que aquel pergamino era una copia del Nuevo Testamento.

El salón estaba bien iluminado. Los dos perfectos se veían apacibles y serenos. La ceremonia a celebrarse aquella noche sería de confesión general. Aunque se tenía por norma que no asistiera nadie que no hubiera sido formalmente admitido como miembro de su congregación, Martín ya había debatido el asunto con los perfectos y habían convenido en permitir que aquellos invitados satisficieran su curiosidad observando pero

sin participar.

Cada uno por turno dirigió las plegarias, luego de lo cual —con sorpresa de Malcolm y sus hermanos— la mujer predicó un breve sermón en el que expuso algunas de sus doctrinas: su abjuración de la Iglesia Católica; su convencimiento de que este mundo está regido por Satanás, llamado el Maligno; y que es deber de todo creyente pasarse la vida preparándose para el momento de su transición al más allá. Para acometer eso, se debía procurar recibir el *consolamentum* o consolación antes de morir, a fin de que el espíritu estuviera en condiciones de pasar a una vida más sublime en el mundo venidero. Aquello tenía por objeto también desembarazarse de la carne y todo lo relacionado con ella, aunque solo después de haber recibido la consolación se exigía al creyente cumpliera con ello en forma constante por el resto de sus días. Por ahora, bastaba con ser creyente y aguardar hasta poco antes de morir para convertirse en uno de los perfectos, después de lo cual el incumplimiento de los requisitos exigidos a los tales acarrearía la condenación.

Al final de la ceremonia, Martín y los de su casa se pusieron de rodillas y luego se postraron ante los perfectos. Estos les pidieron que se levantaran, y tras dar a cada uno su bendición, se retiraron del salón acompañados por Martín.

Los observadores había quedado vivamente impresionados por la ceremonia y la notoria sinceridad y piedad de los dos perfectos. Igual efecto habían tenido en el resto de los allí congregados, los últimos de los cuales iban abandonando lentamente el recinto.

Hamish fue quien finalmente rompió el silencio.

—Os diré que respeto sus creencias, ¡pero esto de abstenerse de la carne no es mi idea de la vida en el más allá!

Malcolm, Guillaume y los demás se rieron. Luego todos se retiraron a sus respectivos aposentos para descansar.

XIX. LA HORA MÁS TENEBROSA

Poco después de la medianoche, Lisette despertó dando un alarido. Instantes después, Malcolm entró corriendo a la habitación que compartía con Esmeralda. Guillaume le pisaba los talones.

—¿Qué pasa, amada mía? —preguntó Malcolm a Lisette con visible preocupación.

—¡Tuve una pesadilla terrible! —respondió con una expresión que aún denotaba el pavor que había sentido—. Soñé que mientras dormíamos en nuestros lechos nos rodeaban unos hombres de aspecto perverso. Parecían más diablos que humanos. Había saña y odio en sus ojos. Nos tajaban con sus armas y sus garras, matándonos uno a uno. ¡Ay, Malcolm, qué pesadilla más terrible!

—Cálmate, mi amor —dijo Malcolm—. No fue más que una pesadilla. Hemos visto y oído mucho de malo en estos últimos días. Procura volver a dormirte.

—Mucho me temo que sea algo más que una pesadilla —dijo Esmeralda con firmeza y cierta autoridad—. ¡Es una advertencia! Yo también vi en una visión pavorosa el campamento de los hijos de Dios rodeado de diablos con rostros espantosamente grotescos. En esa visión también nos sorprendían dormidos y nos degollaban como a carneros. Temo que quienes nos

aborrecen tramen en este mismo momento nuestra aniquilación.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó Hamish entrando en la habitación. ¿Quién dio ese alarido?

—Fue Lisette —respondió Guillaume arrodillado junto al lecho de Esmeralda—. Tuvo una pesadilla. Esmeralda cree que es un presagio.

—¡Un presagio! ¡Dios mío! —exclamó Dougal que había seguido a su hermano. Marcel también se había levantado y había sido el último en entrar a la habitación.

—Sí, un presagio —dijo Esmeralda, cuyo rostro había cobrado una palidez tal que en aquel recinto tenuemente iluminado daba aún mayor realce a sus rasgos oscuros. Presiento que el peligro nos acecha aquí. Mi padre me dijo muchas veces que yo tenía una especie de sexto sentido que me permitía predecir cosas antes que sucedieran. Percibo algo escalofriante. Presiento que nos aguardan la muerte y la destrucción, que caeremos como aves en la red del cazador.

—¡Bah! Palabras de una agorera chiflada que no logra conciliar el sueño. ¡Estas mujeres! Yo me vuelvo a la cama —dijo Hamish bostezando estruendosamente.

—¡No, hermano! Yo creo que esto es serio —dijo Malcolm—. Sabemos que alguien, que bien podría ser Bernardo, el esbirro del obispo, se hospeda en este preciso lugar. Si en efecto se trata de él, me temo que el que no haya regresado al castillo augure que haya descubierto donde estamos y nuestros enemigos no tarden en caernos encima.

A todo esto, Marcel —que se había apoyado contra la ventana— miraba la oscuridad exterior. Aunque la luna no era llena, bañaba el paisaje de un tono azul pálido. La pequeña fortaleza de Martín dominaba la aldea, donde todo se veía en calma. Al oriente apenas se divisaba un camino que iba hacia las montañas.

Marcel fue recorriendo el camino con la mirada

hasta que en un momento le pareció ver una luz en la distancia. Trató de fijar la vista en ella, pero la luz había desaparecido. Momentos después, reapareció y volvió a desvanecerse.

—¡Malcolm! ¡Guillaume! ¡Mirad! —dijo Marcel.

Los dos se acercaron a la ventana.

—Allí, en la distancia. ¿Veis esa luz? ¡Mirad, ahí está! Ahora ha vuelto a desaparecer. Parece que se mueve pero, ¿por qué aparece y desaparece así?

—Tienes razón. La luz se mueve —dijo Guillaume—. Es una antorcha; se oculta tras las rocas, árboles y otras obstrucciones y vuelve a emerger de detrás de ellos. Vienen hombres por ese camino.

Los siete se aglomeraron en torno a la ventana para observar.

—Me pregunto quién viajará de noche con tanta premura —comentó Malcolm.

—Pues teniendo en cuenta las advertencias que acabamos de oír, creo que debemos suponer lo peor —declaró Guillaume—. ¡A las armas! Si en efecto son hostiles, ¡les daremos una lección! El factor sorpresa obrará a nuestro favor en vez de al de ellos.

—¡En ese caso, debemos despertar a Martín y su familia e informarlos de lo que pasa!

—Yo me encargo de eso —dijo Guillaume saliendo por la puerta—. Vosotros preparaos. Estamos en una posición fortificada. Yo diría que será mejor guarnecernos aquí en vez de huir. En terreno abierto nos encontraríamos en franca desventaja.

Los hombres salieron a buscar sus armaduras. Marcel, que no tenía armadura, echo mano de la espada que le había prestado Hamish.

—Dios me ayude a usarla —rezó esperanzadamente.

—¡No tiene más remedio —dijo Hamish al oír su penosa plegaria—, pues no he tenido tiempo de enseñarte.

Hamish y Dougal encordaron sus arcos y revisaron

cuidadosamente sus flechas. Luego se apresuraron a tomar posición en la torre principal que dominaba y protegía la puerta.

Entre tanto, Guillaume había despertado a Martín y lo había puesto al tanto de la situación.

—No recurriré a las armas —dijo Martín—; toda la vida he sido hombre de paz. Pero no os impediré defenderos. Mi familia y yo nos refugiaremos con nuestros sirvientes en los sótanos. Ruego a Dios que mire con benevolencia vuestra acometida el día de hoy. Espero que comprendáis por qué no puedo permitir que nadie de mi casa tome partido por vosotros.

—Aprecio vuestra franqueza —dijo Guillaume— y admiro la resolución con que os apegáis a vuestros principios. Os ruego que veléis diligentemente por la seguridad de vuestra familia, pues me temo que es posible que os encontréis también en grave peligro. Si os hemos ocasionado perjuicio este día, os ruego disculpas. Os pido que combatáis por nosotros con vuestras plegarias.

Guillaume regresó para verificar que las dos mujeres estaban a salvo en la habitación junto con Marcel, que había decidido quedarse con ellas para defenderlas hasta el final si era necesario.

Malcolm y Guillaume se dirigieron a los muros de la fortaleza, donde se ocultaron para aguardar lo que les deparasen los que portaban aquella antorcha, quienesquiera que fuesen.

Al cabo de poco tiempo se oyó el galope de los caballos y el traqueteo de los hombres armados que los montaban. Al acercarse el contingente, las miradas de Malcolm y Guillaume se vieron atraídas hacia una figura que cabalgaba en segunda fila detrás del que portaba la antorcha. Ambos identificaron claramente la inconfundible y voluminosa figura de Odón.

—¡Por Dios, si es Odón! —susurró Guillaume. ¡Y hasta porta espada!

Para quienes no están familiarizados con este pe-

riodo histórico, no era poco frecuente que los obispos fueran a la vez hombres de guerra. Muchos contingentes de los ejércitos cruzados estaban al mando de obispos guerreros. Los prelados no solo tenían autoridad en el ámbito espiritual de sus dominios, sino también en el temporal. Por tanto debían estar preparados para defenderlos y luchar por ellos como cualquier señor feudal.

Aunque hacía muchos años que Odón no portaba armas, no podía resistir la tentación de acompañar a Teobaldo y sus soldados en aquella misión para vengarse de sus enemigos declarados. Por nada quería perderse aquella oportunidad.

Bernardo y otros tres guardias que habían escoltado a Odón desde Tolosa integraban también el contingente.

Al aproximarse a los muros, los jinetes se detuvieron en una larga columna frente a la puerta.

—Conté veintiuno en total —susurró Malcolm a su camarada.

Guillaume asintió.

—Nos superan en número cinco veces. Gracias a Dios que estamos preparados, aunque no lo saben.

Dos de los jinetes desmontaron y se dirigieron silenciosa e incautamente hacia las puertas del castillo.

Guillaume echó un vistazo en esa dirección y vio las figuras de Hamish y Dougal en lo alto de la torre. Levantó la mano y la bajó repentinamente. En un instante, salieron disparadas dos flechas, que hicieron blanco en los dos hombres. Uno cayó silenciosamente. El otro soltó un alarido al penetrarle la flecha en el cuerpo.

En medio de la confusión que se suscitó —y antes que Teobaldo y Odón instruyeran a sus hombres— volaron seis flechas más y seis hombres yacían muertos o heridos en el suelo.

¡Replegaos! —gritó el obispo haciendo girar su caballo y alejándose al galope de los muros del cas-

tillo.

Teobaldo y los demás jinetes dieron media vuelta y se retiraron a buscar donde refugiarse.

Guillaume y Malcolm contemplaban la oscuridad y esperaban.

Un saeta arrojada por una ballesta cortó el aire a poca distancia de donde se encontraban y golpeó contra una viga del castillo con sordo ruido. Le siguieron varios más, que pasaron inofensivamente por encima de sus cabezas o chocaron contra los muros del castillo y cayeron al suelo.

—Deben de haber mandado a alguien a la vanguardia y procuran cubrirlo neutralizándonos —dijo Guillaume a Malcolm.

Malcolm asintió. Al echar un vistazo en dirección a la torre, vieron a Hamish haciéndoles señas hacia la derecha. Asomándose cuidadosamente, vieron a cinco siluetas armadas que avanzaban en esa dirección. Los dos se arrojaron al suelo y se dirigieron a gatas a ese sector del muro. Subieron una escalera y se encaramaron en un parapeto que había en ese lado del castillo.

Ni bien llegaron al muro, oyeron el sonido de un garfio que volaba por los aires. Con un fuerte ruido se enganchó entre las almenas cerca de donde aguardaban Malcolm y Guillaume.

Corrieron hasta allí y tomaron posiciones en las sombras, uno a cada lado del espacio donde estaba atrancado el garfio de cuatro puntas. Enseguida oyeron el murmullo de los soldados que escalaban el muro.

Esperaron a que el primero llegara a las almenas y estuviera a punto de saltar el muro. En ese momento, Malcolm se levantó y lanzó un golpe lateral con su espada golpeándole en el cuello. Aunque la espada no atravesó la cota de malla, la fuerza del golpe lo despidió del muro haciéndole caer de cabeza violentamente al pie del mismo. En ese mismo instante, Guillaume

cortó la cuerda con un golpe de espada y los otros dos hombres que venían escalando detrás del primero, se desplomaron a tierra con un fuerte estruendo.

Echando cuidadosamente un vistazo por encima del muro, los defensores vieron que dos de los agresores yacían inmóviles en el suelo. El tercero se alejaba arrastrando una pierna, que se le había quebrado en la caída.

Otros dos hombres salieron corriendo a buscar refugio en la misma dirección de la que habían provenido.

Enseguida una voz rompió el relativo silencio que siguió a aquel frustrado ataque. Guillaume reconoció que era la de Teobaldo.

—Martín de Caussade, ¿por qué os oponéis a nosotros? Haced salir a vuestros huéspedes, que nuestro pleito es solamente con ellos. ¡Terminemos con este derramamiento de sangre!

—No es Martín de Caussade quien se os opone; él y su familia no tienen disputa con vosotros.

—¡Deduzco por vuestro tono inconfundible, que sois vos, Guillaume, hijo de Gastón, el que ha cometido este acto criminal contra estos nobles guardias! —vociferó Odón.

—¡No hacemos otra cosa que defendernos, Ilustrísima! ¡Los agresores sois vosotros!

—¡Entregaos! —gritó Teobaldo.

—¡Jamás! —replicó Guillaume.

—¡Preparaos entonces a morir! —bramó Teobaldo.

Cinco o seis saetas más pasaron zumbando cerca de ellos y volvieron a dar contra los maderos y la mampostería de las fortificaciones sin hacer daño a nadie.

Malcolm y Guillaume bajaron la cabeza para ponerse a salvo y conferenciaron en voz baja.

—¡Me temo que si esto sigue hasta el amanecer vayan en busca de refuerzos! Tenemos que encontrar

una forma de acabar rápidamente con este combate —dijo Guillaume.

—¿Cómo? —preguntó Malcolm.

—Hay que tenderles una trampa —respondió Guillaume—, una suerte de caballo de Troya, pero al revés. La próxima vez que pase un saeta por aquí grita como si te hubiera dado. Entre tanto, yo me escabulliré hasta la torre a explicar a Hamish y Dougal lo que nos proponemos. Según mis cálculos, hay once hombres muertos o heridos entre los suyos. Eso deja apenas diez. Creo que estamos en condiciones de dejar que escalen los muros y crean que nos han vencido.

Guillaume desapareció y unos minutos después otra descarga de saetas pasó zumbando. En ese momento, Malcolm soltó un alarido escalofriante. Gritos de satisfacción se oyeron desde donde estaban los atacantes.

Al rato, Guillaume regresó junto a Malcolm.

—Lo que haremos —explicó el francés— serás dejarlos trepar los muros y abrir las puertas. Ten la seguridad de que todos entrarán corriendo. Una vez dentro, no tenemos más que cerrar y vigilar las puertas, y quedarán atrapados.

—Genial —comentó el escocés con un dejo de sarcasmo—. ¡Dejamos entrar a diez hombres armados al castillo y entre cuatro de nosotros los tenemos atrapados!

—¿Alguna vez te han defraudado mis tácticas militares? —preguntó Guillaume con una sonrisa burlona.

—Nos has puesto un centenar de veces al borde de la muerte —replicó Malcolm.

—Pues reza que esta también sea al borde y no nos cueste la vida. No tenemos otra solución. Hay que meterlos aquí dentro antes que envíen a buscar refuerzos, lo cual puedes estar seguro que harán si no ven señales de una pronta victoria.

Malcolm asintió con la cabeza.

Los dos brincaron del parapeto y se ocultaron en uno de los establos. Enseguida se oyó que lanzaban otro garfio por encima de otro sector de los muros. Instantes después, el cauteloso soldado que llevaba la delantera entre los que escalaban franqueó el muro e hizo señas a los otros para que lo siguieran. En unos momentos había cuatro de ellos en el parapeto mirando cautelosamente hacia un lado y otro con la espada desenvainada. Descendieron las escaleras hacia las puertas. Uno de los soldados levantó la pesada viga que las trancaba y, arrojándola a un lado, las abrió de par en par.

Teobaldo fue el primero en entrar. Hizo señas a sus hombres de que fueran en una y otra dirección como para buscar los defensores que quedarán.

—¡Proceded con cautela! —les advirtió—. Ahora se defenderán como animales acorralados. Sabemos que al menos uno de ellos está herido.

Minutos después, entró Odón jadeando y resoplando rodeado de Bernardo y los otros guardias.

—¿Y bien? —preguntó casi sin aliento.

—¡Están escondidos! —dijo Teobaldo con desdén—. ¡Pero ya los encontraremos!

De repente se oyó el zumbido de dos pares de flechas en rápida secuencia. Las cuatro hicieron blanco; dos de los guardias del obispo yacían muertos, y un tercero, con una flecha clavada en la pierna, cayó al suelo gritando. La cuarta dio en la espalda de uno de los soldados de Teobaldo, que también se desplomó.

—¡Allá arriba, en la torre! —gritó Teobaldo. Empezó carrera escaleras arriba seguido de los soldados que quedaban, que habían vuelto corriendo hacia el centro del patio.

Odón, que había desenvainado, espetó a Bernardo:

—¡No me abandones! Te necesito aquí para que me protejas. ¡Estos —dijo con tono despectivo señalando a los que yacían muertos a sus pies— fueron unos

ineptos!

Lentamente, Bernardo y el obispo se retiraron hacia uno de los muros. Malcolm y Guillaume salieron corriendo de su escondite en dirección a las puertas.

—¡Ahí están! —gritó el obispo—. ¡A ellos!

Bernardo vaciló pensando que una retirada a tiempo tal vez equivaldría a una victoria. Para entonces, Malcolm y Guillaume habían llegado a la puerta. Para sorpresa de Odón y Bernardo, no huyeron por ella, sino que las cerraron y les pusieron tranca. Seguidamente se volvieron espada en mano para enfrentar a sus agresores.

Entre tanto, a Teobaldo y sus hombres les había pesado subir corriendo las escaleras de la torre, pues al llegar arriba se toparon con los dos gigantes escoceses, que blandiendo sus espadones, sonreían burlonamente.

—¡Qué gentil de su parte que nos hagan una visita! —dijo Hamish—. ¿No te parece, hermano?

—Sí. Hay que ver lo corteses que son estos franceses —respondió Dougal.

Teobaldo se detuvo de golpe blandiendo su espada delante de él.

—¿Te parece que querrá pelear, hermano?

—¡Seguro que sí! Claro que con esa miniatura de arma que tiene no conseguirá más que escarbarnos los dientes.

—¡Yo os enseñaré a escarbaros los dientes! —dijo Teobaldo. ¡A ellos! —vociferó a sus hombres.

Dos de los soldados se abalanzaron hacia ellos esgrimiendo sus espadas. Los escoceses los confrontaron escaleras arriba. Hamish blandió su arma al tiempo que gritaba a Dougal:

—¡Déjame sitio! ¡Solo hay espacio para que uno de nosotros pelee en este sitio!

—Ah, no seas acaparador, hermano —replicó Dougal—. ¡Deja que yo también me divierta!

Hamish alzó su espada y descargó tal golpe que el

primer atacante perdió la suya, dándose la vuelta y bajando las escaleras a todo correr. Teobaldo, viendo que el desenlace no era exactamente como había esperado, emprendió la retirada por las escaleras de regreso al patio central al frente de sus hombres. Hamish y Dougal se lanzaron a la carga tras ellos.

La pelea estaba mucho más pareja, dado que solamente quedaban seis atacantes y cuatro defensores, hasta el momento ilesos.

Teobaldo era un diestro espadachín y muy veloz con las piernas. Al darse cuenta de que no podía enfrentar golpe a golpe a los dos corpulentos escoceses, optó por atacar con arremetidas rápidas y retirándose hacia atrás ágilmente.

—¡Ven aquí, macaco! —dijo Hamish cortando el aire con su espadón—. ¡Ven a pelear como un hombre y morir como un perro!

—¡No haré tal cosa! Lucharé haciendo lo que mejor se me da: ¡atacar, lanzar estocadas, y atrás! —respondió el francés en forma provocadora.

Hamish y Dougal se hallaban ahora en medio del patio espalda con espalda rodeados por Teobaldo y tres de sus hombres.

Entre tanto, Bernardo se había lanzado a atacar a Guillaume mientras Odón avanzaba cautelosamente hacia Malcolm.

—¡Id a ayudar al obispo! —ordenó Teobaldo a uno de sus hombres—. Nosotros tres nos encargaremos de estos dos gigantones.

Uno de los soldados corrió a lidiar con Malcolm. Al mismo tiempo, envalentonado por aquel refuerzo inesperado, Odón se unió a la brega.

Enseguida se hizo patente que el obispo era un excelente espadachín. Aunque era un cobarde por naturaleza, estaba bien dotado para el arte de la esgrima. Antes de tomar el hábito, se había adiestrado durante muchos años en el uso de la espada junto a sus hermanos. A pesar de que a los clérigos les estaba

vedado derramar sangre, de tal modo que tenía prohibido combatir a espada, sino que debían hacerlo con una maza, Odón había desacatado dicha prohibición abiertamente.

Así, Malcolm se batía solo contra el obispo y uno de los guardias, que blandían sus espadas con destreza.

En ese momento se presentó Marcel en el patio. Él y las dos muchachas habían oído el entrecruzar de espadas. Al oír el pavoroso grito de Malcolm un rato antes, se habían inquietado pensando que estaba herido, y Marcel había insistido en ir a su rescate. Luego de consultar con las mujeres, los tres acordaron que él saldría y ellas volverían a encerrarse en la habitación.

Empuñando su espada, Marcel se situó detrás de Malcolm.

—Parece que estás en desventaja, amigo —le dijo—. ¿Puedo darte una mano?

—¡Apártate, Marcel! —le gritó el escocés—. ¡Nosotros nos encargaremos de estos!

Mientras tanto, Odón, vislumbrando la posibilidad de una victoria más fácil, abandonó la contienda con Malcolm para ir tras Marcel. Como este era inexperto con la espada, no tardó en verse acosado por el rollizo clérigo.

Al percatarse del peligro, Malcolm procuró neutralizar rápidamente a su agresor. Pero este era más hábil que la mayoría con la espada, y tardó un rato en dominarlo y por último darle muerte.

Al mismo tiempo, Guillaume y Bernardo combatían encarnizadamente. Los golpes de sus espadas se añadían al fragor que los rodeaba.

Viendo que Marcel se hallaba en serios apuros, Malcolm corrió a socorrerlo, pero justo en el momento que llegó a su lado, la espada de Marcel salió despedida por los aires dejándolo indefenso. Con un bramido triunfal, Odón le clavó la espada en el estómago.

Una expresión de horror y consternación se dibujó en el rostro de Marcel al desplomarse en el suelo. En ese instante, Malcolm le dio alcance al obispo y alzando su espada en alto, le asestó un golpe con todas sus fuerzas, partiéndole el cráneo en dos. El voluminoso prelado se desplomó.

Malcolm corrió adonde estaba Marcel y, agazapándose, le acunó la cabeza en las manos.

—¡Marcel, amigo! —exclamó sollozando—. ¿Qué has hecho, insensato? ¿Por qué te metiste? ¡Tú no sabes combatir con espada! ¿Por qué?

—¡Malcolm, no llores ni te lamentes por mí! —susurró Marcel con voz quebrada—. Estoy bien, me voy al Cielo, Malcolm. Me voy con Jesús. Cuida de Lisette. No es más que una chiquilla...

Dichas estas últimas palabras, la cabeza le rodó hacia un lado y el cuerpo quedó inerte.

Guillaume vio lo que había sucedido, y por un momento se distrajo de su lid con Bernardo. Este lanzó un golpe de espada alcanzándolo en el hombro. No le propinó una herida seria, pero le hizo perder momentáneamente la concentración.

Malcolm posó la cabeza de Marcel en el suelo, empuñó rápidamente el acero y corrió a asistir a su amigo. Pero antes de acercarse lo suficiente como para atacarlo, Guillaume ya había aventajado a Bernardo y antes que este pudiera pedir clemencia, lo atravesó de una estocada.

Hamish y Dougal, entre tanto, había dejado sin vida a tres de sus oponentes. Solo quedaba Teobaldo.

—¡Piedad! —clamó—. ¡Pido piedad!

Hamish y Dougal miraron a Guillaume.

—Él no habría tenido piedad de nosotros —dijo Guillaume—. No se merece la nuestra.

—¡No! —exclamó Malcolm con el rostro lloroso cargando en brazos el cuerpo sin vida de Marcel—. Ya basta de muertes. Atadlo.

—No —replicó Guillaume—. Ha matado y ha man-

dado matar a otros. Merece morir.

—No —repitió Malcolm con firmeza—. Ha pedido piedad. Se la concederemos. Atadlo, hermanos. Ya decidiremos más tarde qué hacer con él.

Guillaume volvió corriendo a la pieza donde aguardaban las muchachas, seguido por Malcolm, que aún llevaba el cuerpo silencioso de su querido amigo. Apenas llegó a la puerta trancada, el francés golpeó en ella proclamando sonoramente:

—¡Somos nosotros! ¡Abridnos!

Sollozando de alivio, Lisette y Esmeralda retiraron la tranca y abrieron la puerta.

—¡Estás herido —exclamó la gitana enseguida al ver el brazo ensangrentando de Guillaume.

—No es nada —respondió este—. Sanará.

—Ven, te voy a curar—dijo Esmeralda tomándolo del brazo.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Lisette con tono de preocupación—. Oí a Malcolm gritar pavorosamente.

—Solo fue una artimaña —respondió Guillaume quedamente.

En ese momento apareció en la puerta con el rostro manchado con una mezcla horripilante de sangre y lágrimas y cargando en sus brazos el cuerpo flácido de Marcel.

Lisette se quedó mirándolo con descreimiento mientras se cubría la boca con las manos.

—¡No! —exclamó—. ¡Marcel no! ¡Dios mío! ¿Por qué tenía que ser mi querido y tierno hermano Marcel?

Malcolm no dijo palabra. Soltó a Marcel sobre uno de los lechos de la habitación. Lisette cayó de rodillas junto a él y se puso a sollozar desconsoladamente. Malcolm se arrodilló junto a ella y la estrechó fuertemente. Dominando por un momento su propia congoja, procuró consolarla con voz entrecortada.

—Lo último que me dijo fue: «Cuida de Lisette. No llores ni te lamentes por mí —me dijo—. Me voy al

Cielo con Jesús». Y luego se fue. Se ha ido con Jesús. Se ha ido al Cielo, Lisette. Ya no sufrirá más dolor ni penas. Está en la Gloria.

Pese a aquellas palabras, Lisette no lograba contener el llanto y se aferraba fuertemente a Malcolm. Permanecieron en aquella posición durante largo rato.



El sol había comenzado a salir en el cielo matutino. Enseguida se hicieron patentes las huellas de la matanza. Después de algunas deliberaciones, decidieron colocar a Teobaldo sobre su caballo con los pies atados por debajo del lomo del animal para que no pudiera bajarse, y enviarlo sin rumbo fijo mientras ellos aprovechaban para alejarse de allí.

Antes de despedir al penoso caballero, Guillaume le dijo que Martín y su familia no habían tenido nada que ver con lo sucedido aquella noche y que en modo alguno debía ser objeto de represalias. Obligó a Teobaldo a jurar por su honor de caballero que respetaría dicha premisa.

Una vez que hubo partido Teobaldo, Guillaume —a quien para entonces le habían vendado el brazo— procedió a informar a Martín y su familia que ya no había moros en la costa.

—Es un escena pavorosa —le dijo Guillaume—. Hay muchos cadáveres allá afuera, entre ellos el de mi querido amigo Marcel, que se encuentra la habitación donde nos alojamos.

—Nosotros nos encargaremos de ellos —respondió Martín— y de que vuestro amigo tenga cristiana sepultura.

—Os lo agradezco —dijo Guillaume—. Estoy seguro que debéis de comprender que este sitio ya no es seguro para nosotros y es conveniente que partamos cuanto antes.

—Sí, lo entiendo —respondió Martín—. Pero antes de irnos, permitidme que os prepare una comida y os exprese nuestros deseos de que Dios os acompañe.

—Gracias —dijo Guillaume.



Más tarde aquella mañana, una vez que hubieron comido, el grupo —ahora reducido a seis— partió con tristeza del pequeño castillo de Caussade. Martín les había proporcionado mapas y detalles para que pudieran atravesar las montañas evitando los pueblos más grandes, donde correrían mayor riesgo de ser descubiertos.

El resto del viaje —aunque no transcurrió sin novedad— no será incluido en el presente libro. Bastará con mencionar que llegaron hasta Gante, en el ducado de Flandes, desde donde zarparon rumbo a Escocia, desembarcando en el puerto de Berwick.

Al cabo de muchos días más de viaje, por fin llegaron a las tierras ancestrales del clan MacAlpin, donde fueron recibidos por Kenneth, el terrateniente del mismo. Poco después se celebraron simultáneamente las alegres bodas de Malcolm y Lisette, y Guillaume y Esmeralda, el noble con la gitana y el escocés con la hija del posadero.

Las festividades se prolongaron por varios días. En plena celebración, todos hicieron un alto para rendir homenaje a Marcel, un querido amigo y mártir de la causa, que se convirtió en forma permanente en una especie de santo patrono de los MacAlpin.

EPÍLOGO

El presente relato todavía presenta algunos cabos sueltos que habremos de atar. Antón logró sobrevivir muchos años más. Finalmente, el sitio de Moissac, quedó atrapado dentro de la ciudad. Cuando la tomaron, desde lo alto de una de las edificaciones elevadas que había en torno a la plaza mayor, vociferó una profecía a los cruzados reunidos en ella:

—Ahora nos matáis. Masacráis a los inocentes. Pero volveremos. Sí. ¡En el final de los tiempos hemos de volver! Matáis nuestros cuerpos, pero no podéis acabar con nuestras almas. Todavía estaremos aquí cuando os estéis quemando en el infierno por vuestros crímenes. Volveremos dentro de siete siglos para conducir al pueblo de Dios a la victoria sobre todos sus opresores.

El comandante de los cruzados envió a una hueste a apresurarse a la azotea de aquel edificio para silenciar al profeta, cuya voz y palabras hicieron temblar a todos cuantos lo habían oído. Pero cuando llegaron arriba, había desaparecido sin dejar rastro. Solo quedaba su capa amontonada en el suelo. No había ruta de escapatoria, salvo las mismas escaleras por donde habían subido los soldados. Sin embargo, ya no estaba. ¡Se había desvanecido! Algunos dijeron que había

sido un espíritu. Otros, que se trataba de un hombre al que Dios había elevado hasta el Cielo aquel día. Otros más afirman que aún está allí hasta el día de hoy, esperando a retornar en el fin de los tiempos.

Simón de Montfort, el azote del Languedoc, murió mientras sitiaba uno de las ciudades que se le habían resistido, mortalmente herido por un cascote arrojado con una catapulta desde el interior de la ciudad. Según la leyenda, aquella máquina de guerra había sido manejada por mujeres.

El conde Raimundo, al momento de su muerte, había vuelto a cambiar de bando y combatía nuevamente a los cruzados. Murió excomulgado. Aunque su hijo abogó muchos años para que su cuerpo fuera enterrado en tierra sagrada, sus peticiones fueron denegadas.

Su hijo Raimundo VII heredó el condado de Tolosa, pero enseguida negoció la paz. Como parte del acuerdo, su hija y única heredera debió casarse con el hijo del rey, y al morir ambos sin descendencia, el gran condado independiente de Tolosa pasó a formar parte de los dominios reales.

Roberto de Aviñón murió sin pena ni gloria durante el terrible sitio de su ciudad natal por los ejércitos de Luis VIII en 1226.

Martín de Caussade y toda su familia fueron asesinados en los meses que siguieron a la fuga de Malcolm y sus compañeros. Pese a su promesa de no tomar represalias contra ellos, Teobaldo fue quien ordenó la masacre. No obstante, la justicia divina dio alcance a Teobaldo. Varios años más tarde, cuando en un acto de torpeza un sirviente le derramó agua hirviendo en una mano, le llamó la atención que apenas si sintiera un ligero escozor. Al poco tiempo notó que la sensación táctil de sus miembros disminuía paulatinamente. A esto siguieron las llagas y descoloración de la piel típicas de la lepra. Rechazado por todos, cegado por la enfermedad y con el rostro tan deformado que cau-

saba repulsa, Teobaldo pasó el resto de sus escasos días confinado a un pequeño aposento en lo alto de una torre de su castillo, despreciado por su familia y criados. Murió a la edad de treinta y cinco años con el aspecto de un hombre de ochenta.

Los cátaros fueron exterminados en purgas y batallas sangrientas. En aquellos sitios donde los ejércitos no lograban apagar su luz, la Santa Inquisición tomaba la antorcha. En poco tiempo no quedaba rastro alguno de la doctrina albigense ni de sus adherentes en el mediodía francés.

Sin embargo, en un pequeño rincón de Escocia, todavía se cuenta que en hogar de los MacAlpin practicaban una religión de amor, verdad, hospitalidad y compasión. Y en los brezales donde en tiempos se erguía la gran casona, se cuenta que si en una noche silenciosa se presta atención, se oyen risas y alborozo, voces alegres entonando canciones.

Se había cumplido el gran juramento que se habían hecho los hermanos aquel día sombrío en que habían partido de la casa solariega de los MacAlpin. Habían jurado sobre la venerada memoria de su padre que pondrían todo su empeño en recobrar lo que habían perdido. Y habiéndolo recuperado, jamás volverían a permitir que su tierra les fuera arrebatada o fuese dividida, sino que habrían de reunirse como una gran familia a cantar, bailar y llenar de júbilo continuo aquella casa en la que en cierta ocasión reinaron el pesar y la desolación.

Y si uno visita el cementerio contiguo a la iglesia y se toma la molestia de leer las lápidas, en vez de las cruces grabadas que cabría esperar, en muchas se ve un corazón o una paloma que se remonta a los cielos. Los nombres franceses se entremezclan con los gaélicos. En el centro del camposanto, una columna se yergue más alta que las lápidas. A lo largo de los siglos, las inclemencias del tiempo han dejado su huella en él y las palabras que tiene grabadas resultan

dificiles de descifrar. Esto solo se consigue tras un minucioso estudio:

Yo, Malcolm MacAlpin, erijo este monumento entre las lápidas que marcan el lugar de reposo de mi esposa, mis hermanos, mis amigos y, en tiempos venideros, quizás mis hijos y mis nietos. Son diminutos monumentos en memoria de vidas de mayor o menor relieve, pero todas entrañables. A su tiempo, aquí también he de descansar junto a estos compañeros. Mi cuerpo aguardará junto al suyo el día inefable en que habremos de resucitar para alcanzar la perfección con la venida de nuestro Gran Soberano Jesucristo, en cuya gracia todos estos han vivido y fallecido. Entretanto, mi espíritu se gozará junto al de ellos en eterno solaz, pues los que aquí yacen han ido en pos de alegrías mayores. Aunque ninguno fue perfecto en este mundo, Allá donde todo es perfecto, los que hayan corrido la carrera y obtenido la corona se habrán ganado el derecho a ser llamados perfectos.

✠ **FIN** ✠

NOTAS

I - Los cátaros:

Movimiento cristiano que floreció en Europa Occidental durante los siglos XII y XIII. El nombre proviene del griego *katharos*, que significa «puro». También se los conoció como **albigenses**, en referencia al pueblo de Albi, en el sur de Francia, donde constituían el mayor número. Predicaban contra las inmoralidades de la Iglesia, hacían abundante uso de las Escrituras, vivían abnegadamente y aspiraban con ahínco a la pureza moral.

II - Kenneth MacAlpin I:

Rey de Dalriada, fundador y primer rey de Escocia. Luego de conquistar el reino de los pictos, lo unió al suyo para formar el reino unido de Alban, que con el tiempo se convirtió en Escocia.

III - Pedro Valdo y los valdenses:

Los valdenses fueron miembros de un movimiento cristiano que se opuso a la Iglesia establecida. El movimiento lo inició un acaudalado mercader francés, Pedro Valdo, de Lyon, que renunció a todos sus bienes para dedicarse a la predicación en la segunda mitad del siglo XII. Los seguidores de Valdo se ganaron el apodo de *los pobres de Lyon*. Su predicación infundió en la gente un ardiente deseo de leer la Biblia. Sus enseñanzas se asemejaban mucho a las de los cátaros, pero llegaron a gozar de mayor difusión que las complejas doctrinas de estos. Muchos se establecieron más tarde en los Alpes Cocios, al suroeste de Turín. La región todavía se conoce como *valles valdenses*. Los valdenses son la única secta medieval conocida que ha sobrevivido hasta la actualidad. Tienen cerca de 120 iglesias organizadas por toda Italia con unos 29.000 miembros. En Sudamérica, unos 14.000 valdenses están organizados en iglesias de Argentina y Uruguay, y también existen congregaciones en Estados Unidos.

IV - El consolamentum:

El *consolamentum* o consoliación era el rito de iniciación a las filas de los perfectos. En un recinto bien iluminado y atestado de creyentes y simpatizantes, el candidato se presentaba ante el perfecto de mayor rango y dos asistentes. Una larga homilía delineaba las obligaciones que el candidato se comprometía a cumplir y lo llevaba a repetir frase por frase el Padrenuestro, la

única plegaria que Cristo había enseñado, y por ende la única que reconocían los albigenses. El candidato renunciaba solemnemente a la cruz que se le había hecho en la frente en la ceremonia del bautismo católico y aceptaba en su lugar el bautismo del Espíritu Santo. Se comprometía a abstenerse todo lujo, de comer carne, leche o huevos, a viajar siempre en compañía de correligionarios y a no permitir jamás que el temor a la muerte lo llevara al incumplimiento de las obligaciones adquiridas por voluntad propia. Luego, se postraba respetuosamente ante el perfecto oficiante. Colocando el Evangelio de San Juan sobre la cabeza del candidato, el perfecto ponía la mano sobre el libro y junto con los demás perfectos presentes, invocaba a Dios para que derramara sobre el nuevo perfecto las bendiciones del Espíritu Santo.

V - Inocencio III

Fue uno de los papas más destacados de la Edad Media. Podría decirse también que fue el más poderoso. Fue elegido por unanimidad en 1198 y reinó hasta su muerte en 1216. Probablemente se lo recuerde más por las numerosas cruzadas que emprendió, tanto contra los infieles de Tierra Santa como contra los herejes y los que no se sometían a la Iglesia establecida en Europa. Fue el gestor de muchas de las reglas y doctrinas relativas a la autoridad pontificia y definió el poder de los papas hasta el día de hoy.

VI - Los trovadores:

Los trovadores constituyeron un movimiento de poetas líricos que surgió en los siglos XII y XIII en Provenza y el norte de Italia y de España. Componían canciones en la lengua de Oc, en muchas ocasiones de amor cortés. Las letras de los trovadores fueron de las primeras en escribirse en la lengua nativa de Provenza en vez del latín, que era el idioma literario de la Edad Media. Inicialmente, los trovadores dieron a conocer sus canciones en reuniones cortesanas. Con frecuencia se organizaban competencias llamadas juegos florales; en años posteriores, se asociaban con músicos itinerantes llamados juglares para ejecutar sus obras. Entre los temas que abordaban en sus composiciones se contaban el amor, la caballería, la religión, la política, la guerra, los funerales y la naturaleza. La mayoría de los trovadores era nobles. Algunos fueron reyes. Para ellos, componer y cantar canciones era una manifestación del ideal caballeresco. La música de los trovadores comenzó a

desaparecer gradualmente en el siglo XIII.

VII - Los sarracenos:

Los sarracenos fueron originalmente una tribu del norte de Arabia. El nombre luego pasó a usarse genéricamente para referirse a los pueblos árabes y musulmanes del Oriente Medio. A los musulmanes del noroeste del África y de España normalmente se los denomina **moros**.

VIII - La orden cisterciense

Orden monástica católica fundada en 1098 en la localidad francesa de Cîteaux (*cistercium* en latín). A finales de la Edad Media existían más de 700 abadías de la Orden del Cister, nombre por el que también se la conoce. En el siglo XII, considerado por ellos como su era dorada, los cistercienses llegaron a ser la orden más influyente de la Iglesia Católica. Alcanzaron obispados y otros cargos eclesiásticos, y formaron parte de la Curia romana, órgano de gobierno de la Iglesia Católica.

IX - El feudalismo:

El feudalismo constituyó el sistema político y económico de Europa Occidental durante gran parte de la Edad Media. Un rey, o algún otro hombre influyente, concedía feudos, que generalmente consistían en tierras y mano de obra, con los cuales se granjeaba la lealtad política y militar del beneficiado. El contrato se firmaba con juramentos de homenaje y lealtad. El que concedía el feudo se convertía en señor del beneficiario o vasallo, pero ambos eran hombres libres y ostentaban la misma jerarquía social.

X - El Sacro Imperio Romano Germánico:

En la época en que se sitúa este relato, el Sacro Imperio Romano estaba conformado mayormente por las regiones que hoy componen Alemania, Austria, Suiza y el norte de Italia. Dicha región estaba subdividida en numerosos ducados, reinos y ciudades libres. A los dirigentes de estos —entre los cuales había varios arzobispos— se los denominaba electores, y elegían al Emperador entre ellos. **Otón IV** de Brunswick (Alemania) se convirtió en Sacro Emperador Romano tras sucesivas batallas con Felipe, duque de Suabia y rey de Alemania. Sus respectivas facciones se disputaron continuamente el título hasta que Felipe fue asesinado en 1208. Otón fue coronado Emperador al año siguiente.

EN LA FRANCIA DEL SIGLO 13, UN SOLDADO ESCOCÉS, UN SORPRENDENTE GITANO, UN NOBLE DESILUSIONADO Y UNA POBRE PERO ENCANTADORA HIJA DEL POSADERO SE VEN ENVUELTOS JUNTOS EN UN COMPLEJO DRAMA POLÍTICO. ELLOS Y SUS COMPAÑEROS, DESAFIANDO A LA JERARQUÍA ESTABLECIDA, PRACTICAN UNA FORMA DE VIDA COLMADA DE AMOR Y LIBERTAD, Y ESTÁN DISPUESTOS A DEFENDERLA CON SUS PROPIAS VIDAS.

